

NUESTRA SEÑORA

OBRAS

DE

Luis y Agustín Millares Cubas

À 3 PESETAS EL TOMO

De la Tierra Canaria. Escenas y paisajes.

—	—	Pepe Santana.
—	—	Santiago Bordón.
—	—	La deuda del Co- mandante.
—	—	Los inertes.

Nuestra Señora.



Traducciones al francés

por Mr. C. Saint Saëns

**Christophe Molinos — nouvelle canariote —
(Cristobalito Molinos.)**

Noël (El nacimiento).

En preparación

El santanero.

NUESTRA SEÑORA

POR

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS



LAS PALMAS

Imp. de J. MARTINEZ, Prolongación del Caño

1900

Es propiedad

A Mr. Camilo Saint Saens

NUESTRA SEÑORA



PRIMERA PARTE

I

QUELLA noche de Febrero, al entrar Andresito Valerón en la casa de Santiago Pimentero (calle de Tallers, número 24, piso tercero, izquierda) la criada Pepeta le dijo en voz baja, sonriendo con cierto misterio:

—Están todos encerrados en el cuarto del señorito Santiago.

—¡Hola! ¿Y qué hacen ahí dentro?

—¡Ah! Esto no lo sé.

Acercóse Andrés andando de puntillas y desde el pasillo percibió con asombro frases entrecortadas y anhelosas, pronunciadas en voz baja y suplicante—*Sigue, sigue, más, no*

te detengas... araba... á las que seguían ratos de silencio absoluto, respetuoso, digno de las bóvedas de un templo.

Detúvose sofocando la risa y le dijo á la muchacha:

—Oye, Pepeta, ¿que es eso? ¿Hay alguna mujer con ellos?

—¡Y *aru!* ¿Qué se ha pensado? No hay ninguna, *de* mujer. Hay si un hombre rubio y gordo, que yo no había visto *mai*. Dicen que es un *canari*, como *rustos*.

¡Un canario! Andresito empujó la puerta sin ceremonia y un espectáculo inesperado le inmovilizó en el umbral.

Alrededor de la mesa estudiantil un grupo de cuatro jovenzuelos atendía con intensa y ardorosa curiosidad á los gestos y actitudes de un hombre de más de treinta años, grueso y mal vestido, cuya barba, fluyendo del rostro pálido y hermoso, se esparcía, como un abanico de oro, hasta cubrir los primeros botones del chaleco.

La actitud de aquel sujeto era misteriosa, recogida, casi hierática. Sostenía con la mano

izquierda su cabeza grande y dorada y con la derecha escribía rápidamente, deteniéndose á intervalos, en un pliego de papel abierto cuan largo era sobre la mesa. Sus ojos azules, muy claros y luminosos, dirigían hacia la altura una mirada atónita, extática, continua. Y cuando cesaba de escribir, sonaban de nuevo las frases, entrecortadas y suplicantes.— *Sigue, sigue, más, no te detengas, acaba....*

La habitación, angosta como un pasillo y baja de techo, estaba llena del humo de los cigarros y del tufo del quinquet, acre y pestilente. El catre desaparecía bajo un montón de capas y sombreros. En el piso de ladrillos habían dejado su huella fangosa las botas de los estudiantes.

¿Qué diantres significaba todo aquello? Parecía evocación, sortilegio, ocultismo, algo, en fin, extraordinario y misterioso que á todos conmovía é interesaba profundamente. Y el personaje saliente de la escena, el sacerdote, el pontífice, era aquel muchachón rubio, aquel canario á quien Andrés no conocía. ¡Ah! De improvviso brilló un recuerdo en su memoria,

trayéndole la solución del enigma, y acercándose á la mesa dijo con sorna:

—¡Adiós! ¿Espíritus tenemos? Salud, chiflados.

Los cuatro jovenzuelos alzaron indignados las cabezas y uno de ellos, el amo de la casa, el estudiante de Medicina Santiago Pimentero dijo con mucha seriedad:

—Estas no son cosas de guasa, Andrés. Ciérrate la puerta.

Obedeció el que entraba y al acercarse de nuevo á la mesa, sucedió una cosa extraordinaria. Y fué que el brazo del sacerdote rubio se levantó de pronto, rígido como una barra de hierro, señalando á Andrés con gesto repentino y pavoroso, hasta casi tocarle el pecho con la punta del lápiz.

—¡A tí, Andrés, á tí!— clamaron los demás, alborotados.

—¿A mí? ¿Cómo es eso?

—Sí, sí, no hay duda,— dijo con cierta envidia Manolo Ruiz, estudiante también de Medicina.—Caballeros, el espíritu quiere hablar á Andresito Valerón.

—¿Quién está ahí?—pronunció con voz cavernosa Calibán.

El lápiz escribió rápidamente:

—El brigadier.

Todas las miradas se clavaron en Andrésito, quien á duras penas pudo conseguir una sombra de sonrisa excéptica que desapareció seguidamente de su rostro, pálido de susto.

—¡Mi padre!—balbuceó, sintiendo que los pelos se le entiesaban debajo del hongo.

—Sí, tu padre—escribió el lapiz, rápido como una centella.

Despl.móse el muchacho sobre una silla, murmurando:

—Vamos, caballeros, ¿qué guasas son éstas?

—No son guasas,—dijo Pimentero, atusándose febrilmente su bigote de sargento, ancho y corto.—Hemos presenciado esta noche cosas asombrosas, ¿verdad, muchachos?

—Silencio,—interrumpió Manolo Ruiz.—El espírita va á hablar.

En efecto, la mano del medium que había permanecido algo alejada del papel, agitada por ligero temblor convulsivo, se posó en la

blanca superficie y escribió con lentitud solemne.

—Andrés. Aquí estoy. Háblame. Te contestaré.

—¿Y qué le digo yo?—preguntó perplejo y tembloroso el muchacho.

—Pregúntale,—dijo con mucha seriedad Pimentero,—si es feliz en la esfera en que habita ó si ha obtenido un grado en la escala de la perfección de los seres. Esto mismo acabo yo de preguntarle á títi Pancho, que estaba aquí cuando tú entraste.

—O bien,—añadió Calibán lúgubrementemente,—pídele que nos dé una prueba palpable, material, sensible, de su presencia entre nosotros.

—Eso es. eso es,—exclamó Manolito alborozado,—que nos dibuje ahorita mismo su envoltura corpórea. ahí, en ese lienzo de pared, encima de la percha.

—O que te dé la mano, su mano helada como la muerte, por debajo de la mesa.

—Senores,—exclamó con voz quejumbrosa Pérez Porrino, que era el más jóven de todos,—déjense de bromas. Miren que soy muy

nervioso. Miren que esta noche no duermo.

—Cállate, *ñangueta*.

—¿Apago el quinquet?—preguntó socarronamente Calibán.

—¡Misericordia!

—Queridos amigos,—dijo en esto el hombre rubio, sin separar del techo sus miradas,—dejémos de niñadas. No pidamos ese género de pruebas, que trasciende á charlatanería. ¿Tenemos aquí un fenómeno curioso? Analicémoslo, pues, científicamente.

Y al punto el lapiz escribió estas palabras.

—Andrés, hijo mío. Cree y espera. Ama y venera.....

—Sigue, sigue, más, no te detengas... acaba.

...A tu madre. Su memoria y la de mis hijos nunca se aparta de mí.

—¡Qué hermosas palabras!—exclamó Pimentero!—¡Qué admirables! Lloro, hombre, llora, no te avergüences. Todos hemos llorado esta noche.

—Todos, menos Calibán.

—Serénese Vd., paisano,—dijo el medium

colocando afectuosamente su mano en el hombro de Andrés.—Aquí no hay nada de extraordinario, de taumatúrgico. Lo sobrenatural no existe. Repito que solo se trata de un fenómeno curioso que conviene estudiar.

Su mano derecha temblaba convulsivamente, como un pájaro agonizante. Después, escribió precipitadamente

—¡Adiós!

—¡No, no te vayas!—gritó Andrés levantándose, casi delirante.—Tengo que hablarte. ¡Papá! ¡Espérate!

—Es bobería que te empeñes,—dijo Pérez Porrño, visiblemente tranquilizado.—Una vez que se despiden, ya no vuelven en toda la noche.

En esto se abrió la puerta y en el hueco de ella apareció la faz tornasolada y el riquísimo busto de Pepeta.

—Adelante, robusta tortosina.

—Adentro, espíritu imperfecto encarnado en muchísima carne.

—¿Qué quieres, muchacha?

—Señorito Santiago, dice la señá Clarisa

que si piensa Vd. tener encendida la luz toda la noche.

—Dile á Berzelius (llamaban así á la patrona á causa de sus combinaciones químico-culinarias) que se vaya al cuerno de su abuela y que yo hago lo que me dà la gana.

—Señores,—observó Perez Porriño,—creo que deberíamos levantar la sesión. Son las once dadas y tengo que estudiar antes de acostarme la lección de Disciplina Eclesiástica.

—Mira, Porriñito, no nos jeringues con tu Disciplina. Vete, si quieres.

—¿Yo solo? (voz lamentable).

—Llamemos á otro espíritu.

—A ver, tú, Porriño, échate una evocación.

—No, á mí no me metan en esas danzas.
¡Pues no faltaba más!

—Pues anda tú, Manolo.

—¿Y á quien llamaré yo?—murmuró meditando el interpelado.

—A cualquiera de tus amigritas,—dijo Calibán.— Son tantas, que no dejará de hallarse alguna dando zapatetas por los espacios interplanetarios.

—Este Calibán es insoportable.

—Afuera el incrédulo.

—Evoca, Manolo, evoca.

—Pues bien, Hartleit, ya que éstos se empeñan, llámese á Conchita Salvago.

—¡Ah! Ya sé. La que murió tísica hace dos años. ¡La pobre!

Todas las miradas se fijaron en la mano pequeña y hermosa del medium, que escribió:

—Aquí estoy. ¿Qué me quieres?

—Si, eso es, afirmó Pimentero. Dí para que la quieras.

Reflexionó breve rato Manolito, mientras los demás le observaban con intensa curiosidad. Al cabo dijo:

—Mire, Hartleit, lo mejor es que le diga que se vaya. Que venga otro.

—Hombre, ¿y le vas á hacer ese desaire?

—No, que pregunte, que pregunte.

—Anda, Manolo.

—¡Caramba! No me azoren. Déjenme pensar.

Recogióse el bonito muchacho unos instantes y al cabo murmuró tímidamente:

—¿Me amas todavía?

Sofocadas risas.

—Calibán, te vamos á expulsar por majadero, por desatento.

—Esto es una falta de consideración.

—Se trata al fin y al cabo de una señorita.

—De una señorita desencarnada.

—Silencio, silencio, que se van á quejar los huéspedes.

—Caballeros, que nos quedamos sin luz.

En efecto, el macilento quinquet, agotada ya la sangre de sus venas, entraba en el lastimoso periodo de su pestilente agonía. Su llama, diminuta como la lengua de un infante, se movía de un lado á otro, como diciendo que no, que no y que no. De pronto se apagó y un humo negro y fetido empezó á brotar de la boca del tubo, acabando de envenenar la atmósfera.

Sonaron exclamaciones diversas.

—Se levantó la sesión.

—¿Quién ha cojido mi cajilla de fósforos?

—Estate quieto, Calibán.

—¿Que me van á derramar la palangana!

—Ya me disolvieron un callo estos *malapropos.*

Y como en ésto Calibán, acercándose cautelosamente á Perez Porrino, le aplicara en el cogote una toalla mojada, diciéndole con voz sepulcral:—Soy tu abuela,—el infeliz muchacho lanzó un grito tan agudo, que acto continuo se presentó en la puerta, palmatoria en mano, Madama Clarisa, la patrona francesa, con su faz monástica, su bata de lana á cuadros y su cofia de encaje, diciendo con mucha sequedad:

—Don Santiago, esto es verdaderamente insoportable. Esto no se ha visto jamás, ¡oh! La situación es imposible.

—Madama Chacarona,—dijo Pimentero encarándose valerosamente con Berzelius.—¿Sabe Vd. aquello de *palometa, palometa!*

—No os comprendo.

—Pues dicen en mi tierra: *palometa, palometa, donde no te llamen, no te metas.*

—Estoy en mi casa.

—Y yo en la mía. ¿Le debo á Vd. algo? ¡Pues no faltaba más!

—Pimenterito, no te sulfures,—dijo Calibán tomando capa y sombrero.—Señora, tranquil-

cese, que ya nos vamos. Le recetaré un poco de bromuro.

—Adiós, Santiago.

—Caballeros, ustedes se van porque les dá la gana. Nadie les *corre*.

—Buenas, amigo Pimentero.

—Adios, Hartleit, hasta otra. Ha tomado Vd. posesión de su casa.

—¡Qué fino es este Pimentero! Anda Porriñito, te acompañaré hasta la puerta de tu casa.

—Sí, pero te dejas de guasas. Mira que yo soy muy nervioso.

Ya en la calle. Andrés preguntó á Calibán, señalando al medium gordo y rubio que marchaba delante, en compañía de Manolito.

—¿Quién es ese?

—¿Quién, Hartleit? ¡Ah! verdad que tú eres nuevo en esta colonia atlántica. Pues Guillermo Hartleit es un alemán ingertado en *chicharrero*. Nacido en el mismo Santa Cruz, antiguo lugar de Anaza. Es músico, poeta, filósofo, hierofante, boticario y... chiflado.

—Dí más bien —dijo Pérez Porriño, —que es

un chico inmejorable, de talento y con un corazón como esta casa. ¿Es así ó nó, Calibán?

—Así es, Porrñito.





Uoches después, reuniéronse nuevamente los paisanos en el quinto piso del Liceo. Era el estreno de Perlini y además la primera audición de "Los Hugonotes" en aquella temporada, con lo que está dicho que desde las seis de la tarde una cola formidable de rabiosos melomaniacos obstruía la calle de San Pablo, desde la Rambla hasta la entrada del paraíso.

En la vanguardia de la hueste paradisiaca, junto á la cerrada puerta, apostábase siempre en noches tales la mesnada atlántica, reforzada por algunos amigotes de distintas regiones y

procedencias. *verbi gratia*, el cubano Méndez Rosa, formidable masón de dieciocho años, ateo y revolucionario, dispuesto siempre á exhibir en las ocasiones peliagudas un revólver descargado y á ver en todo sujeto vestido de negro un agente de la policía secreta; el andaluz Pepe Zapatero, orador de femenino y ceceo timbre, maestro en el arte sublime del billar, y el catalán Bartumeu, estudiante de Filosofía y Letras, infeliz muchacho, colorado y campestre como una manzana, apellidado por los canarios -El Gran Name-, á causa del tamaño desmesurado de sus piés.

El plantón duraba siempre cosa de hora y media, amenizado por el cansancio, por el calor húmedo y repulsivo de los miembros apretados, por las emanaciones nada gratas de la apiñada muchedumbre y por las ocurrencias de un gracioso que de vez en cuando gritaba *¡ara, ara!* anunciando la proximidad de la anhelada apertura y produciendo con tales exclamaciones remolinos, chapujones y humanas corrientes, que iban á estrellarse contra la dura superficie de los cerrados maderos.

Al fin, después de las siete y media, tiñéronse de roja luz las rendijas de la puerta, gimió lentamente un cerrojo y lanzando un alarido salvaje, el público se abalanzó con ímpetu bestial, arrollando al infeliz portero que, clamando como una bocina, repartía puñetazos y blasfemias. Hubo sombreros apabullados y capas hechas girones.

El grupo estudiantil fué el primero en llegar á las altas regiones, devorando con vertiginosa rapidez la interminable escalera.

Aquella noche, como siempre, fueron suyos los asientos más codiciados. Estaban allí como en su propia casa, afables, locuaces, recostados con indolencia. Reían con estrépito, tosían fuerte ó interpelaban á voz en cuello á los amigotes que divisaban en la apretada muchedumbre.

Apenas instalados, se dispusieron á cenar tranquilamente.

Pimentero traía media docena de *Honguets* ó panecillos, envueltos en un pañuelo; Andrés almendras y pasas; Manolo Ruiz una botella de vino tinto; y Pérez Porrijo una servilleta

llena de sardinas fritas, cuyas espinas arrojaron debajo de las banquetas.

A cada instante volvían la cabeza hacia la entrada, deseosos de ver llegar á *las de Pons*. Eran éstas unas niñas mesocráticas y filarmónicas (tres, redondas, coloradas y agraciaditas) que asistían con astronómica puntualidad á las funciones del Liceo, ocupando delanteras de paraiso, en compañía del papá, hombrón sanguineo, ventrudo, que usaba un chaquet inmenso como una hopa, y un metro de bigotes negros, ásperos y rudos como los de un corsario sarraceno. Era dueño de una modesta tienda de paños, sita en la calle de Escudillers, é íntimo de los canarios, que le llamaban don Ramón á boca llena, muestra de consideración que le agradaba lo indecible.

No faltaron aquella noche memorable y viérais allí al galante Manolo, convertido en jalea, dando la mano á toda la familia.

—D. Ramón, ¿cómo lo pasa Vd.? ¿Y Vd. Quimeta? Teresita, á los piés de Vd. Repito lo mismo, Asunción.

Después les ayudó á colgar las toquillas del

respaldo y les obsequió con caramelos, sin hacer caso de las toses y garatusas de Calibán que trataba en vano de *asorimbarle*.

... Media vuelta á la llave general del gas. La sala se iluminó bruscamente, brilló como el disco de la luna llena la calva del director, y en medio de un silencio respetuoso, la orquesta comenzó á dibujar el preludeo.

Desde los primeros compases, experimentó Andrés aquella sensación extraña, subyugadora, suerte de ascensión espiritual, que él solo podía explicar imaginando que las ondas sonoras eran corrientes de aire y su alma un globo que subía, subía lentamente, sin cesar, hasta perderse en el azul luminoso del espacio. Siempre le producía la música un efecto semejante. Perdía la conciencia de sí mismo, como si se embriagara con un licor suave y fuerte á la vez, y durante aquella ausencia de su voluntad y de su yo pensante, sus crispados nervios le obligaban á abrir la boca y á hacer con ojos y manos las más extrañas contorsiones.

... Los convidados de Nevers cantaban y

bebían, sin notar la impaciencia del auditorio, que había venido allí por Perlini y solo por Perlini. Y de pronto, Raoul entró por el foro, con sus botines negros, su *cachorríta* emplumada, enderezando con ademán gallardo la tizona. Y desde que empezó á hablar del hermoso sol de la Turena, establecióse un silencio absoluto, religioso, como el que debe de reinar por siempre en los espacios interplanetarios. La voz era pura y clara, como el agua que canta y corre, escondida entre los helechos del monte. Adelgazábase en los pianos hasta quedar reducida á una hebra sutil é impalpable que se desvanecía poco á poco, hasta perderse en el silencio. Luego los hilos tornaban á juntarse, se ligaban unos á otros, formando una madeja aterciopelada y vigorosa, y el torrente se precipitaba monte abajo, atronando el espacio... Después, discurría de nuevo por el llano, retardando el sinuoso paso entre la hierba, reflejando la mansedumbre azulada de los cielos y la espléndida caricia de la luz.

Cuando la romanza terminó, Andrés como si despertara sobresaltado, vióse hecho un ovi-

llo en medio de sus compañeros y observó que sus dedos pellizcaban fuertemente un muslo de Hartleit.

—Dispense Vd., —le dijo avergonzado.— En estos momentos, no sé lo que me pasa.

—No hay de qué, paisano. Si lo mismo me pasa á mí...

Después del primer acto, salieron juntos al pasillo, y entablaron un diálogo precipitado y ardoroso, comunicándose atropelladamente sus predilecciones y simpatías en materia de arte.

Desde los primeros momentos, revelóse la inmensa superioridad de Hartleit. Su erudición musical era asombrosa. Tenía trato y conocimiento íntimo con todas las sonatas de Beethoven, sin exceptuar á las más oscuras y complicadas. Indicó que su padre había sido músico de los teatros de Munich y que desde pequeñito le había plantado en la banqueta giratoria del piano. ¡Oh, si él hubiera podido sentarse en ella, cada vez que las contusiones de su alma reclamaban un vendaje de notas! Las penas con música son ménos. Solo de vez en cuando, algun domingo por la tarde, podía

tocar el piano, en un almacén de música, propiedad del tío de un compañero suyo de la Facultad de Farmacia. Porque Hartleit era medio boticario y lo sería por completo, Dios mediante, en el mes de Junio próximo.

...Continuó la representación y Perlini siguió creciendo, creciendo, hasta tocar en las nubes. Los que hacían pesimistas pronósticos respecto á su resistencia laríngea, insinuando que se quedaría ronco en el famoso septimino del duelo, se llevaron el gran chasco, pues el hombre cantó aquel trozo de fuerza con el brío y la arrogancia de un gallo inglés.

Pero sus enemigos, que ya los tenía, le emplazaban para el cuarto acto.

Sobre todo, un sujeto, asiduo concurrente al gallinero, un viejo de pobre catadura, flaco y bilioso, que siempre armaba camorra con sus vecinos por calderón de más ó de ménos, repetía sin parar:

—Ya, ya te veremos en el gran duo, italiano farsante y ladino. Señores, eso no es un tenor, eso es un vaso de agua con azucarillos.

—Calle Vd. Bien se conoce que no lo entiende.

—Claro. Vd. es aquí el único competente. Desearía saber su gracia.

—Buenaventura Bartumeu.

—Muy señor mio. Vd. será seguramente un compositor ilustre, un Verdi verde aún.

—No señor; pero sé tocar la *flaute*.

—A mí me parece que lo que Vd. toca es el violón.

Más léjos, un energúmeno gritaba:

—Aquí no hay patriotismo, porque si hubiera patriotismo, no se permitiría á ese bergante profanar esta obra, en la que Gayarre hace maravillas.

—¿Qué patriotismo de mis culpas! ¡El arte, el arte! Yo soy ciudadano de la gran república del arte.

Y Quimeta, la mayor de las niñas de Pons, preguntaba al *americano* Manolo Ruiz (para ellas, los canarios eran todos americanos).

—¿Cómo le ha gustado?

—Muchísimo, Joaquina. Pero (al oído) Vd. me gusta más.

—¿Quiere callar?

Entre tanto, los demás estudiantes procura-

ban calmar á Bartumeu, y para vengarse del atrabiliario vejete, le llenaron de sendos nudos ó *galletas* el pañuelo que había dejado en el asiento y le untaron de saliva el puño del bastón.

...Saint Bris, un señor respetable vestido de negro, gordo y macizo como un cañón, interpelló varias veces á los conjurados, preguntándoles si juraban esto ó lo otro. Nevers, muy incomodado, rompió su espada y lanzando un par de gritos, se cruzó de brazos. Luego llegaron unos frailes muy bien barbados, echando bendiciones á los mortíferos puñales, sacando las notas, como el agua de un pozo, de las profundidades del vientre. Después la multitud se retiró lentamente, agrupándose en el fondo del teatro, murmurando entre dientes. Y de súbito, un gran atropello, un clamoreo estentóreo, ojos llameantes, armas blandidas en lo alto... Y otra vez el silencio, la turba se retira, se marcha definitivamente, perdiéndose á lo lejos el rumor de los pasos... Empezaba fuera, en calles y plazas idcales la noche de San Bartolomé y mientras la sangre corre y el grito de

muerte desgarrar los aires y el toque de rebato aulla desesperadamente en las tinieblas, dentro, en la cerrada estancia, los amantes se abrazan frenéticamente, embriagándose el uno al otro con celestes melodías, al siniestro resplandor de las llamas del incendio.

Hubo que sujetar vigorosamente á Andresito Valerón, quien de otra suerte hubiera ido á parar, de cabeza, á las butacas. La angustiada frase—*oh, terrible momento*, que Perlini declamó con voz ronca, mesándose los cabellos, le produjo un verdadero acceso de fiebre y poco faltó para que le diera un par de trompadas al vejete, que protestaba colérico contra aquella innovación escandalosa.

Terminado el cuarto acto, los canarios se retiraron del teatro y sin ganas de irse á la cama, excitados, nerviosos, prolongaron la velada en una chocolatería de la calle del Cármen. Allí nació el proyecto de escribir á Perlini una carta de felicitación, que redactó Pimentero al siguiente día y firmaron todos, y á la que el gran artista no se dignó contestar.



III

CUANDO Andrés Valerón conoció á Guillermo Hartleit, vivía éste en el cuarto piso de una casa vieja y estrecha de la calle del Carmen. Su patrona era una tal Roseta, una vieja colorada, gorda y sucia, con el pelo blanco como una peluca de algodón.

El cuarto del boticario era de los interiores y la única ventana daba á un patio, angosto y húmedo como una cisterna. Desde las cuatro de la tarde era preciso encender el pequeño quinquet de pantalla verde, á cuya luz amarillosa parecían más tristes y mezquinas las paredes

ahumadas, el piso de ladrillos, rara vez barrido, el catre de hierro tomado de orin y la estrecha mesita cargada de libros, de cuadernos y de frascos.

Junto á la cama, la capa y el sombrero de Hartleit, colgados de una percha, dibujaban una silueta patibularia. En el espeso ambiente de la casa flotaba un olor innoble á guisotes de baja ley, á sopa de *broquil*, á aceite requegado. La mayor parte de las veces, cuando Hartleit llegaba por las noches, aún estaba la cama por hacer y la jofaina conservaba el agua jabonosa de las matutinas abluciones.

Y á pesar de todo esto ¡cuántos domingos y días de fiesta pasó Andrés en aquel triste aposento, literalmente embriagado por la charla amenísima de Hartleit! Aquel alemán ingertado en español había leído muchísimo y hablaba de todo, hasta de las cosas que solo superficialmente conocía, con originalidad exquisita y atractiva. Era devoto apasionado de la Filosofía y apartado de la vida externa cuanto le era posible, vivía en la perenne obsesión de los grandes problemas.

De él podía decirse con verdad que solo le interesaban las cosas del espíritu. Comía lo que le daban (bacalao y judías las más veces), dormía en un jergón duro como el pedernal y su castidad rayaba en lo inverosímil.

Poco á poco fué conociendo Andrés la historia de su amigo.

Era Guillermo hijo de un músico alemán que llegó á Santa Cruz de Tenerife con una compañía de ópera, y se quedó, disuelta aquella, en la población, donde instaló un modesto taller de fotografía. Tuvo sus años de relativa prosperidad y se casó con una canaria, hija natural de un señor letrado, que se dignó auxiliar con algunos cuartos á la pareja. Aun vivían sus padres cuando Hartleit, mancebo de veinte años, bachiller en artes y dependiente de una botica, determinó fundar una familia. Era su cómplice en tan peligroso proyecto una mujer que le llevaba cosa de diez años.

—No puedo explicarte,—decía Hartleit á su amigo (ya se tuteaban)—lo que fué para mí aquella mujer. Nadie vió en ella jamás mérito

alguno, la tenían todos por incolora é insignificante. Además era fea y pobre, tan pobre como yo (ella y su hermana Pepita vivían de los míseros productos de una escuela de niñas). Pero su alma, chico, no te rías, su alma era un tesoro, una mina de diamantes que yo solo adiviné y poseí, ¡ay! por tan poco tiempo!... Se murió á los dos meses de nacer mi hija. ¡Qué enfermedad tan horrible, muchacho, qué padecer tan inmenso! Murió al caer la tarde del día de la Asunción, la Virgen de Agosto, entre repiques de campanas y cantos de procesión. El sol del crepúsculo incendiaba la alcoba y por la ventana abierta llegaba hasta nosotros, como el eco de un sollozo, la respiración enorme del Atlántico... Estuve tres meses sin trabajar, en la casa no había un cuarto, y vivíamos solo del trabajo de la pobre Pepita, que luchaba desesperadamente durante el día con el cansancio y el sueño. Nos quedó la chiquilla...
Ana Hartleit. Mírala.

De un cajón de la mesa sacó Hartleit una fotografía amarillosa. En la memoria de Andrés quedó un recuerdo leve y confuso de una

niña de diez años, con el traje por las rodillas, que le miró brevemente, con ojos claros y tristes...

—Vinieron luego ocho años de vida estrecha y melancólica. En esa época leí muchísimo. Soñaba con ser poeta y novelista, fundé un periódico que me dió muchos disgustos, envié un drama á un teatro de Madrid. Nada.

El tiempo pasaba, la juventud desaparecía y mi único porvenir eran los veinticinco duros que me daban en la botica de Marbella. Y créemelo, yo tenía voluntad de trabajar, quería que mi hija llegase á tener el derecho de elegir un marido en vez de entregarse, como hacen las pobres, al primero que les ofrece un puchero mezquino. Así fué que, á la muerte de mis padres, vendí la fotografia y me planté aquí. Al llegar á Barcelona (era una tarde de Octubre y caía una lluvia muy triste) tenía en el bolsillo quince duros. ¿Qué te parece? ¿Qué miserias pasé! Es claro, tú no puedes comprender cómo se puede pasar un día entero con sus horas veinticuatro sin tomar ni una oblea y bebiendo agua cristalina. Te advierto

que nunca le pedí un cuarto á nadie, ni aun á los paisanos, y eso que eran buenos chicos. Tú los conoces.. Espérate, si... Una noche de invierno entré en el café de Pelayo, en busca de un compañero á quien había prestado unos apuntes. Allí estaban los canarios. Iban á cenar. Yo no habia comido en todo el dia. Al servirse uno de ellos, dejó caer al suelo un bistec, y yo lo recogí diciendo que se lo daría al perro de la patrona. Yo no tenia entonces ni patrona ni perro. El trozo de carne me lo comí por la calle, y aquella fué la primera vez que lloré, perdido entre la muchedumbre indiferente. Y enseguida todo cambió, para que veas. Entré en la botica de Colorniu, me dieron la clase de Física en el colegio de Piferrer y dí con esta inapreciable Roseta, que me suministra el bacalao de cada día y hasta la ropa planchada por doce duros al mes. Aún me sobran á fin de mes algunas pesetas, pocas, que remito por el giro mútuo á mamá Pepita. Así la llama mi chiquilla y así la llamo yo. Y puesto que ya conoces mi interesante biografía, venga la tuya, brigadier.

¿Y qué iba á contar él, Andresito Valerón, el niño del Brigadier, á quien su mamá, la Señora D.^a Agueda, enviaba treinta y cinco duretes mensuales, sin contar los gastos de ropa, libros, matrículas y otros extraordinarios, más ó menos fantásticos?

¡Cuánta vergüenza, cuanta falta imperdonable en su corta vida de estudiante! Sus arranques insensatos de impulsivo, fácilmente accesible al desaliento, que le hicieron emprender varias carreras, la de Artillería, la de Ingeniero Civil, la de Medicina, la de Derecho que actualmente estudiaba y de la que empezaba á aburrirse... (decía Calibán que Andresito había hecho más viajes de Canarias á Cádiz que el mayordomo del *Africa* ... Sus días de pereza, de insuperable desmayo volitivo, sus noches imbéciles, consagradas á la charla infecunda ó al placer grosero é innoBLE... ¿Cómo referir todo esto al soñador delicado, al puro altruista que vivía exclusivamente para preparar la senda á otro sér?...

Y, sin embargo, todo lo dijo, y prometió la enmienda, el estudio, la constancia, el imperio

sobre sí mismo, el culto del espíritu... Todo lo dijo, excepto algo muy grave y muy reciente. Reserva absoluta. Se trataba, caballeros, del honor de una mujer.

Hartleit y Andrés eran inseparables. Pasaban juntos todo el tiempo de que el medio alemán podía disponer y se les veía en los días laborables discurrir juntos por los claustros de la Universidad, formando una pareja extraña por el contraste de las dos figuras. Hartleit alto, rubio, robusto y algo pesado ya, pálido y abstraído, con su barba dorada de místico y apóstol y sus extraños ojos de ensueño, en los que la mirada parecía un accidente pasajero. Andrés pequeño, airoso, blanco como una señorita, con su nariz de águila, sus labios delgados, su pelo negro y rizado y aquel perfil hebraico que le asemejaba al Isaac de las estampas del sacrificio de Abraham.

Uno de los mayores placeres de Andrés consistía en convidar á su amigo á comer en un buen restaurant de la Rambla ó de la plaza Real, placer de que Hartleit no participaba, pues acogía los buenos manjares con la misma

indiferencia que si fuesen los platazos de judías, de broquil ó de bacalao que formaban el *menú* invariable de la señá Roseta.





IV



ARECE comprobado que Andresito Valerón conoció á D.^a Gertrudis (talvez de Moralino en la tertulia de las de Portillo.

En la casa de estas señoras (Mendizábal, número tantos) fué presentado Andrés por su amigo y paisano Manolo Ruíz, precioso estudiante del cuarto año de Medicina. El jefe de la familia se llamaba D. Modesto Portillo y era empleado en consumos ó no sé donde. El caso es que tenía poco sueldo y muchos años, que era sordo y que había servido como sargento

en el ejército nacional. La señora, D^a Ricarda, era malagueña, gorda, morenota y tan peluda que se afeitaba á diario los carrillos, la barba y el labio superior, lo que contribuía á darle el aspecto de un torero disfrazado de mujer. Las tres niñas, Angelita, Pepa y Consuelo no eran desagradables, pero sí entraditas en años. La más pequeña era ya mayor de edad, segun el Derecho vigente á la sazón.

Tenían un piano alquilado, desgraciada víctima de la inspiración del *maestro Ausell*, novio sempiterno de la primogénita, varón escuálido, de fámelica apariencia, que tocaba el oboe en un teatro y era autor de una zarzuela histórica, titulada -Vifredo el vellosor-, estrenada con éxito colosal en el teatro de Hospitalet.

En aquella casa tenía Manolito Ruiz tanta libertad y confianza como en la suya propia. No dormía en ella porque no le daba la gana. Sépase que Consuelito sentía por el lindo *americano* una pasión á prueba de desdenes. El muchacho recalaba por allí cuando le parecía, poniendo á veces grandes intervalos entre sus visitas, con la seguridad de encontrar en la

niña de Portillo la misma acogida sumisa y enamorada.

Poco á poco había ido introduciendo en las reuniones á los del grupo canario, con la única excepción del selvático Calibán, herreño adusto y desmañado, refractario al comercio de la buena sociedad.

Santiago Pimentero era de los más asiduos, porque aquel chico, estudiante aplicadísimo y formal, tuvo la desgracia de revelar en presencia de Ausell un hilo de voz, que el maestro clasificó entre las de tenor, con todo el peso de su autoridad. Lo peor del caso fué que Pimentero se tragó la bola, y continuamente estaba haciendo escalas, ejercicios y gargarismos que fastidiaban grandemente á la vecindad.

Hacia algún tiempo que Andrés no concurría á las reuniones de las de Portillo (Mendizábal, número tantos), cuando una tarde se presentó Manolo Ruiz en su casa á invitarle á él y á Perez Porriño á una velada extraordinaria.

—Hemos organizado un pequeño concierto, —les dijo Almanzor (así le llamaban sus amigos, á causa del número incalculable de sus

conquistas.)—Pimentero cantará la trova, Pepita el ária de la locura, el maestro Ausell la marcha triunfal de «Vifredo el velloso» y Bartumeu llevará la flauta. ¡Ah! Se me olvidaba lo mejor. Irá una señora cubana, viuda de un Comandante, que según parece toca la guitarra y canta las guajiras con tropical languidez. De chaquet, caballeros.

A las ocho, Andrés y Perez Porriño penetraban en los salones de la señora de Portillo, vestidos de chaquet, pantalón claro y bota de charol. Acababa la familia de comer, según lo delataban los cálidos y pesados olores que flotaban en el ambiente.

Las niñas les recibieron con muchísima amabilidad y les invitaron á pasar á la sala. De vez en cuando sonaba en la cercana alcoba la irritada voz de Doña Ricarda, llamando unas veces á Pepita, otras á Consuelito, para que le ayudaran á fajarse el corsé.

Al cabo de un rato llegó Manolo Ruiz, recién salido de la peluquería, atusado, oloroso, gentil figura de pajecillo moreno, con sus dos cuernitos de pelo sobre las sienes, su boquita

roja como una guinda y su bigotito filiforme y retorcido como la cola de un ratón. Tomó asiento en el sofá, recogiendo los pantalones para evitar las rodilleras. Y naturalmente, la menor de las niñas de Portillo se instaló enseguida á la vera del novio, quedando tan pegados el uno al otro como el molusco á la roca. Estas y otras cosas acerca de las cuales es fuerza guardar alto silencio no extrañaban á nadie, ni siquiera á la mamá.

Sonó el timbre de la puerta de entrada. Era Bartumeu. Desde el pasillo le denunciaron sus pisadas de hipopótamo.

—¿Trae Vd. la flauta, Bartumeu?

—Ay, es verdat, la flaute. Pienso que me la he dejado, la flaute. Esto si que...

—Búsquela bien, Bartumeu.

—Si no la tengo en el carrik...

Efectivamente, la traía en el abrigo y no tardó en volver, empuñando el instrumento, que era grande y gordo como un telescopio.

En ésto se abrió la puerta de la alcoba y entró Doña Ricarda, acorazada en un vestido de seda marrón, luciente como una armadura,

contemporáneo del tratado de Wad Rás, saludando á éste y al otro con refinada cortesía.

—¿Cómo está, Valerón? ¿Y Vd., Pérez Porrino, cómo lo pasa? Abur Manolo. Señores, Vds. tendrán la bondad de dispensar por esta noche á mi esposo, que se halla un poco indispuesto.

No era verdad, sino que D. Modesto, á quien cargaban las *soirées*, se acostaba en noches tales en la cama de una de las niñas, lo más lejos posible de la sala, congratulándose de su sordera.

—¿Y el maestro, no ha llegado aún?

—Paréceme que él es quien llama.

Y era en efecto Ausell, el laureado autor de «Vifredo el vellos», que entró á todo escape según su costumbre, cargado de papeles, negro y siniestro como la personificación de una epidemia. Seguía Pimentero, que acababa de sorberse un huevo crudo, armado también con sendos rollos de romanzas y cavatinas.

—Señores, á empezar, que se hace tarde. Hay que aprovechar el tiempo.

—Niñas,—dijo Doña Ricarda,—vayan á avisar á Doña Gertrudis.

—¿Quién es ella?

—¡Oh! una señora distinguidísima, una de nuestras buenas amigas, la viuda del Comandante Moralino, que murió víctima de los mambises en la guerra de Cuba. Vive en el principal. Tiene una viudedad magnífica. Está como le dá la gana.

—¿Y que tal es de cara Doña Ricarda?—preguntó Manolo con mucho interés.

—Pues simpática, si señor, bastante simpática.

—¡Hola, hola!

—¿Quieres callar?—le dijo en voz baja Consuelito.—Me estás haciendo sufrir.

Esta era su frase habitual, siempre que Almanzor intentaba proclamar la guerra santa.

... Ruido de pasos, de sofocadas risas.

—Señores,—dijo Doña Ricarda con voz y actitud de introductor de embajadores,—tengo el gusto de presentar á Vds. á la señora Doña Gertrudis Galvez, viuda de Moralino. El señor de Valerón, el señor de Pérez Porriño,

el señor de Pimentero, el señor de Ruiz, casi paisanos de Vd., pues son *oriundos* de Canarias, á dos pasos de las Américas, como quien dice. El maestro Ausell, á quien Vd. conocerá de nombre, autor de Velloso el Vifredo, digo de Vifredo el Velloso.

—Mamá, que se olvida de Bartumeu—surró Angelita.

—¡Ah! Y el Gran... digo, el amigo Bartumeu.

—Tanto gusto—dijo la viuda, y al darle la mano á Andrés, añadió:—¿El señor de Valerón? ¿Será Vd. pariente del brigadier Valerón y Xarez, que murió en la campaña de Cuba?

—Hijo suyo, señora.

—¡Hijo del brigadier! Era íntimo de mi marido, ¿sabe? ¡Cuánto celebro conocer á Vd! Siéntense, siéntense.

—Señores, á empear que se hace tarde. El tiempo vuela.

—En seguida maestro. Angela, enciende las luces del piano.

Entre tanto, la viuda había pegado la hebra con Andrés, mezclando en confuso revoltijo

multitud de cosas y personas, el brigadier, la manigua, sus amiguitas de Cienfuegos, los negros que había matado su marido. Era un torbellino de palabras ceceosas, de cadencias lánguidas y musicales.

—Siéntese Vd. á mi lado, Valerón. Charlaremos. ¡Ay, qué recuerdos tengo yo de su papá! Vd. se le parece, ¿sabe?

Tenía Doña Gertrudis más de treinta años y era una señora muy blanca y bastante gruesa, con extraños ojos verdes, serenos é impúdicos, en los que á intervalos brillaban puntos de luz, rápidos é inquietantes. Sus dedos pequeños y regordetes estaban cuajados de sortijas, y un perfume violento se desprendía de sus ropas.

Había empezado el concierto y el maestro Ausell le estaba administrando al piano una corrida de baqueta. Diríase que el infeliz instrumento era un siervo culpable de algún horrendo delito y él el verdugo encargado de propinarle el knout. Aquello era la marcha triunfal de Vifredo el Velloso. Extremecíanse los cristales de los balcones, del piso se alza-

ban humaredas de polvo y la llama de las bujías vacilaba, como azotada por furioso vendabal.

—¿Qué ruido mete ese hombre! ¡Ay, madre mía del Carmen, quién fuera sorda como don Modesto! Y dígame, Valeron, ¿tiene Vd. muchas hermanas?

Andrés la miraba extático, retardando la contestación. Cuando ella reía, echando hacia atrás la cabeza negra y perfumada, pensaba en la dulzura de un beso en aquella papada blanca, vibrante y suave como la seda.

—¿Con que dos hermanas nada más? Su mamá debe ser guapa, ¿verdá? El brigadier era hombre de muchísimo gusto.

El piano preludiaba lánguidamente y Bartumeu, fuertemente apoyado en sus enormes plantas, aplicaba el agujero de la flauta á su boca de escualo. Empezaba la fantasía sobre motivos de la Semíramis, con variaciones. El gran Ñame se doblaba por la cintura, erguíase luego lentamente, levantando con ambas manos el instrumento, como si lo ofreciera al firmamento, á los astros.

Las notas salían envueltas en buffidos, en soplos semejantes á los del aire al colarse por el ojo de una cerradura.

—¡Qué ridículas son estas reuniones!—decía en voz baja la cubana.—Mire Vd. á ese pobre, soplando en su canuto. ¡Quién le pagará el trabajo! ¡Ay! Y puede que sea amigo suyo. Perdóneme la guasa.

Cada vez que se movía en el asiento, perfilábase debajo de la seda negra de su traje, la redondez tentadora de los muslos. Por debajo de la falda salían y entraban sus piés, breves é inquietos como ratones y Andrés sentía anhelos insensatos de levantar un poco la falda, para cerciorarse de que las medias eran negras como él se las figuraba, negras y lisas, dibujando el contorno de una pierna redonda y dura.

Le tocaba la vez á los cantantes. Pimentero fué al comedor á tomar un buche de agua y volvió á la sala, probándose la voz por el pasillo. Para mayor propiedad é ilusión del auditorio, cantaba siempre la trova dentro de la alcoba inmediata, con la puerta cerrada. Y Aunsell, que tan pronto era la orquesta como el

Conde de Luna, mugía al terminar cada estrofa:

—*¡Il trovator! ¡Io fremo!*

—Y Vd. D.^a Gertrudis, ¿no canta?

—¡Ay, Valerón! ¿Quién le ha dicho eso?

—Pues no sé quien. Me dijeron que Vd. tocaba la guitarra y cantaba las guajiras con muchísima sal.

—¡Ay, es verdad! Yo se lo dije á ese *singuango* de Ausell, que me tenía mareá, diciéndome que yo debía ser contralto y no sé que más. Fué una guasa, ¿sabe? Por engañarle. ¿Y Vd. qué carrera sigue, Andrés?

—Derecho.

—¿Abogado? ¡Qué me gustan á mí! ¡La noble toga! ¡Y qué bien le sentará á Vd.!

Frente al sillón ocupado por la viuda había un velador, cubierto por un tapete mustio y ajado, que casi llegaba al suelo. De pronto Andrés sintió en uno de sus piés un contacto blando y cálido, que seguramente no era producido por la pata del velador. Vacilaron sus pupilas y la sangre, subiendo apresurada, enrojeció sus orejas, mientras ella le miraba de hito en hito, sonriendo con toda la boca.

Y mientras Pepita cantaba el *Vorrei morir*, afirmando que estaba tísica y que doblaría las cajetas al caer la hoja, Andresito sentía en aquella extremidad de su cuerpo el calor de la sangre de la señora de Moralino, una suerte de quemadura ligera y voluptuosa.

Terminada la romanza sonaron fuertes golpes en un tabique lejano. Era la señal con que el viejo sordo anunciaba la conclusión del sa-
rao. Como los invitados conocían las costumbres de la casa, se levantaron enseguida.

—¡Ay Jesús! la noche me ha parecido un soplo,—decía la viuda.—He tenido mucho gusto en conocerle, Andrés. Vendrá á verme, ¿verdá? A las cuatro me encuentra siempre en casa. No falte. Charlaremos.

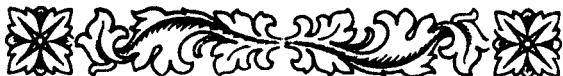
Al despedirse, los dedos de ella rasguñaron levemente la palma de la mano de Andrés.

—Esa mujer es tuya,—afirmaba Manolo Ruiz, ya en la calle.—¡Vaya con el niño! ¿Quién es aquí el verdadero Almanzor, caballeros? ¿Qué dices á eso, Porriñito, mudo insigne?

—Digo que dichoso él y dichosos Vdes.—

suspiró el pobre muchacho, tapando con el embozo de la capa su faz mongólica, aplastada como la de una figura de barro á la que, húmeda aún, hubiese aplicado el escultor fuertes palmadas, tocado del afan de ridiculizar su obra.





V

Quince días después de la *soirée* Portillera, hizo Andrés su primera visita á la señora D.^{na} Gertrudis Galvez, viuda de Moralino. La tarde estaba obscura, lluviosa y triste, y el pretendiente llegó á la calle de Mendizábal en coche simón, estrenando sombrero de copa y luciendo la leontina de oro de Perez Porriño, prenda de lujo que todos los canarios utilizaban en las grandes ocasiones.

Recibióle la señora en la sala, alumbrada crudamente por tres ó cuatro lámparas enor-

mes y llena de muebles incoherentes y llamativos.

La idea de encontrarse á solas con ella, las cosas delicadas é ingeniosas que le diría, las actitudes apasionadas que habría de tomar, el miedo al ridículo, á una negativa indignada ó burlona, todo esto había sido la preocupación constante de Andrés durante aquellos días, obsesión molesta y placentera á la vez, que le quitaba el sueño. Así es que, cuando halló instalada en el sofá á una señora gruesa y á un niño flaco y moreno como un tabaco, experimentó una sensación de alivio y bienestar. Mientras duraba la visita de aquella gente, tendría él tiempo de reponerse, de recobrar poco á poco la sangre fría necesaria para llevar á feliz término aquella complicada empresa.

—La señora de Pallarés y su niño Carlitos. De la tierra... ¿sabe? D. Andrés Valerón, hijo del brigadier Valerón y X Suarez.

La visita no se marchaba. Hablaban las señoras con mucha animación de cosas y personas enteramente desconocidas del canario, mientras el chiquillo, con las manos

en el manguito de su mamá, fijaba en Andrés sus ojillos de ratón, como diciéndole:—¡Qué bien te estamos jeringando!

Al verla allí, en la sala de su casa, recibiendo la visita de una señora casada, charlando con ella de sus comunes relaciones, de la gente de *allá*, banqueros, propietarios, empleados, juzgaba Andrés ridículos y estúpidos sus proyectos de seducción y de conquista. ¿Esperaba él fascinar á aquella señora rica y decente, rodeada de muebles lujosos, defendida por fortísimas barreras sociales, con su figurilla mezquina de mozuelo imberbe, con su terno de chaquet, el único que había en casa, con sus guantes recién comprados, cuya estrechez contribuía á la frialdad cadavérica de sus manos, ó con la leontina de oro del buen Pérez Porriño?

Así es que cuando la visita se despidió, estuvo á punto de marcharse también. En vano repetía mentalmente los consejos de Manolo Ruíz... «Desde que la cojas solita, tírate á fondo. Con las mujeres de su edad, el triunfo es de los atrevidos.» Bien es verdad que la

señora parecía abstraída, seria, un poco displicente. Sentada frente á él en un sillón, enteramente vestida de negro, mostraba empeño en alzar alrededor del diálogo un espeso murallón de conceptos indiferentes, sin dejar hueco alguno por donde pudiera deslizarse una frase intencionada. Y una vacilación inmensa torturaba el espíritu del muchacho. Él nunca había pretendido á una señora decente. ¿Se arrojaría á sus piés, cruzando en actitud romántica sus manos enguantadas? ¿La abrazaría sin más trámites, de golpe y porrazo? ¿Y si ella tocaba la campanilla y llamaba á sus lacayos para que le *recondujeran*, como él había visto en muchas novelas traducidas del francés? ¿Y si se quedaba muerta de risa, que era lo peor?

Marchóse desesperado y solo recobró alguna esperanza en el pasillo, cuando ella, al darle la mano, le rasguñó levemente la palma, con sus uñas afiladas y redondas. Pero aquello podía ser una costumbre, un *tic* sin importancia ni significación.

En la entrevista sucesiva, nada tampoco.

Los dos adversarios acamparon en sus respectivas posiciones; sin adelantar un paso. Y entonces fué cuando el muchacho, verdaderamente mordido en las entrañas por el antojo sensual, determinó escribirle. Fué la carta de un loco, desesperada, atrevida, casi insolente. Y nada, la viudita como si tal cosa; recibía la visita del pretendiente como la de un apreciable joven que le estuviera recomendado por su familia. Y Andrés pensó: ó esa mujer es una idiota, ó es una infame, una víbora como las que se crían en la manigua de su tierra. ¡No te reirás de mí, no, *baladróna!* Ya verás si tengo dignidad.

Otra cartita. "No se puede jugar impunemente con el corazón de un hombre, señora. Una de dos: ó es Vd. una inconsciente, ó un sér monstruoso. De todas suertes, mi dignidad no me permite prestarme por más tiempo á esta comedia ridicula y cruel. Adios para siempre, señora. Que Dios nos juzgue á los dos."

Inmediatamente recibió la respuesta, un billetito pequeño y perfumado (siempre como en las novelas) que decía así: "Si es Vd. un

hombre, mañana á las nueve de la noche venga á buscar la contestación."

Y como Andrés era un hombre, fué, llevando en el bolsillo de la americana el revólver de Méndez Rosa. Tenía en sus manos la vida de cinco lacayos, por lo menos. El revólver tenía cinco tiros.

Le abrió la puerta, como de costumbre, la doncella Marieta, una catalana muy agraciadita.

—Pase Vd. á la sala, Don Andrés.

En la sala no había absolutamente nadie; pero desde la entrada observó el mancebo que la puerta de cristales que daba acceso al gabinete estaba abierta de par en par y que en medio de la pieza se alzaba una especie de catafalco funerario, cubierto con un paño de terciopelo negro, con franja dorada. La débil luz de una lamparilla, colocada en el tocador, contribuía al aspecto dramático y fúnebre de aquella suerte de lecho mortuario. Recordando las palabras de la carta "Si es Vd. un hombre, etc.", Andrés se dirigió valerosamente al gabinete.

De cerca, el objeto misterioso parecía en efecto un catafalco y debajo del paño negro se adivinaba la presencia de un cuerpo humano, rígido, inerte.

Era necesario saber. Un momento duró su indecisión, siglo de angustia, de miedo intolerable. Agarró con una mano el revólver y con la otra tiró violentamente del paño. Y su emoción se resolvió en un grito, en un alarido ronco, que le destrozó la garganta.

Debajo, sobre una especie de colchón negro como las tinieblas, yacía un adorable cuerpo de mujer, algo obeso quizás, pero blanco, deslumbrador, oloroso y rico, con los párpados caídos, la sonrisa ausente, el cabello esparcido á uno y otro lado de la cabeza, como una almohada de sombra...

Andrés declamó, como un personaje de drama:—¡Gertrudis! ¡Muerta! ¡Dios mío!

Y entonces ella soltó la risa que á duras penas contenía, y sentándose de pronto, le echó los brazos al cuello, aplastando contra los botones del chaleco su desnudez espléndida, emborrachándole con el perfume violen-

to de sus cabellos y el tibio contacto de su carne. Y le decía, riendo convulsivamente:

—Aquí la tienes, aquí tienes á tu Gertrudis, bobo. ¡Ay qué bobo, qué inocente, qué *singuango!*





VI

LAS vacaciones de Pascuas del año mil ochocientos ochenta y tantos! Nunca olvidará Andresito aquella época de agitación, de fiebre, de inmenso desequilibrio físico y moral.

Visitaba á la cubana por las noches, á cosa de las nueve, y en los primeros tiempos le molestaba grandemente una impresión singular que en vano procuraba alejar enérgicamente, hasta con indignación. Era que en su espíritu se establecía involuntaria semejanza entre aquellas visitas y las que en tiempo no

lejano solía hacer á ciertas casas nefandas. A esta impresión total contribuían una serie de sensaciones desagradables, casi odiosas. La criada que le abría la puerta, con intencionada sonrisa de tercera; la sala alfombrada y tibia, con sus muebles incoherentes y llamativos; el aire saturado de perfumes demasiado fuertes; las batas de la viuda, sus besos cálidos y sin sonoridad, sus caricias expertas, que á veces tenían indefinible sabor histriónico... y luego la sedación brusca, inevitable y desconsoladora, aquella impresión de odio y hastío brutales y vergonzosos, que determinaba el deseo imperioso de vestirse inmediatamente, de marcharse á la calle, de pedir al trabajo la paz del espíritu, el olvido y el arrepentimiento.

Poco á poco, sin embargo, la pasión sensual que en el obscuro fondo de su sér dormitaba, fué avanzando con segura lentitud de río que se desborda, anegando sus escrúpulos, sus rubores, sus desconfianzas.

Las citas se multiplicaron y en ciertos días de la semana los amantes comían juntos, con

gran derroche de luces, de flores, de costosos vinos, que les causaban una embriaguez discreta y voluptuosa. En noches tales el delirio amoroso llegaba al paroxismo y el abrazo de la pareja era violento, fiero y cruel como una lucha.

Llegó el caso de quedarse Andrés fuera de su casa toda la noche. Y á la mañana siguiente, Pérez Porriño, que con él vivía (Ronda de San Antonio, número tantos, piso tercero) se llevó el gran disgusto al verle entrar lívido, ojeroso, rendido de cansancio.

—Esa mujer lo está destrozando,—pensaba.
—Y yo, ¿qué le voy á hacer? Mi deber sería escribirle á Doña Agueda para que le mandase á buscar inmediatamente.

Y en otra ocasión, como Andresito exhalara, al hablar, sospechoso olor alcohólico:

—Nada, que esa *baladrona* le está infiltrando todos los vicios.

Todos los compañeros se hallaban enterados de la aventura. Afectaban compadecerle, pero en el fondo le envidiaban, sobre todo Manolo Ruíz, el Almanzor canario, para quien la con-

quista de Doña Gertrudis era cosa insignificante y sin valor, una cuenta de vidrio despreciable, que no vale la pena de recoger del suelo.

El bondadoso Pérez Porriño llegó hasta suplicarle que sedujera á la viuda, que se la quitara á Valerón.

—A tí te será muy fácil, Manolo. Llegar y vencer. ¡Qué favor tan grande le harías al pobre muchacho! Anda, hombre, ¿qué trabajo te cuesta?

—Imposible, Porriñito. Ahora estoy sumamente ocupado. ¡La hija de un Comandante de la Benemérita! No te digo más. Además, ya sabes que para las jamonas *no me peino yo*.

El día de año nuevo, Andrés entró con cierto misterio en el cuarto de su amigo y le dijo:

—Porriño, ¿tienes dinero?

Era Pérez Porriño de todos los estudiantes canarios el más ordenado y económico.

—Seis duros me quedan, chico. Y dos que me debe Pimentero, ocho. Y tres pesetas Calibán, suma.

—Escucha,—dijo el otro cerrando la puerta

y en voz baja, semi temblorosa.—Mira lo que me ha regalado Doña Gertrudis.

Y le enseñó un bastón de caña de Indias, con puño de oro.

—¡Andrés, ese es un bastón de mando! ¡Andrés, ese es el bastón del Comandante Moralino! ¿Y tú lo cojiste?

—¿Y qué había de hacer? Tú no la conoces. Yo no lo quería, pero ¡se puso tan *enro-*
nada!

—Pero, hombre, ¡el bastón del difunto!

—Ella dice que ya el Comandante no necesita bastón. ¡Qué cosas tiene! ¡Ay! si supieras, Pepillo, esa mujer me tiene loco.

Y se desplomó, cuan largo era, sobre la cama del amigo. Y de este modo, uno acostado, el otro sentado á la cabecera, como hermana de la Caridad que cuida á un enfermo grave, empezaron las confidencias, que fueron largas, sinceras, minuciosas. En la comedia del amor, siempre desempeñaba Pérez Porriño el papel de confidente.

—Rompe con ella.

—¿Y por qué? Si te digo que la quiero. Y

ella también. Mira, te contaré lo que me dijo el otro día...

...—¿Y tu madre? ¿Y Doña Agueda, infeliz? ¿Qué dirá cuando lo sepa?

—Tú no se lo has de decir.

—Yo no.

—Ni los demás tampoco.

—¿Qué sé yo!

—¿Sabes para qué necesito los cuartos? Para hacerle un regalo. Es cuestión de dignidad para mí. ¿No lo ves?

—Ya lo veo.

—Entonces, ¿me los prestas?

—Hago más. Te acompañaré á comprar el objeto.

—Al pelo. ¡Viva Porriño!

Ya en la calle, los dos amigos se detuvieron perplejos. ¿Qué comprarían? Ambos eran inexpertos en materia de *toilette* femenina. ¿Consultarían á Manolo Ruiz? No, porque Almanzor era *cuentero*, y aquella misma noche toda la colonia atlántica se enteraría del *paso*. Y era de ver á los dos chicos, en aquella, crudísima mañana de invierno, armados de paraguas

lagrimeantes, llenos de barro hasta las rodillas, visitando establecimientos en busca del regalo de Doña Gertrudis.

En la calle de Fernando les pidieron sesenta duros por una pulsera muy sencilla, sin lucimiento, que parecía de latón dorado. Más allá, un abanico de nácar y encajes costaba veinte dures, ni un cuarto menos. Y entre los dos, apenas si llegaban á las cincuenta pesetas. Y el reloj de Pérez Porriño, que servía á la colonia de supremo recurso, se hallaba desde mediados de Diciembre purgando, en estrecha reclusión, ciertos apuros de Pimentero.

—¿Por qué no le compras un corsé?—preguntó Porriñito ruborizado.—Mira, allá abajo en aquel escaparate, los hay hasta de veinte pesetas.

—¡Muchacho! Si ella los tiene á docenas, blancos, negros, rosados...

—Pañuelos de seda para la cabeza. Mira, cinco pesetas...

—Eso es cosa de criadas.

—¿Un frasco de agua de olor?

—No seas cursi, Porriñito.

Tan desesperados se vieron, que por poco le compran á Doña Gertrudis un par de botas altas, con botones dorados, que vieron expuestas en una zapatería de lujo, en la Rambla del Centro.

Al fin, Andrés se decidió por una sombrilla de color azul marino, que les costó ocho duros. Era prenda de poco viso, no parecía valer todo aquel *sentido* de dinero, pero ¿qué se le iba á hacer? Se hacía tarde y los dos amigos tenían los piés convertidos en témpanos de hielo.

—El regalo resulta muy lógico,—decía el buen Porriño.—¿Ella te ha regalado un bastón? Pues tú le regalas una sombrilla.

Cuando la cubana vió entrar aquella misma tarde á Andresito, cargado con la caja de cartón estrecha y larga como el ataúd de un codrilo recién nacido, se echó á reir y le dijo:

—¿Qué me traes ahí, niño? Parece un fusil. A ver. No, que es una sombrilla y muy mona por cierto.

Cuando se enteró del precio, que Andrés hubo de decirle, puso el grito en el cielo y de-

claró que el de la tienda le había *clarado*. La intervención de Pérez Porriño y sus teorías respecto á regalos, le hicieron muchísima gracia:

—¡El pobre!— decía.—Mañana mismito me lo traes á comer, chinito. No te olvides.

Y efectivamente, Pérez Porriño comió aquel día y otros muchos en casa de la Comandanta. Al principio se conducía en la mesa como un perfecto mudo, pero luego se fué soltando, si bien generalmente no pasaba del monosílabo.

A ratos, su faz mongólica se cubría de rubor y bajaba los ojos, mirando obstinadamente la redondez brillante del plato.

Era que la diabólica viuda le daba pisotones por debajo de la mesa.





VII



partir de aquella memorable noche del mes de Febrero en que Andresito Valerón conoció á Guillermo Hartleit, la existencia de aquél se desdobló, bifurcándose en dos sendas ó caminos, que paralelamente se desenvolvían. Si durante el día, y sobre todo los domingos y fiestas de guardar, rendía culto al espíritu en compañía del alemán, por las noches la materia recobraba sus exigentes prerrogativas. Y lo particular era que el muchacho respiraba y se movía perfectamente en aquel medio complejo, pasando del éter al

cieno y del cieno al éter con una facilidad asombrosa. Por las tardes, traducción de Heine, de Goethe ó de Hugo, ó bien lecturas y disertaciones filosóficas; por las noches, el delirio, el abrazo impuro, el imperio absoluto de la diosa americana.

La cual había entrado en un período de antojitos y rarezas que, de concurrir otros síntomas, hubiera sido cosa de preocupar á cualquiera. Tenía, *verbi gratia*, la absurda pasión de los disfraces y mascaradas. Solía disfrazarse de modista, con pañolón claro y pañuelo anudado debajo de la barba, extremando la ficción hasta el punto de echarse á la calle y de exigir que Andrés la siguiese y requiebrase, como un estudiante correntón y casquivano.

Una noche se vistió de varón, con blusa, gorra y manta al hombro, y obligó á Andrés á que la acompañase á un café cantante de ínfima y sospechosa categoría, en el que una diva de Marsella graznaba una cancioncilla, despojándose gradualmente de sus vestidos á la vista del público, hasta quedarse en camisa. En poco

estuvo que no durmieran ambos en la prevención, pues un agente de policía hubo de sorprender el verdadero sexo de Doña Gertrudis (era preciso estar ciego para no verlo, sobre todo cuando la señora se presentaba de espaldas) y quiso prenderles, creyendo que se trataba de los prodromos de un delito. Andresito tuvo que declarar la verdad, que revelar las señas de su casa, que ir en busca de la cédula y no sé que más.

Otra noche se empeñó en asistir á un baile de criadas (calle de la Canuda, número tantos) y naturalmente, en medio del barullo y apretones del abigarrado concurso, le faltaron al respeto, y Andrés tuvo que *fajarse* á la trompada con uno de blusa, autor presunto del desafío.

Menos mal cuando solo le daba por vestirse de guajira y por desembarcar el interminable cargamento de danzas y danzones tropicales, que cantaba con muchísimo donaire, acompañándose ella misma con la guitarra.

Lo que molestaba sobre todo al chico era la frecuencia y esplendor de los regalos de ella.

Y no había más remedio que aceptarlos, porque si no, Doña Gertrudis se ponía hecha una furia. Le regaló, además del bastón de mando susodicho, una botonadura de oro y unos anteojos de campaña, que transcendían horriblemente á comandante de nuestras tropas coloniales. Poco á poco todas las alhajas y utensilios del difunto iban pasando á poder de Andrés: las espuelas de plata, el revólver, el reloj de oro con su maciza leontina, una petaca de piel de Rusia. Una verdadera herencia. Andrés sufría y rechinaba, pero no hallaba medio de poner coto á la generosidad indiscreta de la viuda. Sin embargo, un día en que llegó á enseñarle un cofrecito lleno de billetes y de obloncillos de á cinco, diciéndole que todo era para su chinito de su alma, Andrés se asustó grandemente y declaró que jamás haría el infame papel de *hombre entretenido*.

¿Conocía Hartleit el nefando secreto de su amigo? Es muy probable, aunque el alemán vivía muy poco en la superficie de la tierra. No había estudiante que lo ignorase. Era frecuente que Doña Gertrudis viniese en coche

cerrado á buscar á Andrés á la salida de las clases. En la segunda quincena de Enero, la Universidad le vió pocas veces, y Andrés supo por fidedigno conducto que le habían borrado de la lista de Derecho Romano y que igual percance le amenazaba, á poco que se descuidase, en la clase de Literatura general.

Los domingos por la tarde, solía haber sesión de ultratumba en el cuarto de Hartleit. El alemán hacía café muy cargado en una maquinilla, y entre los vapores del excitante líquido y el pavor emanado de los seres invisibles que poblaban la estancia, se ponían todos vibrantes como arpas.

Ya no concurrían á las sesiones ni Manolo Ruiz, ni Calibán, ni Pérez Porriño. Los dos primeros calificaban aquellos estudios psicológicos de verdadera chifladura, y el último, aunque se declaraba incrédulo, es lo cierto que le tenía un miedo insuperable á los espíritus y no podía ver sin terror objetos tan inofensivos como un lápiz ó la pata de una mesa.

Quien acudía asiduamente á las tertulias telepáticas era Pimentero, con su calva precoz

y amarillosa, y su bigotillo ancho y corto de sargento viejo. Además, la secta había logrado por aquellos días una adquisición inestimable en la persona de Bartumeu, conocido por el Gran Ñame, hombre de paradisiaca buena fé, pasante en un Colegio y estudiante de Filosofía y Letras, el cual llegó á chiflarse completamente con aquellas tenebrosas prácticas. Como á la sazón estudiaba Metafísica y oía hablar mucho en clase de Pascal, continuamente le estaba evocando, sin cuidarse ni poco ni mucho de la molestia que con ello causaba al filósofo insigne. Si otro espíritu se hallaba en el uso de la palabra, le interrumpía sin empacho alguno, para pedirle que trajera á Pascal.

—Tráete á *Pascall*.

El círculo tenía una serie de espíritus familiares, gente modesta y oscura que acudía puntualmente á las evocaciones. Tales eran Diomedes de Efeso, un Pedro de Toledo que se titulaba judío converso y una protestante, María Dauvergne, que hablaba en francés de zarzuela y se decía víctima de la Noche de

San Bartolomé. Ni dejaban de acudir, si eran llamados, los parientes y amigos de los fieles, el Brigadier Valerón, el padre de Hartleit, un tío de Bartumeu y hasta la abuela de Pimentero que había muerto de fiebre tifoidea en el pueblo de Pájara en la Isla de Fuerteventura.

Todos se producían en estilo cortado y sentencioso y alguno que otro se descolgaba á veces con sus versitos, que, por extraña coincidencia, llevaban siempre el cuño becqueriano.

Las sesiones dominicales dejaban en el alma exaltada de Andrés una impresión profunda. La existencia asegurada por toda la eternidad, la certidumbre de hallar en otros mundos, en condiciones de vida superiores, á los séres que aquí nos han amado, el perfeccionamiento gradual del espíritu hasta llegar al conocimiento perfecto y á la consciente posesión de Dios... todos estos dogmas de la secta le halagaban suave y misteriosamente, como las imágenes de un hermoso sueño.

Pimentero era creyente fervoroso, pero moderado y del género extático; Bartumeu fanático y militante; Andrés quería tener fe; y

Hartleit, el *medium gráfico*, era totalmente incrédulo. Según él, solo se trataba de un fenómeno curioso, mal estudiado hasta entonces y del que tal vez podría sacar un gran partido la Ciencia del porvenir, la Psicología.





VIII

SÉPASE, para que en todo tiempo conste, que fué en la logia Barcino, instalada en una casa de la calle del Arco de San Ramón, en cuya planta baja había despacho de leche de burras, donde los amiguitos del grupo abrieron los ojos á la verdadera luz.

El primero que anduvo en aquellos trotes fué el exaltado mambís Méndez Rosa, que se inició bajo los auspicios de su compatriota Muratieda, cuarentón estirado y serio, empleado en una casa de comisiones (Salcedo, Roig y C.^ª). Propagóse luego la epidemia al

Pepe Zapatero, y seguidamente entraron de cabezas en la región del misterio el amigo Hartleit, Pimentero y Manolo Ruiz.

El hijo del Brigadier se puso el mandil en los primeros días del curso, y Pérez Porriño le imitó en breve, por no quedarse solo en las noches de *tenida*. El último contagiado fué Calibán, cuyo verdadero nombre en la sociedad civil y eclesiástica era Eloy Marrero, natural de Valverde en la isla del Hierro, el más listo de toda la colonia, pero también el más feo. Era ancho y corto, negro y peludo como un cuadrumano. Estudiante aplicadísimo, de férrea voluntad para el trabajo, y maestro al propio tiempo en la mundana ciencia, llegó á ser y es todavía, una de las eminencias médicas de Barcelona.

Todos habían elegido, después de largas meditaciones, su nombre simbólico ó de guerra. Hartleit se apellidaba Voluntad; Méndez Rosa, Kosciuszko; Zapatero, Cincinato; Manolo Ruiz, Il Petrarca; y Andrés Valerón, Doramas. Pimentero fué uno de los más modestos, pues se contentó con ser tocayo del Guiniguada, del

pedregoso barranco que divide en dos barrios la ciudad natal. Pérez Porriño apencó con el nombre de Cairasco, sin duda por su facial semejanza con el busto del vate de los esdrújulos, que asusta perpetuamente á los forasteros en una de las plazas de la susodicha ciudad. Y el herreño se obstinó en conservar el *nombre* de Calibán, que le daban sus compañeros desde los tiempos del bachillerato, y que, según dijo á los horteras que formaban en la logia Barcino considerable mayoría, era el de un famoso demagogo de la isla del Hierro.

La luna de miel masónica fué para los chicos canarios una época divertidísima. Eran puntualísimos asistentes á las *tenidas*, alzando el gallo en todas las discusiones, asombrando á los pobres esclavos del mostrador con su oratoria petulante y meridional. En las primeras elecciones, Pepe Zapatero fué nombrado hermano orador; Valerón, segundo Vigilante; y Pérez Porriño, limosnero. Calibán obtuvo por unanimidad el empleo de Hermano Terrible, papel que desempeñaba con fúnebre

seriedad, utilizando en las situaciones culminantes una voz sepulcral, que erizaba la cabellera de los catecúmenos. El Venerable les traía en palmitas. Era el tal un bondadoso anciano, empleado en consumos, de lengua barba blanca y ojos negros, pequeños y redondos como gotas de tinta. Progresista empedernido, apóstol y mártir del libre pensamiento, había padecido bajo el poder de González Bravo. Poseía el grado 33 y un alma de niño, predestinada al limbo. Trataba á todo el mundo de *tos*.

No contentos con las tenidas semanales de la Logia Barcino, recorrían las demás en calidad de hermanos visitantes, tocados del pueril afán de cubrirse el vientre con el mandil y de empuñar la mohosa espada en las iniciaciones. ¿Y qué deleite pudiera compararse con el de cambiar simbólicos apretones de manos, deletrear en voz baja la palabra sagrada y hacer piruetas á la entrada de los templos?

Érales sobre todo grato visitar la nueva logia que con el rótulo de «Hijos de Cuba», habían fundado Muratieda y otros americanos

en una callejuela extraviada de la Barceloneta. Allí se observaba el ritual, sin perdonar un detalle, y el infeliz profano pasaba las de Caín antes de ver la luz. Usábanse además unas hopas de percal negro, con capuchón y todo, que eran la delicia de los estudiantes.

Por aquella época hizo Manolo Ruiz amistades en un café con un tipo, un tal Rodriguito Santa Oria, noble extremeño, empleado en el Gobierno Civil, de inteligencia tan limitada como la de un mulo. Tenía mas de cincuenta años, pero vestía como un pollo y era alto, grueso y calvo, decorativo y monumental como un obelisco que no sirve para nada.

Presentado á Calibán, ocurriósele al diabólico herreño la idea de iniciarle en la Masonería, haciéndole creer que en las noches de tenida se tomaba á discreción chocolate con bizcochos.

La ceremonia tuvo lugar en la casa de Pimentero. El cuarto de la criada, tendido de negro con todas las capas de los estudiantes, y repleto de huesos y calaveras, sirvió de cámara de las meditaciones. Quitáronle luego

la ropa al pobre hombre hasta dejarle en calzoncillos, y en aquel somero traje y con los ojos vendados, le introdujeron en el templo, que era la habitación de Pimentero, y allí le hicieron beber una copa llena de acíbar, le administraron una ducha con el jarro de la lavadera y le raparon las barbas, tinéndole luego la cara con corcho quemado. Cuando le quitaron la venda, Rodriguito se vió frente á una enorme burra que los estudiantes habían pedido prestada al dueño de la lechería próxima, y tuvo que abrazar y besar al cuadrúpedo, en prueba de humildad.

Lo peor del caso fué que la burra, que habia subido dócilmente los escalones del piso cuarto, se negó obstinadamente á bajarlos y hubo que dejarla hasta el siguiente día en el cuarto de Pimentero.





IX



NA tarde de los primeros días de Junio, Doña Gertrudis Galvez le dijo á Andrés Valerón:

—Chinito, siéntate aquí. Tenemos que hablar con mucha formalidá.

Era evidente que la pasión de la viuda había entrado en una nueva é interesante fase. Definitivamente cerrada la era bohemia de las excursiones nocturnas, antojitos y mascaradas, empezaba el periodo del amor serio, casero y burgués.

—Pues si, mi niño, ha llegado el momento

de tener los dos una explicación formal. No podemos seguir así. Te diré por qué. Esto que hay entre nosotros lo sabe ya todita la colonia americana. Creo que ha dado el soplo ese *cuentero* de Méndez Rosa. La de Pallarés... ¿te acuerdas? aquella viuda más negra que un cuerno, me encontró la otra tarde en el paseo de Gracia y no me saludó. El otro día me hizo una visita un primo de Moraliño, que es capellán de los vapores de la Trasatlántica, y con buenas palabras, me puso como un zapato. ¿Qué más? Pues dicen que me van a quitar la viudedá. Ya ves. Hay que hacer algo por la sociedad, por las buenas costumbres... Yo no pensaba decirte nada de ésto; pero, ahora vienen los exámenes, tú te marcharás a Canarias y ojos que te vieron ir...

¡Los exámenes! ¡La eterna pesadilla, el despiadado remordimiento de aquella época de fiebre! El nombre de Andrés había desaparecido de las listas de Derecho Romano y Literatura general y apenas si se sabía las quince primeras lecciones de Historia crítica de España.

—¿Donde encontrarás una mujer que te quiera más que yo? No me digas que soy vieja para tí. Mamá fué guapísima hasta más allá de los cincuenta... espérate, y tití Teresa también. Es cosa de familia. ¿Pues pa qué buscas más, chinito? Ya diste con la tuya, cójela, no la dejes escapar.

Y tomando la cabeza del muchacho entre sus manos tibias y sedosas, con uno de aquellos arranques de franqueza que gastar solía:

—Déjate de boberías, niño, y cástate conmigo.

...—Sí. ¿Qué tiene eso de particular? Te casas conmigo y nos vamos á Canarias, á tu tierra, que está cerquita de la mía, como dicen aquí. Ya verás qué bien me llevaré con tu mamá y con tus hermanas. A cada una pienso regalarle un sombrero divino y una pulsera y no sé que más .. porque, aunque te repugne, tengo que decirte que soy rica, ¿sabes? Cinco mil duritos de renta. Váyase á la porra la viudedá. Toditito pa tí. No te *enroñes*, niño. Yo no quiero *entretenerle*, como tú dices. Tu familia también tiene *con qué*.

Y terminó acariciándole la barba y diciéndole con mucha zalamería:

—Ratoncito Pérez, ¿tú te quieres casar coamigo?

Desde que salió de casa de la viuda, empezó Andrés á cavilar acerca de la inesperada proposición. Nunca le había pasado por la imaginación la idea de casarse con su querida. Precisaba, pues, examinar aquel proyecto *bajo* todos sus puntos de vista, como él decía. Primer punto de vista (llegaba el muchacho á la sazón á la plaza de Cataluña): el de la justicia. Él había seducido á Doña Gertrudis, de esto no cabía duda, había manchado su reputación de señora decente y formal, condenándola al desprecio de la de Pallarés y á los trepes del Capellán de la Trasatlántica. Segundo punto de vista (pasaba por frente al Buen Retiro, paseo de Gracia arriba): el del amor. Él quería muchísimo á la cubana y la cubana le amaba á él con locura y con indudable desinterés, pues no había que hacer mérito de la sombrilla famosa, único regalo que le hiciera. ¡Cuán suave y deleitosa sería

la existencia con una mujer como ella, tan cariñosa, tan zalamera, tan inventiva! Tercer punto de vista (más allá del Teatro Español): el de la conveniencia. Él despreciaba el dinero, *ese vil metal*, fuente de goces y también de bojezas; pero Doña Agueda, como todas las madres, deseaba para su hijo una mujer que trajera á lo menos el almuerzo, y Gertrudis traería además la comida y la cena.

Y, satisfecho el entendimiento con estas sólidas razones, Andresito creyó que le era ya permitido abrir la llave al surtidor de su fantasía. Contemplábase desembarcando en el muelle de la ciudad atlántica, en compañía de su señora, vestida con elegantísimo abrigo de pieles, coronada la airosa cabeza por artística capota de viaje. El tránsito por la calle de Isabel la Católica era una suerte de carrera triunfal. Los tenderos abandonaban el mostrador, las niñas se colgaban de las ventanas, aglomerábase la gente en las esquinas para contemplar á Andresito Valerón y á su señora, una señora de afuera, tan elegante, tan distinguida .. Ya estaba el muchacho recibiendo

visitas en el salón de su nueva casa, cuando ante sus ojos brillaron los primeros faroles de Gracia. Entonces, como si la cesación de la marcha determinara en él la vuelta de la razón, parecióle de pronto todo aquello absurdo y disparatado y bajó inquietísimo el paseo, decidido á consultar á Hartleit aquella noche.

El alemán acababa de aprobar las clases del último grupo y estaba preparándose para los exámenes de grado á la luz amarillosa del quinquet.

Apenas oyó las primeras palabras de Andrés, se levantó aturdido.

—Muchacho, ¿qué estás diciendo? ¿Que tú, tú te vas casar con esa mujer?

—Tú sabes á quien me refiero, ¿verdad? Es Doña Gertrudis Gálvez, la viuda del comandante Moralino.

—Sí, ya sé. Estoy enterado, aunque nunca me has hablado de esa señora.

—¿Y qué te parece mi proyecto?

—¿Qué me ha de parecer? Un enorme disparate. Ya ves que soy claro. Aguarda, nó te dispares. Tú no conoces á esa mujer. Yo sí.

No personalmente, porque nunca la he visto. Pero conozco á Antonio Muratieda, que sabe la historia de esa viuda mejor que el Padre Mariana sabía la de España. ¡Casarte tú! Eso quisiera ella.

—Ahora mismo voy en busca de Muratieda y si se ha atrevido á calumniar...

—¡Guay de él! Ven acá, chiquillo. Sosiégate. Pero hombre, ¿es posible que estés temblando por tan poca cosa? ¿Acaso la querías? ¿Qué sabes tú lo que es querer? Siéntate, que voy á curarte, voy á propinarte un emético que te hará arrojar toda esa inocente bilis. Has de saber que realmente es viuda y que el Comandante Moralino no es un mito antillano, como yo llegué á sospechar. Era un pobre hombre, más ciego que el divino Homero. Ella la corrió de soltera, la corrió de casada y la corre de vinda.

—Pero ¿quién afirma eso? ¿con qué pruebas?

—Muratieda es un hombre honrado. El me ha dicho, me ha dicho que él mismo... ¿sabes?

—¡Muratieda!

—Y ciego más, ¡infeliz! Y no te digo más,

porque tú mismo, que debes conocerla, estás comprendiendo que tengo razón de sobra y que no sería tu amigo si no te prohibiera, así, como suena, esa locura, esa indignidad. Te advierto que esta noche duermes aquí y que hasta que nos embarquemos para Canaria, tu patrona se llamará Roseta.

Y así fué. Al siguiente día, un mandadero de confianza devolvió á la vinda todos sus regalos, el bastón de mando, el reloj con su leontina, el revólver, la petaca de piel de Rusia. Pérez Porriño visitaba diariamente á sus paisanos de la calle del Cármen, pero solo á Hartleit le revelaba las peripecias de aquella tragi-comedia.

—Hoy ha estado dos veces en casa, vestida de negro, tan guapa, tan interesante la *baldrona*. Parece mentira que... Yo no sirvo para estas cosas. Esta tarde se me puso de rodillas pidiéndome por mi madre que le dijese las señas de Andrés.

¡Pobre Porriño! Diríase que estaba condenado á que el amor le rodease de continuo, tomándole por confidente y nunca por

actor de sus dramas, ni de sus comedias.

Al día siguiente, volvió sobresaltado, pálido de susto.

—Ya lo sabe todo, Hartleit. Sospecho del muy *cuentero* de Almanzor. Venía furiosa. Es una mujer del demonio, ¡caramba! ¡Pues no me dió un sofocón! Dice que Vd. tiene secuestrado á su esposo. ¿Habrás visto? Le llamó á Vd. alemán perverso y no sé que más. Prepárese, Hartleit, pues me temo que no tardará en recalar por aquí.

Y recaló, en efecto. Suerte grande que Andrés no estaba en casa, pues Hartleit le había enviado á la Barceloneta, para que averiguase la fecha de la primera salida de un vapor para Canarias.

Cuando seña Roseta abrió la puerta, se quedó pasmada al ver á aquella señorona tan guapa, más olorosa que un pebete.

—¿El señor de Hartleit?

La entrevista fué larga y tempestuosa. Desde el pasillo, patrona y huéspedes oían el continuo clamoreo de una voz sobreaguda, ceceosa, que ahora amenazaba y después gemía

y tornaba luego á amenazar y rugir.

No se distinguían bien las palabras, pero según afirmó uno de los huéspedes, que tocaba la trompa en el Teatro Lírico, aquella era una escena de celos, clavada. ¡Vaya con el santito de Don Guillermo!

Al fin se abrió la puerta y percibióse claramente la voz femenina que pronunciaba con rabioso acento:

—¡Hipócrita, jesuita, santón bobático!

—Aprenda Vd. á resignarse, señora.

—¡A la porra!!

Y salió majestuosa, erguida, arrastrando la cola como una reina destronada, fustigando con miradas de desprecio á los escuálidos huéspedes que aguardaban su salida en el pasillo. El alemán la acompañó hasta la puerta.

En el umbral volvióse ella lentamente y le asió las manos, con ademán de anhelosa súplica.

—¡Hartleit!

—Dios la ampare, señora.

Cerró la puerta. Después corrió apresuradamente á la sala y desde el balcón entre-

abierto la vió alejarse poco á poco, registrando toda la calle con ojos febriles. Y volvió lentamente á su cuarto, murmurando:

—¡Pobre mujer!





X

ERA llegado el día de la marcha. El sol de Junio quema y deslumbra desde la altura infinita, la luz se precipita como una catarata inmensa, calle abajo, reverberando en la blancura de las casas, trazando en el pavimento la sombra temblorosa de los árboles, la silueta movediza y recortada de los transeuntes.

Por última vez los dos viajeros bajaban la Rambla, rodeados del grupo triste y silencioso de los amigos que se quedaban. Era el definitivo adiós á la gran ciudad, á las casas altísimas cuajadas de letreros, mil veces leídos

en el ir y venir continuo por la via ancha y tumultuosa, á los gritos familiares de los vendedores callejeros, á los pitos de los tranvías, al rodar asordante de los coches, al murmullo confuso del taconeo y de las voces, respiración gigante de la muchedumbre, que estimula por las noches el trabajo solitario del estudiante, como una invitación á la lucha, á la vigilia febril sobre el árido texto de la lección del dia. Atrás quedaban los años de la luminosa juventud, sepultados para siempre en los rincones de la vieja Barcelona, que poco á poco se alejaba, entrando irrevocablemente en la neblina melancólica del pasado.

En el muelle, la comitiva abrazó con efusión á los viajeros. Méndez Rosa y Zapatero se despidieron para siempre. Ambos habían de morir antes de los treinta años. Todos lloraron: Pimentero, el pobre Bartumeu, que hoy tiene nueve chiquillos y es catedrático de latín de un Instituto, Calibán, y sobre todo Pérez Porrño, que quería y quiere á Andrés como á un hermano mayor.

Momentos después, el *Alexandre Birio* se

puso en marcha para no detenerse sino junto á las costas atlánticas, allá abajo, cerca de la playa misteriosa del Sahara.

Nunca olvidará Andrés aquellos cinco días de viaje. Hartleit no le dejaba solo ni un momento y mientras el buque corría, corría sin parar, rayando la superficie azulada y deslumbrante del Mediterráneo y más tarde el cristal verduoso del Atlántico, bajo un cielo adorablemente puro y suave, á la luz cegadora del sol ó al rayo tembloroso y discreto de las estrellas, le hablaba continuamente del porvenir, esforzándose en comunicarle una parte de su experiencia, á cambio de tantos dolores adquirida.

—Primero que nada, tén siempre presente que la felicidad es un fantasma intangible, la broma de que irremisiblemente somos víctimas en este gran baile de máscaras de la vida. No te fies de las caricias y procura estar siempre dispuesto para recibir el latigazo. El contento de sí mismo, la aprobación silenciosa de la conciencia, desempeñan en la vida la misma función que la brújula en este enorme buque,

comprobantes de la línea recta, indicadores infalibles del Norte. El trabajo y el amor son las fuerzas impulsivas del viaje. Dar cima á la tarea diaria, por áspera y antipática que nos parezca, pensar mucho en los demás y poco en sí mismo, tratar al espíritu como á una espada de combate, de modo que siempre esté rígida, fuerte, inflexible y tan limpia que refleje los rayos de la luz...

—Tú eres un privilegiado, muchacho. Rico, inteligente, ingénitamente bueno... Pero eres un impulsivo, y temo los tropezones que infaliblemente has de dar. No olvides que somos súbditos de Nuestra señora, la Naturaleza ciega y brutal. Desconfía del impulso con que ella nos arroja á los piés de la mujer. Procura elegir libre y conscientemente. El alma se esconde, como un animal tímido y fiero, y hay que bajar hasta el fondo para buscarla. A veces se viste de máscara y se asoma á unos ojos bonitos para engañarnos. ¡Cuántos hay que viven en cristiano matrimonio con mujeres que no son las suyas!

Después hablaba de sí mismo. La viuda de

Marbella le había escrito, proponiéndole la regencia de su antigua botica. Era el porvenir asegurado para él y sobre todo para Anita, la niña de su alma, que de este modo estaría en condiciones de elegir marido, evitando la soberanía del primero que se presentare ofreciendo un puchero miserable.

—Cinco años hace que no la veo. ¿Cómo será? ¿Se acordará de mí?

Y sus ojos devoraban la línea del horizonte, como si pretendiesen desgarrar el velo azul que aún encubría el risueño montón de las siete Islas.

Al amanecer del quinto día, una línea temblorosa y azulada empezó á perfilarse allá arriba, en la lividez del cielo crepuscular. Era el Teide, que erguía su enorme cabeza de piedra, tocando en las últimas estrellas, para dar la bienvenida á los canarios que regresaban á la tierra. A las once, Santa Cruz de Tenerife salía lentamente del Atlántico, ligera mancha al principio, que orlabá de blanco el negro basalto de la costa y que subía, subía sin cesar, llenando el contorno de la playa, como si las

casas fuesen seres animados que marchasen acompasada y lentamente, ocupando cada una su lugar.

La *Estrella* iba á salir de un momento á otro para la isla vecina. Transbordándose en el acto, Andrés abrazaría quizás aquella misma tarde á su familia.

Al pié de la escala del transatlántico, se abrazaron los dos amigos. Mientras Andrés sollozaba convulsivamente, Hartleit le decía con voz empañada y ronca:

—Muchacho, no seas bobo. Si estamos tan cerca, á dos pasos... Cinco horas de Mancha... Si algo te pasa, triste ó alegre, avisa.

Y luego le abrazó de nuevo, fuerte, muy fuerte, diciéndole al oído.

—¡Mi hijo querido, adiós!





SEGUNDA PARTE

I

Los Valerones proceden del Norte de la Isla. El padre del Brigadier, don Jacinto María Valerón y Henríquez, nació en la histórica Villa de Gáldar, y en ella y en todo su distrito tuvo hasta su muerte autoridad y dominio tan despóticos é indiscutibles como el que pudieron tener los Guanartemes de antaño. Fué diputado á Cortes el año 20, progresista, galanteador y aficionado á la guitarra hasta el último suspiro, que exhaló á los noventa y tres años de su edad.

Dejando aparte los hijos naturales, que, al

decir de las gentes, formaban legión en los pueblos del Norte, tratemos de los legítimos que eran dos: don Francisco María y don Andrés Valerón y Xuarez. El segundogénito, á quien todo el mundo llamó después el Brigadier, fué un hombre altamente simpático, de esos que á todo el mundo gustan y á quienes todo se les dispensa. Era moreno, barbinegro y acerado como un beduino, de facciones irregulares, austeras y sombríamente enérgicas, verdadero tipo de asceta ó de conquistador. Descollaba por el valor personal y la fuerza física y allá en sus mocedades le dió grandes disgustos al viejo Valerón, con sus fechorías de señorito de pueblo, perpetradas en *últimas* y rumantelas.

Al llegar á la edad viril, perdió la bárbara costumbre de requerir á cada instante el palo y el cuchillo, pero no sus aficiones al mujeriego, las cuales eran tan vehementes que ni aun después de casado con una de las hembras más hermosas de la Isla, se tranquilizó el hombre. Decía la gente que doña Agueda *tuvo mucho que sufrir con él*. Nunca pudo esta

señora transigir con los gustos populacheros de su marido, la devoción insana por las luchas y las peleas de gallos, la pasión inmoderada por las parrandas y serenatas nocturnas, ocasiones nefandas de beber y de visitar á gente heterodoxa.

Si el Brigadier heredó las aficiones galantes, romancescas y musicales de su padre, á don Francisco María le correspondió el legado cívico electoral y patriótico.

Por muchos años figuró este personaje en la política isleña. Fué presidente del Comité progresista, vocal de la Junta revolucionaria del 68, diputado provincial y Alcalde siempre que le dió la gana. No se pueden contar las veces que presidió el Casino, ni tampoco las cruces nacionales y extranjeras que adornaban su pecho en las procesiones de Semana Santa ó en la de San Pedro Mártir. D. Francisco se desvivía por los *intereses materiales del país* y en ninguno de los semanarios y revistas científico-literarias que en Atlántica viven lo que viven las rosas, faltaban sus artículos sobre la elaboración del tabaco, fomento de la

pesca del salado, creación de una escuela de artes y oficios, introducción del *hafchin* ó cochinilla de grasa, con otros interesantísimos trabajos que nadie absolutamente leía. Por encima de todas las instituciones habidas y por haber ponía á las Sociedades Económicas de Amigos del País, y tenía en sitio preferente de su despacho un retrato del borbónico fundador de aquellas decorativas corporaciones, el único de nuestros monarcas que *real y verdaderamente ha fomentado nuestros intereses materiales*.

Cuando hablaba de la Agricultura, la Industria, la Marina, el Comercio, estos nombres apelativos sonaban como nombres propios en boca de don Francisco, y diríase que se trataba de otros tantos hijos que el buen señor había parido y criaba á sus pechos.

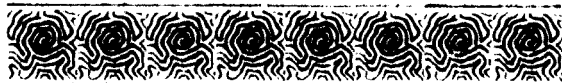
Vivía el buen caballero en el piso bajo de la casa de los Valerones. Era solterón, fanático por los ideales de orden, método é higiene, daba paseos larguísimos y nunca dejaba de tomar un polvo de bicarbonato después de las comidas. En la vida doméstica era tan callado

y prudente que nunca molestó á nadie, ni tuvo jamás el menor choque con su cuñada, y eso que doña Agueda no disfrutaba del mejor de los caracteres posibles. Explícase esto por el sistema que don Francisco María aplicaba á la vida práctica, sistema que él mismo llamaba de las *adaptaciones*. Si en la vida pública supo adaptarse al moderantismo, á la revolución, á la política conservadora y aún se hubiera adaptado al absolutismo, caso de triunfar éste, en lo que atañe á las relaciones domésticas, se había pasado la vida adaptándose á su hermano, á su cuñada, á sus sobrinas, á sus amigos y parientes. Era de estas personas que le dan la razón á todo el mundo, no por doblez ó bajeza de carácter, sino por real y efectivo convencimiento.


En la época de este relato tenía más de sesenta y cinco años y era pequeño, escueto de figura, de fisonomía algo militar con muchas arrugas, bigote y perilla blancos, con ráfagas amarillosas, como si el fuego de los cigarrillos que de continuo fumaba le hubiese tostado los pelos.

Una palabra más y dejaremos tranquilo á don Francisco. Este señor, modelo de ciudadanos, honrado y formal como nadie, tenía un defecto, una debilidad heredada de Valerón el Grande, á saber, una desmedida afición á la bella mitad del género humano, segun él decia en su arcaico lenguaje. Esta inclinación, casi siempre platónica de Panchito María, tenía el privilegio de sacar de quicio á su cuñada. Lo que en otros varones le parecía cosa natural y corriente, autojábbasele crimen odioso en don Francisco, y como éste llegase á mirar con cierta languidez á una criada, no tardaba ni cinco minutos en ponerla en la puerta de la calle. Ultimamente las escogia más feas que riñones y mayores de cincuenta.





II

 A casa en que vivía y aun vive la familia de Valerón es grande, antigua, sólida y tiene fróntis á dos de las calles más decentes del barrio de Vegueta. El patio delantero parece de convento, con sus anchos claustros, limitados por gruesas columnas de cantería que sostienen los corredores del primer piso, tan espaciosos que en ellos se podría celebrar cómodamente un sarao. La escalera de mármol con pasamanos de caoba, es una de las más notables de la población. El patio trasero, empedrado, es vastísimo y en él se hallan una

palma gigantesca: cuya verde cabellera asoma por encima de las tapias, el pilar, la cuadra y la bodega en que la señora de Valerón vende el vino tinto cosechado en su finca del ex-Monte Lentiscal.

A los quince días del regreso de Andrés, don Francisco María creyó llegado el momento de celebrar una conferencia, como él decía, con su sobrino y *plantearle* en ella el problema de su porvenir. ¿Qué piensas hacer, niño? Esta era la pregunta que se estaba cayendo por su peso. Un joven, hijo de semejante padre y nieto de semejante abuelo, no podía, no, permanecer en la inacción, y le era forzoso representar algún papel útil á sí mismo y á la sociedad en general.

El sobrino se manifestó descorazonado, harto de todo y de todos. La carrera de leyes le infundía asco. Parecíale que su vida había durado muchísimos años, considerábase viejo ya, y aspiraba al descanso.

—¿Pero al descanso de qué, señor, de qué trabajos, de qué luchas? ¡Vaya con el niño! Enhorabuena si se tratara de mí, que hace

tantos años vivo consagrado al país, á la defensa de sus intereses materiales. ¿Ves estas canas? Pues me han salido en la lucha sin tregua con la rival histórica, con la absorbente Santa Cruz, en todas las *esferas* del orden político, gubernamental y administrativo. ¿Pero tú, monifato?

... Vamos á ver. Ven aca. ¿Has recibido algún disgustillo de esa bella mitad del género humano, enemiga histórica del hombre? Vamos, aquí, de hombre á hombre, se pueden decir ciertas cosas. ¿Tienes alguna desazoncilla moral ó... física, de esas que no se confiesan á todo el mundo?

Contestó el chico negativamente, pero el curioso viejo le fué sacando, sacando, y poco á poco Andrés, llevado de su inconsciente deseo de hablar de *ella*, le contó, sin omitir detalles, la interesante aventura de doña Gertrudis.

Fué una *conferencia* de más de dos horas. Don Francisco se revolvía en la butaca, desasegado, inquieto, sintiendo un deleite exquisito en revolver el rescoldo, aún caliente, de aquellos amores juveniles.

—¿Ves tú? Lo mismito que yo me figuraba. Si soy perro viejo y olfateo desde lejos la faldamenta... ¿Y cómo era ella? Vistosa, ¿verdad? ¿Buenas carnes? Era cubana... nunca he tenido yo que ver con esa raza. Tu padre sí. ¡Qué casta la de los Valerones! Oye, chiquillo, eso que no lo huela Aguedita. ¿Qué dirían don Jerónimo Gordillo, y el Arcipreste, y la Baja de Gando? ¡Dios nos libre! Para nosotros, para nosotros solitos. *Homo sum* etc. Yo también, si me prometes la reserva, te contaré algo de mi sabrosa experiencia en esas materias. Te leeré los versos que le hice el año 48 á doña Teresa Angu'lo, la hembra más hermosa del distrito del Norte. Entouces se conquistaban las mujeres con la lira. El soneto era entonces lo que hoy el billete de Banco. Pero, por lo pronto hay que ser hombre serio, ¡caramba! hay que adaptarse á las exigencias sociales. Si quieres, mañana mismito te presento en la Económica, le hablaré á Marcelino para que te nombre, digo, para que los pueblos te elijan Diputado provincial. Llévate, si quieres, algunos tratados de Agricultura...

Pero Andresito no se sentía con fuerzas para ninguna clase de trabajo. Había vuelto al régimen inepto, descolorido é imbécil de la vida de pueblo, que consiste en levantarse tarde, leer periódicos, jugar al billar, y glosar en el casino ó en la botica los chismes políticos ó privados del día, los microscópicos acontecimientos de aquella historia insulsa y monótona, entradas de vapores, precios de nuestros frutos, fechorías de caciques, misterios del Puerto Franco... Abollábase en él poco á poco la vida del espíritu y la huella luminosa de Hartleit desvanecía lentamente, como en el cielo la mancha de la luz crepuscular. Las cartas del alemán parecíanle largas y pesadas, sus consejos fastidiosos, su estilo tocado de cierto pedantismo. Vivía conforme al medio, como si se le hubiera pegado la manía adaptatoria del buen don Francisco María.

Y no es que dejara de reaccionar contra el marasmo, de sacar la cabeza fuera del pantano, en busca del aire y de la vida. ¡Lastima grande que él no supiera nada de música, ni siquiera teclear malamente el piano!

Y como Mariquita del Carmen, la hermana menor, tenía maestro de música y se hallaba algo adelantada en el manejo de aquel instrumento casero, púsola en el compromiso de interpretar alguna de las sonatas de Beethoven. Todo fué inútil, porque la niña declaró que ella no *podía* con aquella música tan rara que le descoyuntaba los dedos, sin deleite ninguno para sus oídos. Por no tener, ni siquiera tenían título aquellos anodinos engendros. Sonata número tantos, como si se tratara de las casas de un barrio ó de las páginas de un registro. ¡Qué diferencia con la Oración de una Virgen, las Campanas del Monasterio, el Carnaval de Venecia y los nocturnos y fantasías de su repertorio! Aquella sí que era música vivita, llena de períodos redondos, engarzados armónicamente el uno con el otro y rematados por un par de acordes, que terminaban el sentido, como el punto final de un párrafo, dejándole á una satisfecha.

A pesar de su heterodoxia musical, María era la favorita de Andrés y también la del tío Pancho. Era pequeña, gordita, morena y riza-

da como un cordero negro. Adelaida, la primogénita, era más fría, monumental como su madre y hermosa como ésta lo fué en la misma época que doña Teresa Angulo, soberbio ejemplar de la femenina casta, alta y morena, con dos trenzas como cabos de jarcia y una faz interesantísima y arrogante, un poco desfigurada por el tamaño excesivo de la nariz, que también heredó de doña Agueda.

La niña mayor tenía relaciones que databan ya de cinco años con un noble palmero, llamado Tomasito de la Breña, más arruinado que la famosa Itálica, inmejorable sujeto, esclavo de la buena educación y de las formas sociales. Se pasaba la vida cumpliendo con la sociedad, haciendo visitas y repartiendo tarjetas con escudo. La penosa obligación de asistir á los entierros, era para él tarea amena y agradable, no por ruindad de corazón, sino por el inocentísimo placer de ponerse el sombrero de copa, figurar en la cabecera ó llevar una de las cintas del féretro. Nadie como él desempeñaba las múltiples diligencias que la defunción exige, el parte al Registro Civil, formar la lista para

las invitaciones, contratar los faroles, encar-
gar la caja, redactar las dedicatorias de las
coronas. Era de los que se meten por el centro
de la calle, en pleno *pedregullo*, para dejar la
acera à las señoras y de los que se quitan el
sombrero à telescópica distancia, varón afabi-
lísimo y sin hiel, del que solía decirse que
había venido al mundo dando la mano à la
partera y preguntándole por la salud de la
familia.





III

A los pocos meses de esta vida vegetativa é incolora, como la Brigadiera y el tío Pancho le sermoneasen de continuo, encariéndole la necesidad de ocuparse en alguna tarea seria y útil, Andrés, después de mucho buscar, resolvió **emprender** una biografía de su padre, que habría de leerse en sesión solemne de la Sociedad Económica y de imprimirse más tarde en forma de folleto.

Con la febril actividad que emplear solía en las empresas nuevas, puso el mancebo manos á la obra. Según decía don Francisco, lo pri-

mero era acopiar y reunir los antecedentes. La tradición oral, una de las principales fuentes de la historia, estaba allí, al alcance de sus oídos, representada por el texto vivo del propio don Pancho María, de su cuñada doña Águeda, del arcipreste don Domingo y demás personas que habían conocido y tratado al héroe. Ni siquiera faltaba la leyenda, representada por el viejo compañero de armas, el asistente Matías Vázquez, un andaluz más embustero que los espejismos del desierto, que actualmente despachaba en el patio trasero el vino del ex-Monte Lentiscal con las propias manos con que mandara á la eternidad tantísima gente de color.

Pero Andresito daba más importancia á la fuente documental, en la que figuraban las cartas que el Brigadier había escrito durante sus campañas, á su padre, primero, y luego á su esposa y hermano; un confuso montón de papeles doblados y amarillosos, pedazos incoherentes de la vida aventurera del soldado, impresiones vertidas á la carrera, en estilo tosco y desordenado, con ligerísimas indica-

ciones acerca de las acciones de guerra y mucho detalle de hambres, privaciones y miserias. Apenas había carta en que no se leyera aquello de «Recibí los doscientos pesos. Mándenme doscientos más.»

Agotada la correspondencia familiar, el biógrafo revolvió de arriba abajo el ropero que en el despacho paternal había, atestado aún con la ropa del Brigadier, uniformes de paño y de rayadillo, espadas de combate, espadines de gala, sombreros apuntados, gorras de cuartel, con los galones marchitos y mohosos. Visitó luego el mundo y la maleta del viajero, arrimados hacia más de quince años en un rincón del sobradillo, y busca buscando dió con un falso que en el fondo del baúl se hallaba, repleto de cartas femeninas, de retratos, de cintajos, de flores casi reducidas á polvo. Extrajo una á una todas las cartas, con el propósito de arrojarlas al fuego, sin leerlas. Tan solo las firmas le saltaban á la vista, sin poderlo remediar. ¡Cuánta Lola, cuánta Pepa, cuánta Paquita! Con las fotografías hizo lo mismo, amontonándolas en el hueco de la ven-

tana, como cartas de baraja. Y de pronto se quedó yerto. ¿Quién era aquella muchacha blanca y gruesa, con redecilla y miriñaque que le miraba sonriente, destacándose sobre un fondo de jardín romántico y amanerado? ¡Pronto, el dorso! «Fotografía artística de J. M. Patiño. Cienfuegos». Así decían las letras impresas y más abajo, en letras manuscritas, picudas, irregulares, la frase conocida, lánguida, melosa, que pareció vibrar de nuevo en los oídos de Andrés, en el silencio de la buhardilla: «A mi chinito precioso y adorado.»

¿Cómo no llegó á sospecharlo jamás? ¡El Brigadier, insaciable macho que no perdonaba á nadie... el marido más ciego que el divino Homero... la mujer aquella, que la había corrido de soltera, de casada y de viuda...! Rompió febrilmente el retrato y pisoteó con rabia los pedazos. ¡Baladrona, liesto, sinvergüenza! De estar allí la diabólica cubana, le hubiera dado de bofetadas, él que miraba como una feroz canallada el poner manos en una mujer.

Desde aquel momento, consideróse curado para siempre de la pasión ignominiosa que

aun llameaba en el obscuro fondo de su sér, huella persistente que deja en el corazón juvenil la primera mujer alcanzada y poseída por la sola virtud del valimiento personal. Y sin embargo, á pesar suyo, su indignación sincera y candorosa se mezclaba con un sentimiento de admiración á la cortesana, á la hembra infernal que había imaginado y obtenido aquel refinamiento monstruoso, sentir sobre su pecho el golpazo de los dos corazones, el del padre y el del hijo, besar la boca del uno, evocando los labios del otro, comparar actitudes, gestos y palabras, revivir con el niño las horas de pasión pasadas en brazos del hombre.

Quedó interrumpida, y para siempre, la biografía paterna, y un nuevo proyecto se apoderó de su mente, subyugando su espíritu con todo el atractivo y la fuerza de la novedad. Él no podía continuar aquella vida monótona é imbécil; se ahogaba, se moría. Sintióse de pronto una devoción extraordinaria por la carrera de Arquitectura. No cabía duda. Hasta la fecha había errado la vocación. Él no había nacido

ni para médico, ni para militar, ni para abogado. Trazar planos, muchos planos de palacios, de catedrales, de coliseos. Revelar á las atónitas generaciones el secreto del arte contemporáneo, crear la Arquitectura del siglo XIX, producir con estilo propio, original, inédito, sin reminiscencias griegas, árabes ni góticas!

La mamá oyó todo esto con mucha tranquilidad y contestó con un nó tan grande como uno de los templos que proyectaba su niño. Él sería arquitecto, sí, pero no de catedrales, sino de chiquillos. Y hasta se tenía buscada la co-autora del futuro edificio, que era la niña de Mejías, hija única del gran abogado atlántico y de una señora de la aristocracia, hermana esta última de don Paulino el Mayorazgo y cuñada del Marqués de la Laja. La tal niña era un partido descomunal, envidiado y perseguido por todos los ojeadores de dotes de la sociedad atlántica. Una vez casado con ella, Andresito no tendría que ocuparse en nada, como no fuera en dejarse querer por todos los suyos, engendrar chiquillos y cobrar sus rentas.

—No me vuelvas á hablar de disparates,—
agregó doña Águeda.—Estoy de *cambiatinas*
hasta aquí. Te doy lo que te conviene. Y ¡ay
de tí si llegas á hacerle alguna *perrería* á la
que será tu mujer! No me resuelles. Tú te
figuras que yo soy boba y que no sé muchas
cosas que tú crees tener muy *tapaditas*. ¡Vaya
con el monifato!


Y añadió para sus adentros:

—¡Maldita casta! Toditos son iguales, el
abuelo, el padre, Dios lo tenga en buen des-
canso, y hasta el hipocritón del titi!





IV

 **ERA** llegado el verano de 189... y con él Pérez Porriño y Santiago Pimentero, adornados con sus respectivos títulos de Licenciados en Derecho y Medicina. Manolo Ruiz vino también con ellos, en uso de vacaciones, pues aun le faltaban algunas asignaturas para que el Estado le otorgase la facultad de engañar á la pobre humanidad doliente.

Era cosa convenida desde los felices tiempos estudiantiles el solemnizar con una expedición al campo el regreso de los nuevos Licenciados, y para ello eligióse por unanimidad la precio-

sa finca, titulada Nuestra Señora, que doña Águeda posee en la jurisdicción de Santa Brígida.

El barranco de Nuestra Señora es famoso en toda la Isla, por su belleza, primero, y además por la costumbre inmemorial de celebrar en él meriendas y francachelas. Por el centro del cauce discurre el agua, arroyo transparente y escueto en el verano, torrente amarilloso y rápido en la estación lluviosa. A uno y otro lado, en la vertiente de las colinas abruptas y rojizas, derraman los laureles olorosa y fresca sombra. Es un rincón sombrío y deleitoso, cámara propicia al amor ó á la tristeza, con suavísima alfombra de mantillo y hojas secas, y toldo de verdura rumoroso é inquieto, más allá del cual se divisan los pedazos de la techumbre azul, infinita.

Cerca de la orilla, á la sombra de un laurel añoso, decano de la vegetal asamblea, almorzaron los expedicionarios. Eran éstos cinco, los cuatro compañeros de Barcelona y otro amigo que nunca había salido de la Isla, Pepito Socorro, el hijo de seña Pinito *la de los*

biscochos. Era bachiller á secas, chico de mérito, el muchacho de talento que en toda época ha existido en Atlántica y del que suele decirse:

—¡Qué lástima que Fulano no haya salido fuera de aquí!

Pepe Socorro había hecho sus estudios en el Seminario Conciliar y en el Colegio de San Isidoro, obteniendo en todas las asignaturas nota de sobresaliente. No pudo seguir carrera por falta de recursos y disfrutaba de un desti- nillo en Obras públicas y de la dirección de *La Voz del Nublo*, periódico político, con golpes de pasamanería literaria.

Según él afirmaba, procedía como tantos otros literatos de su tiempo, de la romántica escuela y había escrito, en lo que pudléramos llamar su primera época ó dentición literaria, versos y prosa de victorhuguesco sabor; pero la lectura de algunos libros de *Zola* traducidos le habían trastornado el seso hasta el extremo de pasarse la vida aplicando el sistema de ob- servación y recogiendo documentos humanos. Su cabeza, grande y sonora como la bóveda

de un templo, era un observatorio, tanto como puede serlo el de San Fernando ó el de Greenwich. El mundo se le antojaba una inmensa clínica, atestada de *casos* ridículos ó vergonzosos, que él se proponía analizar y definir sin escrúpulos ni contemplaciones.

Entre tanto, corría monótono y charlatán el arroyo y corría también el vino de las mejores bodegas atlánticas. La conversación barajaba sin cesar los sabrosos temas de la vida estudiantil, aventuras vulgares y descoloridas, poetizadas por la distancia y la magia del tiempo pasado. Tratóse discretamente de la viuda, de aquella famosa doña Gertrudis que ahora vivía maritalmente con un empleado de Aduanas. Hablóse también de otras hembras, señoras, modistas, criadas, solteras, casadas y viudas. Y declaróse que todas eran iguales, supuesto que no hay ninguna que resista á los instintos de la *bestia* y á los estímulos del temperamento. Quien hubiera asistido á la plática de aquellos chiquillos, hubiese creído que el mundo era un inmenso lupanar, una casa de citas aplastada por los polos.

Al finalizar el almuerzo, todos estaban encarnados, torpes de lengua y beatos de espíritu. Para ellos no había dificultades ni tropiezos en la vida que comenzaba. Pérez Porriño tendría muchos pleitos y haría llorar á los jurados, escamoteándoles la absolución como se escamotea un naípe. Pimentero y Manolo Ruiz curarían á los tuberculosos y pondrían palas y punteras á las vísceras averiadas. Pepe Socorro sería novelista regional, un Pereda del rincón atlántico, y el brigadier un gran propietario, una potencia electoral, un cacique ilustrado.

La alegría fisiológica, el amor á la vida, la salud y el entusiasmo de los años juveniles les rebosaban por todos los poros. Retozaban como potros, reían como dementes, rompían botellas, escalaban árboles.

De pronto, arriba, en lo alto de la loma, apareció una muchacha y luego otra y después otra.

—Adiós, se nos agüó la fiesta,—exclamó malhumorado Andrés.—No sé cómo mamá consiente la entrada en la finca á todo el mundo.

—¿Quiénes son?

—No distingo, pero no parecen malas.

Las muchachas no habían visto á los expedicionarios. Venían corriendo, saltando, agitando las sombrillas abiertas, y sus risas y sus exclamaciones llegaban con sonoridades de cristal hasta el fondo del barranco. Bajaban con loca rapidez, y las piedras corrían por la pendiente abajo. Ni dos minutos tardaron en llegar al cauce. Eran tres jovenzuelas que se pararon de golpe al divisar á los pollos, lanzando una ligera exclamación, á la que pareció contestar, detrás de ellas, un grito agudísimo de mujer.

—¡Ay Jesús! Ya María se mató,—exclamó una y las tres volvieron las espaldas, subiendo de nuevo la empinada ladera.

Pero Andrés corrió más que ellas, y al llegar á la mitad de la pendiente, vió, en un momento brevísimo, una mujer tendida de espaldas en la alfombra de hojas secas. La falda recogida mostraba la nieve de las enaguas, la negrura intensa de las medias y las botas de cuero amarillo, pequeñas, estrechas, cubiertas de

lodo. La visión duró el espacio de un segundo, pues al llegar Andrés, de un salto, al sitio de la catástrofe, ya la muchacha estaba en pié, dando fuertes palmadas á sus faldas llenas de polvo y de hojas secas. Alzó luego la cabeza y los dos se miraron intensamente.

La muchacha deslumbraba, se imponía como reina y soberana de los ojos y del espíritu. Su rostro moreno resplandecía, iluminado por la roja llamarada de la sangre. Brillaban los dientes en la boca entreabierta y anhelosa, y el jadear rítmico de su pecho alto y redondo era como el oleaje del lago profundo de la vida que venía á romper allí, tentando el labio del viajero sediento.

—¿Se ha hecho Vd. daño?

Ella, cada vez más azorada, repetía:

—No señor, nadita, el susto nada más.

Llegaban en esto las otras chicas gritando:

—Niña, ¿qué ha sido eso?

—Un salto.

—¿Ves tú? Por correr.

—Ya me extrañaba á mí que no se hubiera caído antes.

—Ésta siempre se cae.

Andrés trajo la sombrilla que estaba posada como un enorme pájaro azul sobre unos he-
lechos.

Pimentero daba la mano á las niñas.

—¡Conchita, Pino, María! ¡Pero, hombre, yo que no las había conocido! ¿Dónde anda tu mamá?

—Ahí viene. Nosotras nos echamos á correr.

Oyóse, en efecto, una voz aflautada que decía:

—Niñas, niñas, ¿para qué se adelantan de ese modo?

Y á la vuelta del sendero apareció la mamá, seguida del papá, de las dos tías y del primo, el último de los cuales traía la cesta con la merienda.

Pimentero era algo pariente del jefe de aquella tribu, el procurador Pardilla, personaje largo, estrecho y fúnebre como un ataúd, que usaba en todas las estaciones un sombrero aludo de paja negra. La señora se llamaba Pepita, las dos tías Antoñita y Remedios, y el primo de la cesta, Miguelito, era un hombrón antipático con unos bigotes negros y pesados

que le salían desde las ventanas de la nariz.

En el fondo del barranco fundiéronse los dos grupos y como en Atlántica todo el mundo se conoce, la fiesta continuó, esforzándose los muchachos por mostrarse finos y bien educados.

Caía la tarde y sobre el barranco de Nuestra Señora descendía poco á poco la suave melancolía del crepúsculo. La brisa llegaba murmurando, acariciaba familiarmente las ramas de los árboles y se perdía á lo lejos, en la vaga lejanía del horizonte. La voz del arroyo sonaba cada vez más alta, dibujando en el silencio creciente una frase continua, monótona, suerte de oración indistinta y grave, que poco á poco dominaba los demás rumores del crepúsculo para desvanecerse á la mañana, en el bullicioso despertar de la aurora nueva.

Los muchachos habían organizado, á lo largo del sendero, un paseo á estilo de los de la Ciudad. Pérez Porriño y Miguelito actúan de banda municipal, Pimentero y Manolo Ruiz daban conversación á las tres pollitas y

Andrés venía detrás, junto á María. Sus gestos y palabras eran los de un demente.

—Lo juro por lo más santo. ¿No me quiere Vd. creer?

—Yo no.

—Pero, señor, ¿de qué manera he de decirlo?

—Esas cosas que entran tan de repente...

—Pues así es como entra el verdadero amor.

—Figuraciones suyas.

—Que no. Si yo le dijera á Vd. que he visto su alma, el alma gemela de la mía, desde el primer momento, ¿sabe? Allí, cuando nos vimos por primera vez...

—¡Qué cosas! El alma no se ve.

—¡Ya lo creo que se ve! En los ojos, por donde ella se asoma cuando quiere llamar á otra.

—¡Qué gracioso!

—¡María, por Dios santo, yo le pido, yo le exijo una contestación!

—Otro día.

—No, ahora mismo.

—Mire que van á fijarse.

—No me importa.

—¡Ya lo creo! Pues á mí sí. ¡Bonito pleito me voy á llevar esta noche!

—¿Quiere Vd. que ahora mismo le hable á su papá?

—¡Dios le libre! Ni por nada.

—Pues dígame que sí.

—Mañana será otro día.

—Y yo no podré dormir en toda la noche, con esta duda, con esta incertidumbre...

—¡Qué exagerado!

—¿Cómo exagerado? Si Vd. pudiera abrirme el pecho y leer aquí...

—No grite tanto, por Dios... Ya nos vamos.

En efecto, doña Josefa se había levantado y llamaba á las niñas.

—Niñas, niñas, que se hace tarde. Váyanse habilitando.

—Ya sabe que me lo ha prometido. Mañana...

—Bueno, mañana.

—A las oraciones me tiene Vd. en la calle. Por Dios, no me engañe...

Estaban de pie, el uno frente al otro y él

la contemplaba vorazmente, de arriba abajo, besando con la mirada los párpados caídos, la roja pulpa de los labios, las mejillas morenas, redondas y firmes, las maravillas del busto, el relieve tentador de las caderas. Era la hembra sensual, eterna soberana del hombre, la diosa omnipotente que desde el principio del mundo preside con ademán gallardo la fiesta universal de la carne.





V



El noviazgo de Andresito Valerón y de María Pardilla se desarrolló con arreglo al canon uniforme é insulso de nuestros tiempos prosáicos y burgueses. Diálogos por el balcón, desde las oraciones hasta las diez de la noche, comunicación epistolar y telegráfica, cambio de retratos, exornados con exaltadas dedicatorias.

Al principio, la Brigadiera fingía tomar la cosa en broma y en la mesa solía deslizar ciertas especies encaminadas á manifestar su compasión á las pobres muchachas que confian

en las falaces promesas de los hombres. Pero, á medida que llegaban á su noticia ciertos significativos detalles, verbi gratia, que la niña ya no bailaba con nadie y que el novio comía todos los domingos en la casa, doña Águeda se fué poniendo seria y declaraba que era una mala acción, un crimen, el hacer perder el tiempo á una muchacha, alejando otras proposiciones que pudieran presentársele. Ayudábale en esta tarea la olímpica Adelaida, que la daba de mujer razonable y juiciosa. No así Carmita, que compartía con Pérez Porriño el papel de confidente de aquellas cuitas amorosas. Siempre estaban los dos hermanos de cuchicheo en los rincones, con grandísimo descontento de la mamá y de la hermana mayor, que acusaban á la pequeña de dar alas y de *embullar* al destartalado mancebo.

Don Francisco María, á quien su larga experiencia hacía presentir la proximidad del nublado, trataba de guarecerse con tiempo bajo el paraguas de su sistema adaptatorio. Hablando con su cuñada, le daba la razón en todo.



V



El noviazgo de Andresito Valerón y de María Pardilla se desarrolló con arreglo al canon uniforme é insulso de nuestros tiempos prosáicos y burgueses. Diálogos por el balcón, desde las oraciones hasta las diez de la noche, comunicación epistolar y telegráfica, cambio de retratos, exornados con exaltadas dedicatorias.

Al principio, la Brigadiera fingía tomar la cosa en broma y en la mesa solía deslizar ciertas especies encaminadas á manifestar su compasión á las pobres muchachas que confían

en las falaces promesas de los hombres. Pero, á medida que llegaban á su noticia ciertos significativos detalles, verbi gratia, que la niña ya no bailaba con nadie y que el novio comía todos los domingos en la casa, doña Águeda se fué poniendo seria y declaraba que era una mala acción, un crimen, el hacer perder el tiempo á una muchacha, alejando otras proposiciones que pudieran presentársele. Ayudábale en esta tarea la olímpica Adelaida, que la daba de mujer razonable y juiciosa. No así Carmita, que compartía con Pérez Porriño el papel de confidente de aquellas cuitas amorosas. Siempre estaban los dos hermanos de cuchicheo en los rincones, con grandísimo descontento de la mamá y de la hermana mayor, que acusaban á la pequeña de dar alas y de *embullar* al destartelado mancebo.

Don Francisco María, á quien su larga experiencia hacía presentir la proximidad del nublado, trataba de guarecerse con tiempo bajo el paraguas de su sistema adaptatorio. Hablando con su cuñada, le daba la razón en todo.

—Sí, Aguedita, haces muy bien. ¡Pues no faltaba más! ¡Fuerte locura la de ese niño!

Y hablando con Andrés, sucedía lo mismo.

—Lo que yo digo, muchacho; si te sale de dentro... La muchacha es una joya. ¡Dichoso el mortal que alcance!...

Al decir de las gentes, si don Francisco hubiera nacido mujer, aquel sistema suyo de no negar nada á nadie, de uso tan frecuente en la política, le hubiera llevado derechamente á concluir sus días en lugares cuyo nombre no debe escribirse.

Solo faltaba, pues, el paso decisivo de la entrada en la casa, y éste lo dió Andresito de su cuenta y riesgo, sin contar con nadie. Entonces fué cuando dona Águeda se molestó de veras y después de una tormentosa *conferencia* con su hijo, en que los dos caracteres, igualmente obstinados y soberbios, cruzaron los aceros sin retroceder ni un paso, no volvió á dirigirle la palabra.

Al día siguiente, Andrés escribió á Hartleit una carta larguísima y exaltada, verdadera crónica de su pasión, desde el prólogo en el

barranco de Nuestra Señora hasta la última y cruel escena con su madre. Terminaba suplicándole el inmediato viaje á Atlántica, recordándole su promesa de asistirle en los trances dolorosos de la vida.

«Te pido un enorme sacrificio; pero ¿de quién sino de tí pudiera pretenderlo?»

La respuesta de Hartleit le dejó frío. El alemán dudaba de que la Perla negra (así llamaban á Mariquita) fuese la mujer legítima de Andrés.

«Todo, todo me hace creer que se trata de un engaño, de una sorpresa de tus sentidos. No es un alma la que te llama, es un cuerpo admirable, rico en voluptuosas ofertas, la eterna engañifa del sexo que nos pone la venda y nos hace dar funestos tropezones. Veo esto con extraordinaria claridad. Has tomado la vibración de tus nervios por un acorde del laúd divino, que para muchos no suena ni una vez siquiera en toda la vida... Comprendo la inutilidad de mis consejos y, porque te conozco, sé que te casarás á despecho de tu madre y de todo el mundo... No te enfa-

des, pues, si te niego mi intervención en este asunto. Sería para mí un remordimiento eterno...»

¡Vaya una carta! ¡Vaya un amigo! ¿Qué pretendía Hartleit? Que él, Andresito, viviese en ridículo celibato, esperando la llegada de un sér fantasmagórico que le hiciese desde lejos una seña, como en los bailes de máscaras, diciéndole: ¿Me conoces? Hartleit vivía en el quinto piso del palacio de las quimeras, confinando con el Limbo. Y él quería vivir en la tierra, alzar la copa en la gran orgía de la naturaleza, beber hasta el último trago el licor rudo y sano de la vida animal.

Entonces fué cuando se dirigió á Pérez Porriño, el más querido de sus amigos de la infancia. Parecía indicada en este caso la intervención de una persona que no solo tuviera aquel carácter, sino también el de Licenciado en Derecho, para tratar aquella delicada cuestión *bajo* el doble punto de vista confidencial y jurídico (consejo paterno, partición de los bienes del Brigadier, etc.)

Grande fué la consternación del Licenciado

Porriño al enterarse de la pretensión de su amigo.

—¿Hablarle yo á doña Agueda? Tú estás soñando. Yo no sirvo para eso.

—Pero hombre, hazte la cuenta de que te encarga este asunto otra persona, un extraño, un cliente. Cada profesión tiene sus espinas. Todo no ha de ser flores.

—Déjate de flores y de espinas. A la primera palabra, la Brigadiera me pone en la puerta de la calle.

—Hombre, no exageres. Mi madre no es capaz...

—Andrés, aparta de mí ese cáliz.

—Pues no lo aparto, tendrás que ser mi Redentor, aunque te fastidies. Por Dios, no seas tan *ñanga*, tén un poco de carácter.

Y luego, cambiando el tono imperativo por el suplicante, añadió, abrazándole cariñosamente:

—Porriñito, vé. Mira que se trata de la felicidad, del porvenir de tu amigo...

Pérez Porriño pasó la noche en vela. El pobre muchacho era de tan apocada condición,

que le ponían miedo, no solo la señora doña Águeda, sino todas las señoras en general. El hacer una visita era para él trance tan cruento y doloroso como el de sacarse una muela. En casos tales le latía violentamente el corazón debajo del paño de la levita y al dar en el patio las palmadas de ritual, rogaba al Altísimo con toda su alma que la persona á quien iba á visitar no estuviese en casa.

Los momentos que el pobre chico pasó en el gabinete (entrando por la sala, á mano izquierda) mientras esperaba la llegada de la brigadiera, fueron de los más amargos de su vida. Sentado en el borde de una silla, con la chistera sobre los muslos, recogía tímidamente las piernas, como si el melencólico león dibujado en la roja alfombra le amenazara con morderle las botas de charol. De vez en cuando levantaba los ojos y dirigía una mirada rápida y suplicante al retrato de don Jacinto María Valerón, colocado en el testero frontero, vestido de capitán de la Milicia nacional. Valerón I parecía decirle con sus ojos grises, con sus cejas peludas y fruncidas, con su bi-

gotillo blanco y recortado y hasta con los botones de la casaca:

—¿Qué buscas aquí, pedazo de bobo?

De pronto, una mano amarillosa y delgada apartó con lentitud majestuosa una cortina, y entró la señora, muy alta, muy gruesa, monumental, vestida de hábito del Carmen, con una venda en la frente, señal infalible de jaqueca.

Levantóse rápidamente Porriñito y la chistera rodó por la alfombra. Al bajarse para recogerla, se le cayó también el bastón.

Hubo un rato, un año, un siglo de pavoroso silencio. Al cabo, la brigadiera, que se había sentado en el sofá con actitud pontificia, dijo lentamente:

—Repóngase Vd. señor Pérez.

El muchacho hizo esfuerzos sobrehumanos para romper á hablar, pero no pudo desprender la lengua de la bóveda amarguísima del paladar.

—Comprendo su azoramiento, señor Pérez. El delito acobarda siempre. Se ha encargado Vd. de una misión que no ha debido aceptar. Por nada. Después de todo, no le culpo. Ya sé

que mi hijo hace de Vd. lo que quiere. Pero ya que Vd. ha tenido la osadía de venir aquí y de levantarme de la cama en que me prostaba mi aflicción de madre y el Levante que reina desde ayer, sepa, señor Pérez, que no por él, ni menos por su mediación de Vd., sino por consejos muy altos, por consejos de mi confesor, doy mi consentimiento á esa locura, á ese disparate que mi hijo quiere cometer. Allá se le haya. Hoy día la autoridad de los padres no supone nada para Vds. la gente nueva. Ya, ya tendrá su castigo .. Veo que Vd. no dice nada y esto me prueba que se halla arrepentido del triste papel que desempeña.

Otra inmensidad de silencio. Porriño sentía el frío polar de sus manos á través de la tela de los pantalones, mientras sus dos orejas flameaban como dos hogueras á uno y otro lado de su cara lívida.

—Puede Vd. retirarse, señor Pérez. (Aquella señora parecía un catedrático). Ya veo que Andrés puede contar con su elocuencia.

Aquel fué el último golpe. Levantóse Po-

rrriño tambaleándose, tocó con el témpano de hielo que colgaba de su muñeca la mano desdenosa de doña Águeda, y al hacer en la puerta de la sala la cortesía de ritual, con la cara vuelta al sofá, tropezó con un porta-música y echó por tierra un par de óperas. Quiso recogerlas y se le cayó nuevamente la chistera. Para colmo de infortunios, Marqués, el perrito faldero de las niñas, le persiguió hasta el patio, ladrando furiosamente.

Ya en la calle, Pérez Porriño sintió el repentino estallido de una cólera de pájaro é biriendo fuertemente el piso con el bastón, exclamó.

—¡Vaya una señora esa! ¡Qué bobo estuve! Yo debiera haberle dicho—¡Señora! ¡Oh! ¡Señora! ¿Qué se ha figurado Vd.?





V



L toque de oraciones empezaron á llegar los invitados. Por aquel tiempo empezaba á generalizarse en Atlántica la costumbre de celebrar la ceremonia de la boda en la casa de la novia.

El que no conociera aquella casa se llevaba, desde los primeros pasos en ella, un susto muy regular. Era que don Victoriano Pardilla, el curial largo, estrecho y fúnebre como un ataúd, tenía pasión por los animales disecados, y al llegar á la meseta de la escalera, encaraba

el visitante con un tigre de Bengala, que parecía agacharse para dar el salto, mostrando entre la piel de ambas patas la formidable dentadura. En el corredor, la presencia de un par de cocodrilos nos trasladaba á las márgenes del sagrado Nilo, y más allá, en un rincón, había un esqueleto humano, encerrado en su caja de madera, con tapa de cristal, frente al cual solía detenerse, meditabundo, el Procurador Pardilla, en actitud de Hamlet. Los pájaros eran tantos que no cabrían en una selva virgen y las paredes ostentaban en lugar de cromos, una siniestra colección de marciélagos.

Acompañaban al novio sus dos hermanas y su tío, don Francisco María.

Aun no se había disipado del rostro pálido de Andrés la horrible impresión que le causara la escena con su madre, aquella despedida en que él quiso humillarse, abrazarla, pedirle un beso de perdón. Eternamente sonarían en su alma aquellas palabras implacables:

—Ya no te conozco. Tú por tu lado y yo por el mío. Lo que es ahora no me pidas la bendición, porque no podría dártela.

Y el llanto desesperado de las niñas, y la voz conciliadora de don Pancho:

—Vamos, Aguedita, vamos. Lo que ya no tiene remedio... ¡Señor! ¿cuándo aprenderá la humanidad á adaptarse, á adaptarse?...

...Iban llegando otras personas, Pérez Porriño, Manolo Ruiz, Santiago Pimentero, el antipático sobrino Miguelito, con sus bigotes negros y pesados que le colgaban de las ventanas de la nariz. Poca gente: la familia y los amigos íntimos, nada más. Señoras gordas, que llenaban los asientos con su obesidad eclesiástica, niñas descoloridas y linfáticas y chiquillos, un enjambre de chiquillos mal criados que subían y bajaban las escaleras y recorrían los corredores metiendo un ruido infernal.

Al cabo abrióse con lentitud majestuosa la puerta de la alcoba y apareció la novia, guapísima, arrogante, vestida de blanco, con un par de varas de cola. Detrás de ella la mamá, sofocada, sudorosa, con su trajecillo de merino negro, parecía una confidente de ópera, una de esas *partiquinas* que asisten á la primera tiple en las arias de mucho empeño. Miguelito

y otros pollos, empleados en el comercio, saludaron la entrada de la novia con la Marcha real.

Había llegado el párroco y solo se aguardaba por Tomasito de la Breña, que era uno de los padrinos del novio, para empezar la ceremonia. Hubo que sustituirle con Santiago Pimentero y la boda se celebró con arreglo al ritual eclesiástico y burgués, sin que faltara la epístola de San Pablo y el medio histérico de la mamá.

En el comedor, estrecho y caluroso, sin otro respiradero que la puerta, había dulces, bebidas y ramos de flores. Miguelito, que gozaba fama de ser una piedra de sal, imitaba con grandes palmadas el estallido de los tapones del Champagne. Las señoras gordas y las niñas flacas se llevaban *en bruma* los dulces, y en medio del barullo formado por la molesta invasión del elemento infantil y la aguda charla femenina, se oía la voz de González Alameda, el sempiterno poeta de la localidad, más viejo que el pendón de la Conquista, gritando con acento planidero y nasal:

— ¡Epitalamio! ¡Epitalamio!

Al fin, soltó el poemita, parándose á ratos, con la mirada fija en la copa, para que el público creyese en la improvisación del engendro, que le había costado dos días de trabajo.

La llegada de Pepito Socorro trajo la explicación de la ausencia lamentable de Tomasito de la Breña. Llamó aparte al novio y en voz baja, le contó que al salir el excelente palmero de su casa, de frac, chistera y corbata blanca, resplandeciente y oloroso, una mujer que venía muy de prisa en sentido contrario, había chocado con él violentamente, inundándole de piés á cabeza con el contenido del *cacharro del cochino* que llevaba á la cabeza. Acababa de darse un baño y se había metido entre sábanas, silencioso y desesperado.

El barullo y la confusión aumentaban de minuto en minuto. Los pollos iban poniéndose majaderos y hasta el mismo Pérez Porriño empezaba á mostrar cierta desenvoltura de origen alcohólico. Las niñas celebraban con agudas risas las ocurrencias de don Francisco María, todas ellas anteriores al año del cólera.

González Alameda buscaba en vano público para unas octavas reales. Los dulces desaparecían de la mesa, con tanta rapidez como si tuvieran alas. Dos ó tres copas se rompieron.

En la sala, adonde pasaron los invitados algo más tarde, armóse un estrépito feroz. Los pollos asaltaron el piano, cantando á voces desafinadas fragmentos de zarzuela. Había curiosos en el zaguán y en la acera de enfrente, y el escándalo llegó á su colmo cuando Miguelito se presentó en la sala, bailando con uno de los cocodrilos de la galería.

En la meseta de la escalera, junto al tigre de Bengala, se despidieron los dos esposos. La novia, que había trocado el atavío nupcial por un trajecito de viaje obscuro, besó la fúnebre cara paternal y las húmedas mejillas de la madre. Andrés abrazó á sus hermanitas y don Francisco María dijo con solemnidad:

—¡Sed felices!

El landó esperaba hacia largo rato en la calle. El cochero descargó el látigo. Los caballos arrancaron...



VI



PITALAMIO! Nuestra Señora brilla, palpita y susurra al cálido beso del sol de Octubre, amoroso y espléndido como un sol primaveral.

¡El otoño! ¡El invierno! Nombres que figuran en las hojas del calendario, de los que ni los pájaros ni las flores hacen maldito caso en el país atlántico. Al medio día el sol, majestuoso como un pontífice, esparce desde la altura sus bendiciones por el monte y el llano, bebiendo hasta embriagarse la humedad de la tierra, que sube hasta sus ardientes fauces en forma

de vapor ligero y tembloroso. Por las noches, la dorada simiente de los astros llena la inmensidad, formando aquí montones, más allá regueros deslumbradores, como si el divino sembrador los hubiera arrojado al azar en los campos del infinito. Y el rumor del agua que discurre por el fondo del barranco llega hasta la casa, repitiendo sin cesar la misma frase que sobre todo por las noches suena muy alta, como en espera impaciente de la idea que ha de fecundarla, convirtiéndola en lenguaje.

Fueron aquellos quince días una época de pasión física, animal y sencilla, como la luna de miel de la primera pareja que habitó las selvas del planeta. Sin duda la sociedad existía y otros seres humanos continuaban viviendo, bajo la tutela de los *principios*, tascando el duro freno forjado por la mano paciente de los siglos, pero todo aquello estaba muy lejos, se desvanecía en la vaguedad del horizonte lejano. Para Andrés el mundo empezaba y concluía en los límites de Nuestra Señora, y los brazos de la Perla Negra, morenos, duros, suaves como el terciopelo, limitaban su horizonte. La

copa del delirio sensual, apenas vacía, tornaba á llenarse, tentando de nuevo el labio con su licor suave y fuerte á la vez. •

La compenetración de los dos seres, la íntima fusión del pensamiento y de la carne, aspiración suprema de los amantes, ideal del abrazo humano, parecía realizada por completo en la pareja de Nuestra Señora. La frase de los poetas «vivir solo para ella» se despojaba en la mente de Andrés de su amaneramiento retórico y adquiría la efectividad y la importancia de un hecho real, consumado. La abdicación de su voluntad, el eclipse de su yo, comprobados á todas horas, á cada instante, era una fuente perenne de goces íntimos y refinados.

Establecíase entre ellos una suerte de competencia de sumisión de voluntades, de anulación de la iniciativa personal.

—¿Qué haremos hoy?

—Lo que tú quieras.

—No, no, lo que tú dispongas. Tú eres la reina, la señora...

Pasaban el día en el barranquillo, visitando los *santos lugares*. cuna de sus amores, las

raíces del laurel en que había tropezado y caído ella, el *obelisco de la declaración*, ó sea la peña junto á la cual Andrés había pronunciado la frase decisiva, y esperaban para marcharse á que las primeras estrellas, desplegando su ténue corola en el cielo pálido, se reflejasen en el cristal profundo de los ojos de María.

Vino á cortar el hilo de oro de aquella existencia paradisiaca una visita de don Pancho. Traía el veterano defensor de nuestras históricas prerrogativas, como le llamaba la prensa local, instrucciones precisas y terminantes de doña Águeda para el arreglo de intereses con su hijo. La brigadiera entregaba á éste, en pago de su legítima, la finca de Nuestra Señora, otra situada en Valsequillo, un crédito hipotecario de ocho mil pesos y una casa en la ciudad, acabadita de construir en el ensanche, destinada á habitación de la nueva familia.

—Tu madre se ha portado regiamente, muchacho. Con los producidos de esta conveniencia, tienes para vivir á tus anchas, si sabes adaptarte. Es mi opinión que en esta hacienda debes *implantar* nuevos sistemas de culti-

vo. Siempre he creído que en estos terrenos se daría admirablemente el tabaco. Tiempo es ya de que todos pensemos en proveer de esta olorosa planta á la madre patria, en previsión del día, quizás no lejano, en que perdamos nuestras colonias.

Aconsejéles también don Francisco el pronto regreso á la ciudad, pues sobre que urgía firmar la escritura y dejar zanjado de una vez aquel asunto, era necesaria la dirección de la novel señora en el arreglo de la casa.

Se marcharon á los dos días, al caer de una tarde clara, azulada, adorablemente sosegada y pura.

Ella decía:


—¡Jesús, Andrés! ¡Qué poquisimas ganas tengo de dejar esto!

Y él le contestaba:

—No seas boba. La finca es nuestra. Volveremos cuando nos dé la gana. Y sobre todo, para quererse lo mismo da esto que lo otro.



VII

 LA casa era de dos pisos, alegre, ventilada y cómoda. Persistía en el ambiente de todas las habitaciones el acre y penetrante olor de la pintura fresca, que evoca en el espíritu la idea de novedad, marcando el comienzo de las épocas en que la existencia se divide.

El patio, embaldosado de mosaicos, reflejaba la luz del sol. En la planta baja se hallaba el despacho del caballero y arriba la sala, con el inevitable piano vertical, los espejos ovalados y los muebles de tela roja. Luego seguía

la alcoba con su catre nuevecito de caoba y sus paredes llenas de láminas de santos, entresacadas de la riquísima colección de doña Águeda. A continuación había una serie de habitaciones destinadas á la gente nueva que la pareja no tardaría en encargarse, si Mariquita, como era probable, seguía los pasos de su fecunda mamá. La azotea era deliciosa, como casi todas las de Atlántica. Dominábase desde ella la dilatada planicie del mar y la blancura radiante de las casas, entre las cuales alzaban su negra cabeza las torres, exhortándolas mañana y tarde con su grave lengua metálica, como los oradores á la muchedumbre que se agolpa á sus piés.

A los quince días de morar en la nueva casa, se declaró en la Perla negra una enfermedad sospechosa. Aunque los síntomas no podían ser más claros, creyóse necesaria la asistencia del Doctor Pimentero, quien, valiéndose de una ingeniosa y delicada perífrasis, declaró que dentro de pocos meses, aumentaría con una cifra ó tal vez con dos, el censo de la población.

Así terminó, bruscamente, la estación de los amores. Desde entonces, Andrés no podía acercarse á su mujer sin sentir una suerte de malestar odioso, mezcla de repugnancia y de pavor. Necesitaba hacer un esfuerzo doloroso, casi un sacrificio, al poner sus labios en la frente sudorosa y en los labios cárdenos de la paciente. Ofendíale el ardor febril de las manos y la impureza del aliento y exasperábanse sus nervios cuando la pobre muchacha se veía obligada á vomitar, doblada en dos, con espasmos angustiosos.

Transcurridos los primeros meses, cuando las náuseas desaparecieron, el suplicio de Andrés revistió una nueva forma. Fué entonces su enemigo mortal el vientre, aquella protuberancia redonda y dura que alzaba insolentemente las faldas, como un tumor monstruoso. En el lecho, se alejaba de ella todo lo posible, por no sentir en su carne el contacto repulsivo y cálido de la piel rígida, estremecida de continuo por una palpitación misteriosa, revelación de la oculta vida del germen, inexplicada é inexplicable.

Juzgábase inhumano y cruel, tenía-se á veces por un hombre ruin, de mal corazón, monstruo incapaz de sentir lo que todos sienten, hasta los animales. Buscaba ansiosamente á su María, á su Perla negra, á la hembra soberana que había llamado tan despóticamente á las puertas de su sensibilidad. Y hallaba, en vez de ella, á otra mujer enteramente nueva, den-gosa, exigente, antojadiza, una suerte de fenómeno dolorosamente ridículo.

Suerte fué que la familia les acompañó mucho en aquellos dias de prueba. Venían con frecuencia las dos niñas, Adelaida y Carmita, el tío Pancho y diariamente la suegra y las cuñadas, que asumían el gobierno de la casa, manejaban el dinero y mandaban despóticamente á las criadas.

Doña Águeda no había puesto aún los piés en la casa, pero había enviado como mensajero de próxima paz, á su íntima amiga y lugarteniente doña Remedios de la Cresta, señora tan aristocrática como *arramblada*, literata del género ortodoxo que escribía ella sola un periódico para las madres de familia, titulado

La Voz de los Serafines, firmando los artículos, cuentos, poesías y charadas con variedad de pseudónimos, de los cuales era su predilecto el de Rebecca.

Era una señora de más de sesenta años, que había sido vistosa en aquella década memorable que vió los estragos del morbo-asiático y las fiestas de la división de la Provincia. Conservaba el pelo abundante, color de caoba clara y unas mejillas sonrosadas, con manchas que parecían de vino tinto, que le temblaban cual gelatina al más ligero movimiento. Tuvo varios novios, casi todos, por rara coincidencia, de nacionalidad extranjera: un comisionista francés, un ingeniero italiano, un médico uruguayo, y todos se le murieron durante el noviazgo, por lo que el público, asemejándola al famoso escollo en que han naufragado tantos vapores de distintos pabellones, la conocía por «La Baja de Gandor».

El parto fué venturoso, aunque prolongado y cruento. Más de veinticuatro horas permaneció Andrés recluido en su despacho, paseando sin descanso, exasperado por los lamentos

de fiera moribunda que llegaban á sus oídos. Al fin, al amanecer del segundo día, una voz infantil y alborozada le llamó desde lo alto de la escalera:

—¡Andrés, ven, corre!

Abrió la puerta y Carmita, que bajaba la escalera como una exhalación, se precipitó en sus brazos.

—¡Un varón, un varón!

Dióle su hermano muchos besos, y ella decía, temblando de emoción:

—Dicen que es el retrato de papá. Yo seré la madrina, ¿verdad? Júralo, por si acaso.





VIII



los pocos días de nacido el nene, vino doña Águeda á verle, en compañía de la Baja de Gando. Fué una reconciliación en toda regla, debida á los esfuerzos del bondadoso don Gerónimo Gordillo, confesor de la señora. Andrés, temblando de gozo, tomó en brazos el informe envoltorio blanco, que despedía el característico perfume del sahumerio y lo colocó en el regazo de la abuela. Valerón el cuarto, interrumpiendo por un instante los ejercicios de clarinete á que venía dedicado desde su ingreso en este mundo, abrió sus

ojillos de ratón en su cara gelatinosa y amaratada. La brigadiera besó los puños cerrados de su nieto, más suaves que los pétalos de una flor, y declaró que era preciso arropar al nene y darle lamedor de peonía para que se fuera *raciando*. Después recorrió con imperial talante toda la casa y registró todos los rincones, sin excluir los del patio trasero, manifestando, como resultado de su visita de inspección, que la cocinera era una puerca y *la dentro una desconcharada*.

A los pocos días, acusó Hartleit el recibo de la grata nueva. Ya era suya la botica de la viuda de Marbella, y á pesar del sacrificio que le había costado su adquisición, confiando en el porvenir, habíase decidido á publicar en Madrid un estudio psicológico. «No he querido quedarme atrás,—le decía á Andrés.—Me anuncias el nacimiento de un hijo y yo te contesto con el alumbramiento de otro, que ojalá sea bueno, sólido y de larga vida, como yo deseo que sea el tuyo.»

La vida proseguía su curso, monótona, incolora, doblando una trás otra las hojas del

eterno libro; con lentitud segura é insidiosa. Comenzaba el periodo de la lactancia, y la Perla negra se había trocado en una nodriza morena, cuadrada, enorme. Nunca, de memoria de casada, se había visto en Atlántica una transformación tan rápida y completa de señorita en matrona. Era voz general que María se había colocado de un salto en los cuarenta. A su lado, Andrés, pequeño, delgado y nervioso, parecía hermano mayor de su hijo, y ambos desaparecían en la sombra de la madre, como los astros en un eclipse.

Eso sí, en punto á la mansèdumbre del carácter y resignación á las molestias y pequeños sacrificios de la vida, difícilmente hubiera encontrado Andrés una mujer que con María se igualase. La muchacha era una *bondama*, un alma de Dios. Devota del sueño hasta el fanatismo, pasaba la mayor parte de las noches sin dormir. sentada en la cama, con el nene en brazos, y sin embargo, nunca importunó á su marido con los suspiros de rigor ni con la consabida frase:

— ¡Y para esto se ha casado una!

En opinión de doña Pepa, Mariquita se había formado de los deberes del matrimonio una idea exagerada. Bueno es lo bueno, pero no lo demasiado. La mujer debe ser complaciente y servicial con su marido, pero sin llegar al extremo de contestar á todo *amén*, ni *dejarse cojer la camella*, según la vieja decía, empleando un significativo modismo del lenguaje popular.

Cuando el niño tuvo algunos meses y pudo ser confiado á las criadas, á lo menos durante las horas del día, Andrés intentó iniciar á su esposa en los misterios deleitosos de la vida del espíritu. Convencido de la muerte de las ilusiones, de la irrevocable extinción del amor sensual, era llegado el momento de establecer entre los dos una amistad sincera y permanente, la noble amistad que se funda en las afinidades de la inteligencia y del corazón. Esto era lo razonable, lo humano, lo que al hombre reflexivo enseña la experiencia de la vida y el consejo de los grandes autores, analistas de esta enrevesada combinación social que se llama matrimonio.

Llamó primeramente á las puertas del alma que él creía compañera de la suya, con el aldabón de la Literatura clásica. Obras maestras, nada menos. Cervantes, Shakespeare, Dante, Calderón. Los golpes retumbaron en el vacío, sin despertar eco alguno. María, aunque declaraba que todo aquello era *cosa buena*, se quedaba dormida á lo mejor del cuento, invocando el pretexto de las malas noches. Entonces el marido rebajó la calidad de la dosis, obteniendo mejores resultados con emplastos de Dumas padre y cataplasmas de Jorge Ohnet.

La Perla negra ya no se dormía, pero allá en las intimidades de su *conciencia artística*, le daba la preferencia á *La Mujer Adúltera* que su madre solía leerles por las noches, mientras ella y sus hermanas trabajaban en barbilla, reunidas en torno de la lámpara.

Entonces fué cuando, poco á poco, empezó Andrés á desertar de la casa. La puerta del Casino tornó á verle todas las noches, formando parte del corrillo tradicional, que suelen evitar, mediante un rodeo, las buenas señoras

de Atlántica, temerosas del rasguño de las bien templadas lenguas. Y viérais allí á Andresito Valerón, hasta las diez ó las once, consagrado á la sabrosa tarea de comentar el texto de los telegramas, discutir la cuestión de los azúcares ó el problema de los alcoholes, sin que dejara de prestar su concurso á la divertidísima tarea de ablandar la médula de algún viejo infeliz de los que nunca faltan en tertulias de esa índole. Después vino el asistir puntualmente á las *pelcas* de gallos, haciendo fervientes votos por la suerte del *giro* ó del *gallino* y el alquilar un coche para ir de paseo con varios amigotes al Monte ó á las Vegas, rematando tales expediciones con un comistraje de fonda, amenizado por estúpidas bromas de aldea. Convertíase lentamente en uno de tantos, en un sér soñoliento y desocupado, de esos que andan buscando por calles y plazas quien les dé conversación y les ayude á soportar el peso insufrible de las horas.

Hasta llegó á tomarle afición á las tertulias de doña Águeda, plagadas de canónigos y de gente petrificada, que rendía fervoroso culto

á los misterios del tresillo y á las fichas del dominó. Allí se alzaba el femenino escollo, conocido por la Baja de Gando. Conviene decir que entre doña Remedios, doña Águeda y varias señoras de la buena sociedad atlántica, habían formado una asociación benéfica con el piadoso fin de apartar á las muchachas pecadoras de la senda del mal. Labor espinosísima que había convertido á las respetables señoras en vigilantes esbirros de femeniles tropiezos y en formidables inquisidores de *baladrones* y *extraragantes*.

La sociedad, apenas nacida, se puso al habla con otras de su jaez de la Provincia y de la Metrópoli, y doña Remedios, que era la Secretaria, se pasaba las horas despachando la correspondencia oficial.

Solía la insigne Rebecca obsequiar á sus contertulios con las primicias de los trabajitos que se proponía publicar en *La Voz de los Serafines*. Jamás se dió el caso de faltar en aquellas «narraciones» ó «novelas cortas», el tipo del librepensador descreído y blasfemo que cuando lanzaba un terno decía ¡canastos!

y que indefectiblemente terminaba recibiendo los sacramentos en el lecho mortuorio.

Andresito se iba adaptando poco á poco á aquel ambiente que su tío calificaba de *oscurantista*, y sin llegar á la confesión, como el réprobo del cuento, asistía á misa puntualmente y hasta se interesaba por el buen éxito de una función ó de un novenario. Viósele en las procesiones de Semana Santa, de frac vestido, empuñando una vela enorme.

A los treinta años, era ya Teniente de Alcalde y veía en luminosa perspectiva la Diputación provincial, la Presidencia del Casino, la Delegación del Gobierno y allá lejos, en la cumbre vertiginosa de los honores humanos, la suprema investidura de Diputado á Cortes...





IX

LA primera noticia de la catástrofe la tuvo Pepito Socorro, cuyas funciones de Director de *La Vo: del Nublo* le imponían la necesidad de indigestarse diariamente con toda la prensa de la Provincia.

Al abrir uno de los periódicos de Tenerife le saltó á la vista el siguiente suelto:

»En la madrugada del día de hoy y á cosa de las tres, las campanas de las parroquias y los pitos de los serenos dando la señal de fuego, llevaron la alarma y la consternación al vecindario de esta Capital. Era que el voraz

elemento había hecho presa en la acreditada farmacia, propiedad de don Guillermo Hartleit, antes de la viuda de Marbella, sita en la calle de... Desde los primeros momentos, el incendio alcanzó espantosas proporciones y á pesar de las acertadas medidas de nuestras autoridades civil y militar, que inmediatamente se constituyeron en el lugar del siniestro, fué del todo imposible sofocarlo. Afortunadamente, no ha habido que lamentar desgracias personales, si bien nuestro particular amigo el señor Hartleit sufrió en los primeros instantes un síncope, producido por la emoción y el susto consiguientes.-

Y más adelante, en la tercera plana, el futuro creador de la literatura regional canaria leyó, amarillo y consternado esta

«ÚLTIMA HORA.—En prensa ya este número, llega á nosotros la tristísima nueva de la muerte de nuestro particular amigo don Guillermo Hartleit, dueño de la farmacia de cuyo incendio hemos dado cuenta á nuestros lectores, persona que gozaba en esta Capital de generales simpatías. Según dictámen facul-

tativo, la causa de tan sensible pérdida fué un *colapso cardiaco*, originado por la impresión que en el desgraciado farmacéutico produjera la catástrofe."

Inmediatamente se echó á la calle Pepito Socorro en busca de Andrés, impulsado por el inexplicable sentimiento que pudiera llamarse "novelería de la catástrofe". Cerca de oraciones le encontró sentado en uno de los bancos de la Plazuela, charlando con dos ó tres desocupados. Apenas observó Andrés el aspecto fúnebre del periodista, se levantó de un salto, exclamando:

—¡Mamá!

Tranquilizóle el otro enseguida, dándole á leer el ejemplar del diario que consigo traía, y Andrés, enterado, se compadeció mucho del pobre Hartleit, recordando que, en efecto, desde los tiempos estudiantiles aquél presentía la enfermedad del corazón que había de matarle y manifestaba su deseo de una muerte súbita, fulminante. Con este motivo los del grupito y algunos otros petrificados que llegaron de la Botica próxima, atraídos por el olor

de la noticia *sensacional*, discutieron largamente acerca de si, supuesta la necesidad de la muerte, vale más doblar de golpe las cajas ó ver llegar por sus pasos contados á la *intrusa*, así llamada por el literato regional, que pretendía con estas y otras oportunas reminiscencias, demostrar á sus conciudadanos su frecuente trato con exóticos autores.

Poco después de oraciones, Andrés, no estimando decoroso ir aquella noche al Casino, se metió en su casa, cerrando previamente, en señal de luto, una hoja de la puerta de la calle.

Cuando su mujer le vió subir, pensativo y cabizbajo, preguntóle:

—¿Qué ha pasado, Andrés?

—Se murió Guillermo Hartleit—le contestó él, mirándola tristemente.

—¡Se murió! ¡El pobre!

No hubo otras manifestaciones de duelo. Andrés, exasperado contra sí mismo, se preguntó muchas veces en aquella noche y en los días siguientes si habría él perdido la sensibilidad durante aquellos años de vida vegeta-

tiva é imbécil. En vano pretendía evocar la figura de Hartleit, de aquel hombre esencialmente bueno y leal que había sido el mejor amigo de su juventud. En vano se esforzaba en ponderar su cariño sincero y firme, exento de toda impureza egoísta, sus lecciones y sus consejos, que parecían inspirados por un corazón de padre... el dolor verdadero, que oprime las entrañas y viste de negro el pensamiento, no parecía por ninguna parte. Y en cambio Andrés experimentaba una sensación inexplicable, suerte de satisfacción criminal y vergonzosa, como si Hartleit al morir hubiese dejado un pedazo de vida vacante, accesible á la ocupación y al disfrute de los demás.

Meses después, el día primero de Noviembre, llegaban á Santa Cruz los diputados provinciales del grupo oriental. Organizábanse tales expediciones en Atlántica; después de diplomáticas y profundísimas conferencias en el despacho de don Marcelino del Saucillo, en las que se ventilaban gravísimos problemas de la política provincial, verbi gratia, la actitud del Gobernador ó de tal ó cual *elemento*

de la Gomera ó de la Palma. Trazadas las *líneas generales* del plan de campaña, como él decía, entregaba don Marcelino la batuta á su *leader*, que era á la sazón un abogadillo inquieto y flexible como una culebra, hombre de Estado microscópico que afectaba al hablar melosa entonación itálica que contribuía no poco á la reputación de refinado maquiavelismo de que gozaba. En el fondo no era más que un pobre diablo que no veía más allá de las narices de Alcubilla. Sus acompañantes eran comparsas disciplinados é inconscientes, convencidos de que no representaban cosa alguna, como no fuera la voluntad del cacique. Los más eran pretendientes, que aspiraban á cobrar sus molestias y gastos de viaje con un destino en el misterioso Puerto franco, sin que faltara algún propietario rico é independiente que tomaba la investidura provincial como pretexto para un viaje de recreo, barato é higiénico á la vez, del que tornaba con el estómago limpio por la travesía de la procelosa Mancha y con el baul lleno de regalitos para la señora y las niñas. Sólo don

Francisco María, espectro venerable de otros tiempos de candorosa sinceridad, hablaba de su *distrito*, de la rival histórica, de usurpaciones ominosas, de contiendas seculares y de otras cosas absolutamente pasadas de moda. Su sobrino, que por primera vez formaba parte de la expedición en calidad de comparsa, pudo á duras penas disuadirle de pronunciar en la primera sesión un discurso que él llamaba «catilinaria del morbo-asiático» y que, según manifestó, guardaba entre pecho y espalda desde el año 51.





X



SENAS llegado á Santa Cruz, Andrés se enteró, por el dueño de la fonda, de que Hartleit había muerto en la casa de un vecino, sastre por más señas, llamado el señor Ordóñez y conocido por *Doble ancho*, á causa de su formidable corpulencia.

Después de almorzar, se trasladó Andrés á aquella casa, junto á la cual se abría, negro y siniestro, el hueco que ocupaba la botica incendiada.

Recibióle el maestro en mangas de camisa con el anchuroso tórax cruzado por intermi-

nable cinta de medir, y le condujo á un cuartito interior cuyos muebles estaban atestados de ternos á medio hacer.

Enterado de los deseos de Andrés, relató el siniestro con mucha prolijidad.

—Estaba yo en lo mejor del sueño, serían las once *ó* las once y media... ¿comprende la idea?... cuando mi señora me da un pellizcón retorcido aquí mismo, con perdón, y me dice... Chano (voz aguda) despiértate, hombre, ¿no oyes que están tocando á fuego?... Y fetivamente, oigo las campanas (voz metálica) tan, tan, tin, ton y un guirigay en la calle... (voz terrorífica) ¡Tiren las puertas! ¡D. Guillermo, alevántese! Yo me volví loco, desde que percaté que el fuego era en la botica de al lado, porque, natural, (voz razonable) uno tiene familia é intereses... ¿comprende la idea? Salimos todos escapados. La botica era una fogalera. Bajaron á la niña y á la criada por una escalera y luego á don Guillermo medio *asficionado*. Aquí lo entraron (voz lacrimosa). ¡Qué dolor! ¡Un hombre como un castillo! Estuvo más de dos horas *pricado*, tendido en ese mismo ca-

napé. Vinieron la mar de médicos y se decían unos á otros (voz misteriosa):—Es un *colaso*... un *colaso*, ¿comprende la idea? Ya á lo último, se puso á resollar fuerte, asi, asi, (voz lenta) y se murió *á tiritito*. ¡Qué dolor! A mí no se me quemó nada, sino es un gallo conchin-chino que tenía en la azotea.

—¿Y la niña?

—¡Anita! Espérese. Anita estaba más muerta que el padre, tendida allá adentro en una cama y mi señora al lado, *achicándole éter* y agua de azahar.

—¿Pero ahora, donde está?

—Vive con una retía de su madre, allá por el Cabo... ¿No conoce Vd. á doña Florentina? Ni ganas, ¿verdad? ¡Pobre niña! ¡Qué dolor! (Contestando á uno de sus oficiales, voz estentórea.)

—¡Ya voy, Manuel!

Despidióse Andrés del señor Doble ancho, y aquella misma tarde, después de abierto el periodo semestral por el Gobernador, que era un viejo muy feo y muy pintado, se trasladaron tío y sobrino al barrio del Cabo, donde fácil-

mente dieron con la casa de doña Florentina.

Era un edificio de los llamados en el país *terreras*, viejo y de miserable aspecto. Entrábase por un portalón que daba á un patio cuadrado y con piso de tierra, en el que, á uno y á otro lado, se abrían varias accesorias habitadas por gente muy pobre. Una mujer sucia y desgredada, á la que tuvieron que dar limosna, les enseñó la vivienda de doña Florentina, situada en el fondo del patio.

Entraron los visitantes en una pieza que estaba absolutamente á oscuras y en la que se respiraba fuerte olor á sahumerio. Don Francisco María, que iba delante, sintió, no sin terror, el contacto de una mano helada y seca que estrechaba fuertemente la suya, al propio tiempo que una voz que parecía de hombre, decía:

—¿Y cómo vá, mi señor don Narciso?

En ésto uno de los chiquillos que andaban correteando por el patio, entreabrió la puerta, descoso de saber lo que hacían aquellos caballeros en el cuarto de seña Florencia, y á la luz dorada de la tarde, vieron tío y sobrino á una vieja altísima, flaca y negra como una

aparición, con una nariz enorme y unas gafas verdes cuyos cristales le tapaban la mitad de la cara lívida y escueta. Don Francisco, intimidado por la apariencia espectral de la vieja que no le soltaba la mano, le preguntó varias veces:

—¿Es Vd. la señora doña Florentina?

Y ella repetía:

—Adelante, mi señor don Narciso.

Acercóse en esto la ~~mujer~~ sucia y desgredada, declarando que si los caballeros no le gritaban en las mismas orejas, no conseguirían nada, por ser la señora bastante impedida. Además, le faltaba un poco la vista, lo cual no era de extrañar, porque todo el mundo sabía que la seña Florencia era más vieja que la *rasca*.

—Se ha figurado, añadió, que el caballero anciano es un Procurador que viene á trastumbarle el juicio *asunto* de una capellanía.

Oído lo cual por don Francisco, empezó á dar gritos desaforados, diciendo:

—Señora, yo no soy el Procurador don Narciso; soy don Francisco María Valerón y Xuárez... ¿oye? Este caballero es mi sobrino,

ambos de Canaria y Diputados provinciales ambos, y venimos á ver á la hija de don Guillermo Hartleit.

Movió la vieja la cabeza y dijo:

—¡Ah!

Luego despidió con mal talante á la indiscreta vecina, y una vez que los caballeros se sentaron, añadió:

—¿De Canaria? Entonces podrán Vds. darme noticias de mi pleito que está en la Audiencia, ya va para cinco años.

Y mientras su tío entablaba con la seña Florencia un curioso diálogo á voces destempladas, Andrés recorría con la vista el triste aposento. Fuera de unas sillas de paja y de una cómoda rechoncha con perillas de cristal, el único mueble serio era una cama inmensa de madera pintada de rojo, con su colcha ramada, detrás de la cual y apoyada á la pared, se hallaba un catre de *ricento* en el que, sin duda, dormía la muchacha.

...Continuaba doña Florentina haciendo un extracto ó relación interminable del famoso pleito de la capellanía. A duras penas pudo

don Francisco cortarle la hebra para obtener algunos detalles respecto á la niña de Hartleit. Aquí la vieja se deshizo en lamentaciones. Señor, la vida tan cara, los huevos, las papas, todo por los *confiscados* vapores, y ella reducida á los míseros productos de unos *piscajos* que tenía en el sur, apenas un *toston* diario, y luego la carga de la sobrina, como si dijéramos — «Tú que no puedes, llévame á costas». Verdad es que la muchacha **era** trabajadora; todo el día se lo pasaba **en la** escuela del Rey, de aquellos barrios, **ayudando** á doña Gumersinda, la maestra, que le había ofrecido darle algo, más adelante.

Poco á poco, el ánimo de Andrés se fué velando de tristeza, de una tristeza honda, desesperada, amarga, que parecía brotar, como una humareda gris, de las paredes cuarteadas, de la polvorosa estera de palma que cubría el suelo, de los muebles viejos, **derrengados**, antipáticos. ¡Pobre Hartleit! ¡Qué **bien** se realizaba su programa! ¡Trabajar desesperadamente para asegurar el porvenir de su hija, para ponerla en condiciones de elegir marido, de

evitar la soberanía del primero que se presentase, ofreciendo un puchero miserable! ¡Qué vida tan triste la de la pobre niña, separada brutalmente de su padre, condenada á prisión indefinida en aquel centro mezquino y tedioso, con aquella vieja impertinente y maniática que á todas horas debía echarle en cara la merma por ella producida en el mísero *toston* diario.

De pronto, la mujer desgrenada y descalza, que parecía haberse arrogado la función de introductor de embajadores, entreabrió la puerta y dijo:

—Aquí llega la niña.

Andrés levantó los ojos con ansiosa curiosidad... Fué una desilusión completa, una de tantas engañifas con que nos sorprende y aturde la imaginación, cuando de antemano figura los aspectos de personas y cosas aun no vistas. Sin saber porqué, Andrés había imaginado á la hija de Hartleit como á una mujer arrogante, estrecha de talle y ancha de caderas, un tipo de extranjera sanguínea, de sombrero y velillo por la cara. Y la que entra-

ba en aquel instante era una chiquilla, una criatura pequeña y delgada, de ligero y receloso andar, una canaria blanca y anémica, vestida de luto, con su mantón negro por la cabeza; pero cuando tomó asiento en el borde de una silla y echando hacia atrás el mantón, alzó rápidamente los ojos para mirar á Andrés, cuyo nombre acababa de pronunciar don Francisco, revelóse como heredera de su padre al mostrar dos hermosuras hasta entonces ocultas, el cabello dorado, resplandeciente como una tiara, y los ojos azules que iluminaron subitamente el rostro, como dos ventanas abiertas sobre el espléndido horizonte de un día sereno.

Muy poco más duró la visita. La muchacha lloraba quedamente, don Francisco agotaba el catálogo usual de las frases de consuelo, la vieja guardaba un silencio de sorda, tétrico y aburrido, y Andrés se reprimió para no dar á conocer en aquel mismo acto una resolución, repentina é impetuosa como todas las suyas, que acababa de echar raíces en su espíritu dolorido.

Ya en la calle, le dijo á su tío sin preámbulos:

—Tití, ¿sabe que he determinado llevarme á Anita conmigo, á Canaria?

El viejo se detuvo y mostrando á través de la corteza de su egoísmo tranquilo y sonriente la ingénita bondad de su alma, exclamó:

—Bueno, muchacho. Tienes tan buen corazón como tu padre.

Esto era en boca del apasionado admirador del Brigadier el mayor de los elogios posibles.

Luego meditó un poco y añadió:

—No cabe duda de que eso será una complicación; pero, en sabiendo todos adaptarse...

Como la mayoría en la Diputación parecía sólidamente asegurada, gracias á la docilidad de los *elementos* palmeros, se convino en que Andrés podía embarcarse con su nueva hija en un vapor alemán que salía para Atlántica dos días después.





XI



Después de la media noche, el vapor se puso en marcha. Flotaba en el espacio la serenidad majestuosa de las noches del invierno atlántico, el mar respiraba suavemente, alzando y deprimiendo el pecho con sosegada lentitud y el buque se deslizaba por la argentina superficie con facilidad extraña, resbalando sin esfuerzo sobre la espalda enorme y lisa del monstruo aletargado. Y apenas desprendido de la costa tinerfeña, sentíase la proximidad de la tierra canaria, perfumes fugitivos, rumores vagos, la vida misteriosa de

la isla, dormida más allá del horizonte, en la infinita soledad del Atlántico.

Hablaban de Hartleit, sentados sobre cubierta, bajo la mirada redonda y pálida de la luna. Hartleit resucitaba, volvía á tomar posesión lenta y segura del pensamiento y de la voluntad de Andrés. Ella, la hija, sugería la visión cariñosa del padre que, al desaparecer para siempre, había dejado un reflejo de su luz espiritual en aquellos ojos, serenos y profundos como el cielo de la tarde.

Pasaban las horas, rápidas, con vuelo imperceptible, el vapor avanzaba con andar ligero y fantástico como si flotase en la fluidez transparente de un Océano ideal, la paz soberana de la noche bajaba de la altura, el aire, transparente y sonoro como un cristal, estremecía la onda con su ligera caricia.

Andrés bajó al camarote y volvió trayendo el abrigo de Anita. Como ella deseaba pasar la noche en la cubierta, Andrés la instaló en un sillón de mimbres, y la arropó con solicitud paternal. De vez en cuando le decía:

—Duérmase, Anita.

Pero ni uno ni otro podían cerrar los ojos en presencia del espectáculo divino. Era como el interior de un templo circular, inmenso, la primera catedral en que los hombres rezaron, á la luz misteriosa de los astros encendidos en la altura, abrumados por la terrible majestad del infinito... Sin duda el velo del horizonte iba á descorrerse, mostrando el ara fulgurante, la divinidad soberana en cuyo honor se celebraba la grandiosa ceremonia de la Naturaleza.

A las cuatro, Andrés que paseaba lentamente por la cubierta, llamó de pronto á la jóven.

La isla estaba allí, frente á ellos, perfilando su contorno rojizo y abrupto sobre el fondo transparente del crepúsculo. Despertaba fresca y rápida la brisa y en el horizonte despuntaba la luz, una faja lívida primero, después dorada y luego sangrienta, como si en aquel punto se desgarrase el cielo, mostrando el rojo color de sus entrañas.

Las miradas de ambos contemplaban ansiosamente el horizonte. Iba á descorrerse el

velo, la divinidad soberana iba á revelarse á la creación.

Y de pronto Andrés dijo:

—¡El Sol!

Y surgió con lentitud majestuosa el disco enorme, rojo, soñoliento, y el mar, el cielo y las montañas vibraron profundamente, al recibir la primera caricia de la luz.





TERCERA PARTE

I



OMENZABA la tertulia en casa de Andrés á las ocho de la noche y conclusa á las diez, con la dispersión de las buenas gentes atlánticas, que se iban en busca de cena y cama.

Andrés asistió al principio con intermitencias, haciendo constar el sacrificio que hacía de sus hábitos al cumplir con la obligación de acompañar á la huérfana y aclimatarla poco á poco al medio familiar donde su timidez la mantenía aislada como una intrusa.

Era un deber cuyo cumplimiento, pregonado con harta frecuencia, halagaba á su orgullo de protector. Sin embargo, al poco tiempo, sintió

renacer, sin darse exacta cuenta de ello, el encanto que en los días de la juventud le rendía á la influencia del alma de su amigo, reencarnada en el cuerpecillo de aquella muchacha, su legítima heredera. Y así, con la resurrección del pasado en palabras y en ideas que, surgiendo de la chica, le sorprendían con la grata impresión de los viejos amigos que de improviso se nos meten por las puertas, tuvo lugar la lenta conquista de su espíritu, hasta el extremo de que la hora de la cena espiritual, como en broma la había bautizado, llegó á constituir una verdadera necesidad, imperiosa y apremiante, que le apartaba de la puerta del Casino y le conducía á su casa á las ocho de la noche en punto.

Primero tuvo lugar la velada alrededor de la mesa de la galería, cerca de la sala donde el piano vertical, mudo hasta entonces, hablaba ahora la lengua de Beethoven que sonaba en los oídos de las chicas como latin soporífero. Aquel sitio era el predilecto de María, que desde él dominaba la casa, prestando oído á las conversaciones de las criadas y al llanto de

Valeron IV entregado al pecho de una robusta veguera desde que se iniciaron molestos y enfadosos como en el primero los síntomas brutales del segundo embarazo. La pobre muchacha resignada y poseida sin saberlo del propio hastío sensual que en Andrés tocaba ahora á los límites de un asco invencible, sonreía melancólica, casi satisfecha del nuevo goce que distraía por complicados caminos artísticos al esposo en compañía de la huérfana, y, renunciando á seguirles, arrastrando su creciente obsesión y la miseria de sus padecimientos, sentábase á la vera del camino y dando cabezadas ó durmiendo á pierna suelta les esperaba pacientemente hasta el regreso.

A veces despertaba con los últimos acordes del piano, despavorida, creyendo que lloraba el pequeño, y al tocar la realidad, exclamaba con la lengua aun torpe por la embriaguez babosa del sueño:

—¿Ya estáis de vuelta? ¿Os habeis divertido mucho por esos caminos?

Él la miraba con extrañeza, como una cosa intrusa, que con su masa enorme ocupase sin

derecho un sitio en su casa, caída allí y estrellada contra el suelo, pecio deforme de algo bello hinchado por la maceración, encallado en la playa viniendo del mar, desprendido de algún naufragio lejano. En aquel hastío sensual que como una enfermedad había invadido su carne, la pobre mujer, como una vaca triste y rumiadora, no despertaba ni un recuerdo de la visión espléndida que en los días de la luna de miel parecióle la fuente inagotable que había de calmar sus ansias infinitas de belleza ideal.

En las mejores noches, cuando la fatiga no la rendía, burlábase sencillamente de los éxtasis y exageraciones de Andrés al escuchar la indescifrable melodía, ó hablaba con charla inagotable con la nodriza ó con las otras mujeres de la familia, á pesar de las miradas furiosas y despreciativas con que desde lejos la pulverizaba el marido. Entendía ella el descontento de Andrés, y callaba por un instante para de nuevo comenzar dando órdenes ó explicando algún detalle de la compra ó de la comida.

Una noche llegó á gritarle desde el piano:

— ¡Cállate, animal! ¡Cállate y duerme!

Y ella, paciente, sin ofenderse, se contentó con levantarse y acostarse sobre la cama, donde él la encontró vestida aún y durmiendo pacíficamente.

— Pero, hijo mío, —decíale al otro día en la mesa, —yo no les estorbo á Vds. para que canten y ejecuten esas músicas celestiales, pero déjenme hablar y dormir. No sé cómo se arreglarían las cosas de la casa sin yo disponerlas. ¿Por qué no le arreglas con notas la cuenta á la criada?

Al fin, tomó la determinación de acostarse temprano, mientras la Hartleit y Andrés hablaban, leían ó se deleitaban con la música.

Entonces fué cuando nació la idea de utilizar el salón del piso alto para las veladas y allí fueron trasladados el piano y la biblioteca. Andrés sentía de nuevo palpar sus ansias de autor, y el sitio era muy á propósito para que, con la luz y la brisa ó con la **sombra** y el silencio, entrara por las ventanas y **puertas** la inspiración.

Poco á poco habían ido desertando los amigos y la familia de las nocturnas reuniones,

aburridos y rechazados por el despotismo incivil de Andrés, que proscribía los temas vulgares de la conversación, la lamentación eterna de las amas de casa al hablar de la servidumbre y de la carestía de los víveres, la narración interminable de enfermedades, la discusión de reputaciones y la chismografía deleitosa con que arrancaban tranquilamente sin sentir dolor las tiras del ajeno pellejo. Andrés protestaba, imponiendo silencio, echándoles en cara despreciativamente la insensibilidad artística de sus espíritus que les privaba del goce inefable de apreciar aquel placer reservado á las almas de elección.

—¡A Vds. les falta un sentido,—díjoles una vez,—el sentido estético!

—A tí te falta el sentido común,—contestóle la Brigadiera arrebujaada magestuosamente en su chal.

Y ya en la calle, apoyada en Adelaida, murmuraba:

—Yo no sé adonde irá á parar por este nuevo camino; la cosa es ridícula para un hombre de su posición, diputado provincial y candida-

to á la Alcaldía. Todo esto puede quitarle respetabilidad. Yo no me he de meter en nada: hombre es y dueño de su casa; pero esa pasión por la música alemana, no sé yo si será por la música ó por la alemana... La suerte está en que ella es fea... sí, hija, fea como una espina de bacalao... La boca grande, el cuello largo, flaca hasta lo indecente.. un espíritu con enaguas. Lo único que tiene es los ojos y el cabello. Eso sí, los ojos son hermosos aunque carecen de franqueza: hay en ellos un reflejo de hipocresía; y el cabello es demasiado grande, demasiado dorado; es, como dice Andrés, una tiara, pero una tiara que serviría muy bien al padre y que á su heredera se le cuela hasta las orejas. En fin, allá ellos... María que se las componga. Y ahora por María... ¿Has visto qué modo de engordar?... es un prisma... Y ahora por prisma. La baja de Gando no ha vuelto á aparecer por esa casa, despues de la noche de los espíritus.

Efectivamente, una noche, Andrés y Pimentero habian resucitado la vieja historia de sus experiencias espiritistas y con ellas el nombre

de Hartleit se había enlazado. Para Pimentero, que revestía ya la alta dignidad de médico, aquello no pasaba en la actualidad de un caso especial de hipnotismo, de auto-sugestión, en que el medium trasladaba al papel la vibración material—;sí, material!—de algunas células cerebrales impregnadas, no de otro modo que los resonadores de Helmholtz guardan y devuelven en circunstancias *ad hoc* el sonido que ha largo tiempo los conmovió. El chico se confundía, gargarizaba atragantado, mientras Andrés, sin saber por qué causa, sentíase de pronto invadido por profunda fe en otra vida espiritual con encarnaciones sucesivas y cada vez más perfectas en otros mundos, hasta llegar á confundirse, conservando su personalidad, en la perfección absoluta, en Dios! ¿Por qué la influencia de los espíritus no había de hacerse sentir despues de la muerte sobre los vivos adorados? ¿No era la muerte el principio de la vida espiritual?

Aquellas ideas sofocaron á la Baja de Gando, que protestó enérgicamente y encontró palabras burlonas y sarcásticas para hablar de las

mesas y de los golpes y hasta de tesoros escondidos revelados por los espíritus charlatanes; pero, cuando la hija de Hartleit se levantó declarando tranquilamente que su padre no había sido un charlatán, que él, aun realizando el fenómeno, nunca creyó en la interpretación espiritista, y que ella, su hija, había heredado la misma facultad, la Directora de *La Voz de los Serafines*, declaró formalmente que no podía continuar formando parte de una tertulia donde se sustentaban tan heréticas doctrinas, impropias no ya de buenos católicos sino hasta de personas serias. Aquello era simplemente una prueba más de la inagotable estulticia humana.

Desde entonces no volvió á aparecer y se vengó cada quince días publicando diálogos diabólicamente satíricos en *La Voz de los Serafines* entre un espiritista embaucador, el doctor Lumbreras y un labriego ladino, tío Pancho el machucho, á quien el otro prometía la revelación de un tesoro si le facilitaba algunos cuartos. Andrés leyó furioso los artículos y hasta estuvo para contestarlos y vaciar la teo-

ría científica del espiritismo, la religión del porvenir, como él decía, en las columnas de *La Voz del Nublo*.

Las muchachas preferían el tema espiritista que les erizaba la piel con escalofríos de ultratumba, á la audición soporífera de Beethoven, Wagner ó Saint Saëns y á la lectura de poetas franceses cuyos acentos parecían fraguados en otra lengua que la por ellas aprendida en la gramática de Ollendorf.

Carmita, sobre todo, que había obtenido nota de sobresaliente en la asignatura y que se entendía muy bien con los marinos franceses en ocasión de bailes y visitas á bordo de buques de guerra, no acertaba á explicar el fenómeno, y dudaba de que Lamartine y Sully-Prudomme hubiesen escrito sus versos con los mismos vocablos que figuraban en los innúmeros temas de la popular gramática.

—Esos temas no son temas, que son timos,— solía decirles Andresito con desprecio soberano.—El timo de la educación dado á diario en los colegios de señoritas de Atlántica y de España entera y de que todos somos víctimas.

Hay que ir á rozarse con los sajones para saber lo que es la enseñanza; allí se bate la carne y el espíritu hasta convertirlos en oro de ley. Aquí reciben un baño de plata ó de oro, según fortuna, y son lanzados á la circulación, con la apariencia engañadora de buena moneda. ¡Desgraciado del que no acierte á distinguir!

—¿Con que, Andresito, quedamos reducidas á pesetas falsas?

—¡Nada! ¡Que no pasamos!

—¡Dios mio! ¡Y yo que me tenía por una fisca modesta pero honrada!

—Por eso Pimentero rechazó á la de Vélez.

—Por eso no ha pasado la Baja de Gando.

—Suéname, Andrés, suéname, hijo mio, y sácame de esta horrible duda. ¿Paso ó no paso, fiel contraste de mi alma?

Las dos hermanas y las cuñadas protestaban ruidosamente, ocultando con la broma la cólera que las poseía, mientras la Perla negra, profundamente satisfecha y convencida de su superioridad como mujer hermosa, reía con bruscos estremecimientos de su enorme vien-

tre. Ella no se había sentido engordar, vi-
viendo en la seguridad tranquila y regocija-
da de que era la mujer más hermosa de Atlán-
tica, un fenómeno de belleza femenina que le
había permitido el triunfo de la conquista de
Andresito, del hombre más notable del país, y
que ahora, ya fuera de concurso, seguía expo-
niéndose al público sin perjudicar con su com-
petencia á las muchachas solteras.

—Ya yo pasé. niñas,—exclamaba, sofocada
por la risa.

Pero Andrés tomaba el asunto en serio,
exaltado y furioso:

—¡Todas falsas,—decía, abarcando con ges-
to amplio el salón,—todas falsas! Es neces-
ario romper con la tradicional mentira con que
mutuamente nos adormecemos y enganamos.
Aunque duela, aunque sangre el corazón *el*
puño sobre el costado izquierdo, como si efec-
tivamente estrujase la noble viscera. Aquí
está mi familia, mis hermanas á quienes adoro,
y sin embargo, me veo en la horrible... ¡sí, ho-
rrible necesidad!... de confesar que son mone-
da falsa. (*Grandes protestas en el auditorio;*

Adelaida grita:—¡Gracias, hermano!... Carmen murmura sofocada:—¡No me desacredites, Andrés! El orador continúa). Es una gran tristeza; pero es la verdad... y todo por culpa de las fábricas de moneda. ¡Ah! (con arranque oratorio, convencido de que la frase constituye un hallazgo. ¡Si yo fuera algo en la casa de Dios, ya estaría en presidio la ilustre directora del histórico colegio del Pino, por monedera falsa!

—¡Ay, pobrecita señora!

—¡Piedad, Andrés! ¡Piedad para doña Belen y sus hermanas!

—¡En presidio, sí señor, en presidio! ¿No ha de ser dolorosa para mí la contemplación de estas muchachas, de mi hermana Carmen á quien adoro...

—Ya se conoce, hijo...

—Pero, hija mía... ¡si es una cosa que salta á los ojos! Compárate con Anita, compárate, para que te persuadas de lo que te digo.

Estaba tan sencillamente convencido de poseer y decir en aquel punto la verdad entera, y tan indiscutible y aceptada por todos le pa-

recia, que sin dar importancia ni parar mientes en las tímidas protestas de la hija de Harleit, que procuraba tomarlo á broma, ni en el embarazoso silencio que invadió el salon, lanzóse con la cabeza baja, como si cargase á la bayoneta contra el eterno molino cervantesco, al asalto del colegio del Pino, cuna literaria de todas las niñas atlánticas, entonando al propio tiempo el elogio de Anita y de sus perfecciones intelectuales, con tanto brio que las palabras estallaban con los acentos belicosos de un himno guerrero destinado á encender el entusiasmo en el concurso y arrastrarlo y convencerlo hasta hacerlo prorrumpir en aclamaciones delirantes. Ella también había concluido por callar, invadida por la frialdad del auditorio, comprendiendo que era inútil todo esfuerzo para torcer la interpretación del discurso, para dar sabor humorístico y burlesco al acento convencido de Valerón, y, con los ojos en las teclas del piano, moviendo inconscientemente los dedos sobre ellas, parecía profundamente atenta á una melodía silenciosa, al diseño mudo de un tema divino dibujado

por sus dedos errantes sobre el teclado. Sobre su cabeza, la cabellera de oro enorme y pesada parecía aplastarla, doblando su cuello delgado como un tallo de trigo que se reclinara en el surco fecundo de la tierra, entregándose á ella bajo el peso de la espiga, mientras sus ojos azules, aunque fijos en los dedos, guardaban todo un misterio de visión lejana y sin contornos á la par grata y temerosa.

La voz de Andrés sonaba falsa, buscando sin encontrarlo el eco, cambiando de camino, retorciéndose y escudriñando todos los rincones, y á cada esfuerzo, el silencio profundo, frío é inerte, parecía ahondarse más, amenazador y hostil, tragando el entusiasmo del orador, sorbiéndolo como la arena estéril el agua de la fuente. Al fin, él también calló sintiendo con extrañeza que algo flotaba en el aire, invisible y sutil como el miasma, y por decir algo y quedar bien, exclamó poniendo en las palabras por vez primera un dejo mortificante:

—Todo esto es trabajo perdido. Nunca podrán Vds. entenderme.

Las mujeres se levantaban para despedirse, y entre el ruido de las sillas y de los besos de la despedida, Adelaida exclamó dirigiéndose á su hermano:

— Muchas gracias por todo, hijo mío.

Y después, besando en ambas mejillas á la huérfana concluyó:

— Chica, se te envidia cordialmente.

— Pues ¡á imitarla!—respondióle Andresito, sintiendo la agresión y acudiendo á la defensa.

— No me atrevo. Tal vez sea tarde, y, á la verdad, estoy contenta con mi humilde valor de medalla falsa. No me cambiaría por una libra esterlina.

— Pues haces mal, el cambio sube cada día.

— Bueno, bueno .. Hasta la vista. Chicas, vamos á ver si logramos pasar...

Todas rieron, hasta la misma Carmita, que sentía sus ojos llenos de lágrimas, herida en sus prerrogativas de niña mimada; pero las risas sonaron como una amenaza, un grito de alarma que rodó escaleras abajo, confundido

con el pisar atropellado de los que se despedían. Solo la Perla negra, segura de su legendaria belleza, ya fuera de concurso, pero triunfante con el diploma matrimonial alcanzado en su exposición de soltera, reía benévola y tranquila. agitando los encajes de su bata de seda blanca con las trepidaciones regocijadas del vientre.





II

SQUEL día, Pérez Porriño, después de muchas vacilaciones, entró en el despacho de Andres y, cerrando la puerta, confióle su amor por la hija de Hartleit, su propósito de hacerla su esposa y la imposibilidad en que su timidez le ponía para decírselo cara á cara.

Había pensado en el procedimiento epistolar, al punto desechado por antojársele ridículo y más que nada por creer, con la rectitud de su espíritu sencillo, que era más correcto y digno, tratándose de una huérfana, dirigirse primero á su protector.

Lo que no dijo fué que encontraba mucho más fácil hacerle tal declaración á su amigo que á Anita. Y las facilidades, á su juicio, aumentaban al recordar el papel decisivo que él, Pérez Porriño, desempeñó á ruegos de Andresito cuando nadie encontraba valor para arros-trar el continente temeroso de la terrible Bri-gadiera al declararle la inquebrantable incli-nación de su hijo al matrimonio. Aquella en-trevista, por lo mismo que no tuvo testigos presenciales y que la Señora había guardado severísima reserva, había llegado á constituir una épica leyenda, á cada nuevo relato embe-llecida y abultada, de la mejor buena fé por el protagonista, que llegó á imaginar como dichas real y efectivamente todas las palabras duras, todas las frases irónicas, todos los argumentos de orden afectivo y legal que llevaba prepara-dos ó le ocurrieron al trasponer la puerta y que nunca salieron de su pensamiento. Muchas veces, en los días dichosos de la luna de miel, su amigo y la Perla negra se regocijaron con el pintoresco relato de la tremenda batalla y le dieron las gracias conmovidos por la parte de

felicidad que le debían. ¿Cómo podían haberlo olvidado? El servicio que ahora solicitaba, siendo del mismo género, mucho más fácil le parecía de realizar. ¿Cómo habían de negárselo? Imposible.

Además, y esto apenas pensado lo rechazaba con indignación, aunque Andrés hubiese recogido y amparado á la huérfana con el mayor placer, no por eso dejaba de representar un sacrificio para los esposos... no precisamente en el orden material... ¡cuidado con eso!... sino por otras muchas y ociosas razones, como eran la preocupación del porvenir de la chica y hasta la molestia que había de producirles en la intimidad de aquel matrimonio, que arrasaba por todas las habitaciones de su casa la eterna luna de miel, la presencia inevitable de aquel testigo enlutado y triste. ¿Y qué satisfacción no sería para Valerón entregar el tesoro de su amigo muerto trágicamente, aquella Hartleit, como Andrés la llamaba olvidado de su nombre de mujer, al otro amigo y confidente, cuya bondad y honradez conocía, virtudes tan grandes que muchas veces fueron tema rego-

cijado de bromas y burlas inocentes, ahora en camino recto y seguro de ganarse el pan nuestro de cada día, gracias á los servicios prestados al partido dominante en la defensa de mesas electorales procesadas por papeleta de más ó de menos y á la promesa que en pago de ellos le hicieron de nombrarle secretario de la Delegación gubernativa?

Andrés había escuchado el discurso, abismado en el sillón, de espaldas á la luz, los ojos ligeramente entornados, siguiendo las espirales del humo de los cigarrillos, encendido uno en la colilla de otro, apretando convulsivamente con la diestra mano un cuchillete inofensivo de hueso. Al principio, su impresión fué de asombro. Nunca había pensado que Pérez Porrño tuviera corazón, ni que ninguno pudiera disputarle la tranquila posesión de la Hartheit.

—¡Pero, hombre...—exclamó,—pero hombre, si eso no es posible!

Y como el otro quedase sobrecogido, con la boca abierta, tan expresivo era el acento de Valerón, pensando y buscando la causa de la

enormidad de su propósito, Andrés hubo de completar la frase, mintiendo para justificar su asombro.

—No, no lo digo por tí. Dígolo por ella. ¿Qué encuentras en ella que te seduzca? Si apenas es mujer! Si es fea, si señor, fea! Y además, pobre!

Y Pérez Porriño, aliviado en sus aprensiones al saber la causa de la imposibilidad, confesó, cediendo como siempre al ascendiente que sobre él ejercía su amigo, sobre todo en cuestiones de estética femenina, que efectivamente la chica nada tenía de hermosa, sin llegar á la categoría de fea rematada; pero que él no estaba en disposición de pretender sino una mujercita modesta, una hormiga *comecho-sa* que se deslizase tímidamente sin ocupar mucho hueco en el hogar por demás estrecho de sus padres.

—Tú puedes aspirar á todo,—interrumpióle bruscamente Andrés, apartando el cigarrillo de la boca.

—¿A todo?—repitió el otro, sin entenderlo bien.

—Sí. A toda mujer, por alta que se encuentre.

Y con gran calor, donde, conmovido Pérez Porriño, creyó ver palpitar por vez primera la amistad grande que Andrés le profesaba, hizo el elogio de sus cualidades, pintó la nueva vida social sin barreras que separasen las clases ni las fortunas, las exigencias prosáicas de la vida, la fecundidad desesperante de la raza atlántica, las necesidades aumentadas á cada nuevo hijo, la miseria y la desesperación, la muerte de la ilusión y del cariño... hasta la responsabilidad... ¡si, la responsabilidad!... del fundador de una familia sin medios para afrontar serenamente el porvenir.

Porriñito estaba aterrado. Andrés se crecía, envuelto como Jehovah en la nube azulada del cigarro.

Luego, cambiando de dirección y de tono, confidencial y paternalmente, hablóle de la realidad prosáica, como hombre ducho y desengañado. Ya él había pasado la edad de las ilusiones, el color verde no existía para él sino en los trigos y eso como color de transición

para llegar al amarillo de la espiga dorada. El matrimonio, sin ser exclusivamente un negocio, no era tampoco una simple y torpe aventura galante realizada al son de una guitarra. Las cuerdas tirantes se rompían al fin y al cabo, y quedaba la caja muda como una cuna vacía que ocupaba las manos de la pareja, inútil y molesta, sin atravesarse siquiera á arrojarla por el suelo. En su situación, que, sin ser de apuros, no era muy desahogada, debía con tacto y prudencia exquisitos *aunar*... eso es, *aunar* las dos tendencias y, sin prescindir del elemento amor, buscar el otro de la fortuna, como un seguro para la vejez y para el porvenir de la prole. Y como Pérez Porriño, quebrantado en su propósito, solo acertaba á murmurar... «¡pero hombre! ¡pero hombre!»... el otro, poseído de repente de fiebre positivista, llegó á citar nombres de muchachas disponibles, á discutirlos, á pesar sus cualidades, á desnudarlas brutalmente, á calcular su fortuna y hasta las probabilidades de heredar en más largo ó más corto plazo.

Las palabras se seguían atropelladamente,

brotaban las ideas con brusco fulgor de chispas, animábase su rostro, brillaban sus ojos, y en la diestra el cuchillete de hueso tomaba apariencias fulgurantes de espada exterminadora. Y mientras tanto, allá dentro, en el cráneo, una voz interna que le recordaba el acento de Hartleit le animaba y le excitaba gritándole como el ginete á su caballo:— ¡Defiéndela! ¡Defiéndela! ¡Es tuya!

De golpe, se puso en pié y comenzó á pasear febrilmente. De pronto había comprendido que la quería.

Sin embargo, Pérez Porrino volvía de nuevo á la carga, sacando nuevos argumentos de las propias razones expuestas por su amigo. Cegábale, sin duda, y lo decía sin hipócrita modestia, la vieja amistad; él era y sería siempre un pobre diablo destinado á la mediocridad, al goce sencillo de las sabrosas vulgaridades de la vida, y la muchacha, *bajo ese punto de vista*, parecía el ejemplar femenino más perfecto para realizar su propósito. Aquella niña no tenía aspiraciones; modesta y sencilla en su exterior, guardaba un espíritu sin

fiebres pasionales, dúctil y flexible, sin haber sufrido con las visiones de la fantasía romanesca... una cocinera con las manos aseadas...

—Tú no la conoces,—interrumpiéndole con mal disimulada ironía Valerón tercero.

—¿Cómo que no la conozco? ¿Acaso has descubierto en ella alguna mala cualidad?

Y como Andrés callaba, envolviéndose en la nube de humo, de nuevo hundido en el sillón, de espaldas á la ventana, Pérez Porriño continuó en el desmenuzamiento de las cualidades de la chica, coronando su oración con un epílogo que traía preparado, en el cual pintaba la felicidad idílica de su futuro hogar, la vejez tranquila de sus padres que morían paralíticos arrastrados piadosamente al sol en un sillón de ruedas por sus nietos, mientras la Hartleit tocaba al piano los valeses de los Sobrinos del Capitán Grant,—su música predilecta,—y él despachaba una causa ruidosa destinada á hacer llorar á los miembros del Jurado forzándoles á una absolución.

Todavía Andrés no había llegado á tal grado de sugestión, todavía encontraba nuevos re-

cursos y argumentos para disuadir á su amigo. Ahora, bajo la presión de la angustia que le torturaba el corazón, cedía cobardemente y esparcía ante los ojos de su amigo el secreto de su infelicidad doméstica. —¿Creía Porriñito que él, Andrés Valerón, era feliz en su matrimonio? —Mentira todo... todo! Él era tan infeliz como el resto de los mortales, solamente que ninguno lo confesaba por orgullo. Y no sería en su caso por falta de amor ni de belleza en su mujer, ni de excelentes cualidades, ni de fortuna. *Porriño protestaba á cada suposición*. Era simplemente porque la vida es así, porque no hay ilusión que resista al contacto diario de dos seres cuyos espíritus se alejan con repugnancia invencible cuanto más se conocen y tocan las necesidades asquerosas de la materia en la repugnante promiscuidad de los cuerpos. Él mismo entendía en aquel trance lo mezquino de su conducta, su bajeza al poner de manifiesto, como los géneros averiados de una tienda, ante los ojos de su amigo, la miseria lastimosa de su hogar, la gordura creciente de su mujer que destruía la línea

elegante y poética de la novia, el embotamiento del espíritu sorbido por las molestias del embarazo, la repugnancia y el hastío durmiendo bajo las sábanas del lecho monumental de caoba soñado un día como nido de amores y de ilusiones eternas; pero aun entendiéndolo, cedía al impulso de mostrarlo todo, movido por el afán de matar los deseos de su amigo, de defender á su Hartleit y con ella su nuevo sueño de amor espiritual, ya cansado de la posesión de la carne, sintiendo, como otras veces sentía al alcanzarla, la necesidad de huir, de arrepentirse ó de golpear á la hembra mansa y dócil que sufrió sus caricias, oponiendo á las formas opulentas de sus ídolos pasados, el contraste de aquel otro cuerpecillo de niña en que toda la materia parecía reducirse al minimum para condensarse y estallar solamente con brusca florescencia en la masa dorada de la cabellera, como una aureola que brotase coronando su espiritualidad. Lo que él no entendía entonces, ni entendió nunca, fué que en este caso, como en sus anteriores aventuras, como cuando cambiaba de aficiones y estudios, eran su deseo volun-

tarioso de niño mimado, su volubilidad de carácter y sus sentidos sedientos del eterno femenino los que despertaban la energía para la lucha, el dolor en las heridas, la ceguera heroica para el asalto, el hastío mortal después de la victoria.

Pérez Porriño, con la cabeza baja, chupando melancólicamente el puño del bastón, tuvo entonces un gesto resignado de náufrago que se arroja al agua sin saber nadar, á tiempo que empezó á decir:

—Todo eso debe ser verdad y te agradezco que me lo hayas dicho. aunque me ha producido mucha tristeza. Cuando tú, rico, noble, inteligente, casado con un ángel de bondad y de hermosura no lograste la felicidad, ninguno podrá alcanzarla. Hay que resignarse. Ahora entiendo que debes quererme mucho cuando tales y tan íntimos secretos me has revelado para apartarme de la tentación. Nunca lo olvidaré. Pero, ahora verás lo curioso y que tú seguramente con tu talento natural habrás previsto: todo eso, antes que desviarme de mi propósito, me lleva á él. Nó diré que con entu-

siasmo y con las ilusiones de antes; pero sí resignado. Puesto que á todos les pasa lo mismo, puesto que no hay ilusión que resista al matrimonio, haré como todos hicieron resignándome á esa tristeza por anticipado. ¿Por qué he de ser tan vanidoso que imagine exceptuarme al común destino? En medio de todo, consuélame la idea de que no voy á él irreflexivamente, cegado por el brillo de la hermosura, sino seducido por el equilibrio admirable de su espíritu, por su insignificancia misma, por su apariencia de ama de casa silenciosa y valiente. Sobre esto me parece que no debo temer el desengano.

¡Todo habia sido inútil! Palabras, consejos, argumentos amañados hipócritamente, hasta el sacrificio de su dignidad de marido al revelar el secreto vergonzoso de su hastío incurable; todo habia resultado inútil ante la decisión del pobre mongólico, cansado de que el amor le rondase de continuo tomándole por confidente, decidido ya á ser actor en sus dramas como en sus sainetes.

Pérez Porriño se despedía en la puerta, lan-

zando tímidas miradas á las ventanas y, en aquel punto, su rostro reveló una suprema angustia, y agarrando la mano de aquel á quien quería como á su hermano mayor, con voz suplicante, díjole:

—Defiéndeme, Andresito, acuerdate que yo también te defendí. Y sobre todo,—añadió con admirable inocencia,—no te acuerdes de mí ni de mi conveniencia: acuérdate de ella, de lo que pueda ganar al casarse conmigo. Ponte en lugar de su padre y aconseja, como él de seguro hubiera aconsejado.





III



ANDRÉS volvió lentamente á su despacho, cerró con llave la puerta, permaneció por un momento indeciso, perdido en la humareda azulada de los cigarrillos, y de pronto, cediendo á uno de esos impulsos á que nos arrastra el instinto histriónico aun cuando no tengamos otro público que la propia conciencia, se abalanzó á la mesa, tomó el inofensivo cuchillete de marfil y con ímpetu violento lo rompió, hiriendo de punta, contra el lomo lujosamente dorado del Diccionario enciclopédico. Instantáneamente entendió la ridiculez del ac-

to y arrojando el mango, empezó á pasearse de uno á otro extremo de la habitación.

Era necesario pensar con calma, desconfiando del irreflexible impulso primero, hacer examen de conciencia, ver claro en el interior de su alma.

— Eso es — se decía, — necesito ver claro.

Que la quería, que la adoraba, era inútil discutirlo. Hasta entonces no había definido aquel sentimiento que sucesivamente le hizo abandonar su vida antigua, sus hábitos de desertor de la casa, para infundirle la pasión de aquellas veladas junto á la mesa de la biblioteca ó delante del piano. Hasta había creído, tal vez había fingido creer, en el renacimiento de su antigua afición musical cuando se retorcia sobre los bancos del quinto piso del Liceo, mortificando inconscientemente con pellizcos las piernas de sus amigos. Era necesario hablar con sinceridad: no eran la música, ni la literatura, las causas que le hacían mirar con impaciencia febril el reló en espera de la hora de la cena espiritual; era ella, era Hartheit, su espiritualidad inmensa, que no cabía

en el cuerpo mezquino y se echaba afuera en la mirada vaga de sus ojos azules, en la florescencia formidable de sus cabellos de oro. Tal vez era algo más: tal vez era su propio cuerpo endeble de adolescente, la línea airosa y gentil de aquel precioso juguete, tal vez era, como en todas sus aventuras, su carne firme de niña en oposición á las otras opulentas, vencidas por el impio trabajo de la maternidad y de la caricia, pidiendo al corsé y á la faja tutores para sostener la curva clásica de la línea femenina. Pero nó; él protestaba contra aquella idea sensual. Era el espíritu, la identidad de sus dos almas, la que los unía en la comun tarea, era la gemelidad prevista por el boticario y que llegaba al fin fuera de hora, llamando á la puerta, pidiendo albergue, reclamándolo á nombre del parentesco. Aquello era suyo y tenía hasta obligación, deber estrechísimo de defenderlo.

¿Quién la había ido á buscar sino él hasta la inmunda vivienda del Cabo? ¿Quién pensaba en la pobre Harleit que agonizaba en la escuela de doña Gumersinda y en la casuca de

doña Florentina? Cuando él salió de Atlántica todo aquello estaba decidido en su conciencia. Tal vez no lo dijo, tal vez la decisión no llegó á adquirir forma; pero indudablemente iba dentro de su cerebro. Lo demás era accidental, ridículo: su nombramiento amañado de Diputado provincial, las sesiones y las componendas con los palmeros, el voto decisivo del Gobernador viejo y pintado... El móvil de su viaje fué la toma de posesión de la huérfana. Todo lo hizo la providencia.

Y ahora llegaba Porriñito con sus manos lavadas, con su faz mongólica, aplastada como la de una figura de barro á la que, húmeda aún, hubiese aplicado el escultor una palmada, tocado del afán de ridiculizar su obra, ahora llegaba reclamando la posesión de la joya por él descubierta y conquistada! ¿Con qué derecho? Con el derecho estúpido sancionado por los siglos, del hombre, del gran mercader, que acude al bazar de vírgenes y escoje sin consultar su gusto ni su voluntad, pagando el precio con un misero puchero.

Y el pensamiento de Hartleit, aquel deseo

puramente altruista de gastar su existencia en preparar la senda á su hija para que no cediese como tantas otras á la tentación del puchero ofrecido por la mano del primer solicitante, surgió de sus recuerdos. Pues el padre no pudo realizarlo, él lo realizaría. Todo era cuestión de dote y él sería rico á la muerte de su madre y entonces... entonces se vería.

Una ráfaga de sinceridad echó por tierra el artificio de sus ideas: aquello era falso. Lo que él anhelaba era una tregua, buscar un pretexto para desechar á Porrinito, ya que no había podido disuadirle; después, y con otro, el conflicto sería el mismo, sería más grave. Ninguno de sus amigos llegaba á la perfección angélica, á la pureza y á la hombría de bien del desdichado mongólico.

—¡Calma, calma!— repitió— es necesario ver claro.

¿Qué era lo que él pretendía? ¿Qué soñaba ó á qué aspiraba? ¿Qué esperanza tenue aleteaba en su espíritu? El no había de intentar la seducción de la mísera criatura, casi una niña, por los métodos vulgares, fascinando sus senti-

dos y pervirtiendo sus instintos. El adulterio dentro de su propia casa era una asquerosidad; el pensarlo solo resultaba odioso, y además imposible: aquella muchacha, aun ignorando la táctica del asedio amoroso, era inexpugnable á toda sorpresa sensual; allí el sexo solo estaba definido por la fragilidad del cuerpecillo gentil que parecía reclamar el apoyo y la protección del hombre, padre ó hermano mayor, antes que rendido amante. Por ninguna otra parte aparecía la hembra pasional, y era necesario que la obra artística, música ó literaria, la poseyera para que su rostro se transformase, llameasen sus ojos azules entre las pestañas doradas. palpitase apresuradamente el pecho, se erizase la triunfal cabellera, y sus dedos, por hábito inconsciente, se moviesen como si sobre un teclado invisible trazasen el diseño de una frase divina que ella sola podía escuchar.

• Andrés se detuvo frente á la ventana, sintiendo de pronto que la verdad le habia rozado al pasar, que algo flotaba ante sus ojos, todavia vago é indiciso como las nubecillas azuladas

del humo, pero capaz de condensarse en una revelación súbita de la realidad. Instintivamente cerró los ojos y juntó las manos como si pretendiese meterlas en la masa y bajarla hasta reconstituir la perseguida forma que rebelde escapaba entre los dedos. Y era ella, Hartleit, la que surgía en éxtasis artístico, con leve y precipitada agitación de las ventanas de su naricilla, los ojos deslumbradores echando afuera la llamarada del incendio interno, los delgados labios entreabiertos, detrás de los cuales asomaban apretados y apiñados los dienteillos blancos, el busto inclinado hacia adelante como si fuera al encuentro de algo desconocido que se acercara, los dedos diminutos febrilmente empeñados en el silencioso diseño de la frase melódica que cantaba en la altura y que ella sola podía apreciar, frase divina é intraducible que erizaba la masa dorada de su pesada cabellera dándole apariencias de espléndido nimbo.

Era ella, era su Hartleit, cada vez más precisa y clara á su espíritu romántico y superior —¡superior, esa era la verdad!— era una nueva

é inesperada modalidad, la hembra tentadora, la eterna Eva triunfante, la encarnación de una promesa indefnida, pero inmensamente hermosa, de amor. ¿Cómo no la había conocido antes? Sin duda sus sentidos imperfectos estaban impresionados por la imagen diaria de la muchachita que corría afanosamente como una dueña discreta, metida en el hábito negro, de una á otra habitación, acompañada por el metálico sonido del manajo de llaves que le cediera la Perla negra deseosa del reposo, buscando alivio y ocultación á sus prosáicas molestias en la alcoba. Él la había mirado como se miran los seres familiares y le había parecido fría, enclenque, sin idea del tormento pasional, ignorante del amor, tan poco mujer que el sexo apenas se definía por la propia debilidad del organismo reclamando el apoyo fraternal del hombre. Y ahora, de pronto, tentábale inquietamente su imagen como un misterio luminoso, como unos brazos extendidos que aguardasen por el peregrino anunciado para cerrarse alrededor de su cuello, cantándole al oído, á solas, la estrofa epitalámica que sus dedos silencio-

samente diseñaban sobre el teclado ausente.

¿Quién sabe si Pérez Porrino, el despreciado ser sediento de amor, había como él descubierto aquella maravilla? Ahora recordaba las largas veladas en la biblioteca, en aquel salón alto, con vistas al mar y al puerto, y á las cuales nunca faltó, tímido y silencioso, el mongólico. A él le recordaban las otras veladas, las veladas orgiacas de doña Gertrudis, cuando ante el mismo testigo inofensivo y desconsolado, hacían gala de su pasión, encontrando en la presencia del muchacho un incentivo más á las invenciones diabólicas de la viuda del Comandante Moralino. Había creído que la escena se repetía con distinta inspiración y distinta dama; y ahora, de pronto, se daba á pensar si era él el testigo desesperado, si era el mongólico el héroe de la aventura, si ella, heredando el instinto paterno, buscaba el alma gemela rompiendo la fealdad del cráneo porriñesco y persiguiéndola hasta los antros virginales, riquísimos en deseo, en sencillez adorable, en pasión fuerte y vigorosa nunca gastada inútilmente como la pólvora de Va-

lerón III en fuegos artificiales, y si él, Andrés Valerón, el triunfador de dona Mercedes y de la Perla negra, había envejecido perdiendo el sentimiento de la realidad y del tiempo, sin sentir la ridiculez inmensa del sello de casado descontento, perseguidor de carne fresca, tendiendo sus labios, donde aun hormigueaban los besos de su mujer, como una grosera tentación, al espíritu delicado de la Hartleit.

¡Ridículo! ¡Ridículo! Él no era ya el vencedor de las dos codiciadas fortalezas; fué otro Andrés, joven, fuerte y soltero. Hoy le faltaba la sinceridad, brindaba caricias, amor, con los mismos ademanes, con las mismas palabras aprendidas en el escenario de sus antiguos triunfos amorosos, y al brindarlos lo hacía tímidamente, huyendo del escándalo, temeroso de que su mujer lo supiese, sabiéndose capaz de caer á sus plantas y de pedirle perdón ante el temor de perturbar el orden admirable de la sociedad y de destruir la paz egoísta de su vida.

—¡Ridículo! ¡Ridículo!

Una desconfianza inmensa de su poderío le poseyó repentinamente.

El recuerdo de su padre y de su abuelo, de aquellos grandes conquistadores que al morir le legaron su tremenda herencia, trájole á la memoria la maldición bíblica perpetuándose al través de las sucesivas generaciones. Aquella fortuna que había sido origen de goces inefables y de orgullo para sus antecesores, nobles brutos, hermosos y fuertes que triunfaron en la llanura sin meterse en la intrincada selva psicológica, llegaba á sus manos transformada. Para él la herencia se había complicado: la conquista y la posesión en plazo más ó menos largo, habíale dejado siempre el anhelo de lo desconocido, el arrepentimiento del hecho, el desprecio, cuando no el asco, á la hembra sumisa. Y ahora, ya viejo, sucumbiendo bajo el sello matrimonial, entendía la causa: él era un espiritual, mal que pesase á su historia; había querido llegar á la posesión inefable del alma femenina y solo había sentido hasta entonces su aleteo mientras sus manos al buscarla tomaban la apariencia

de garras enclavándose amorosamente en la forma corporal.

—¡Ridículo! ¡Ridículo!

Era necesario resignarse, ceder el paso á los jóvenes y á los útiles. Como los primeros actores á quienes sorprende la ronquera antes de haber asegurado la fortuna se deciden á desempeñar los papeles de *barbas*, él también en aquel momento se resignó á abandonar el bello sueño del amante por el de padre noble y generoso. Era necesario apoyar la pretensión de Pérez Porriño. Y un pensamiento vengativo cruzó por su mente:

—¡Mejor! ¡Ella también será desgraciada! ¡Todos desgraciados! ¡Todos! ¡Tampoco en este caso se realizará la gemelidad de las almas! ¿Pero qué les importa? Las mujeres no buscan sino un marido. ¡El puchero, Hartleit, el puchero!

Los ojos le escaldaban llorosos. Pensó que era el humo del cigarro y lo apartó de la boca. Pero no; las lágrimas no se fraguaban afuera, venían de dentro, del fondo desconocido, atropellándose, sollozantes y así le tum-

baron los brazos sobre la mesa, los ojos en las manos, la cabeza convulsa por los sollozos, llorando sobre su juventud muerta, sobre su inutilidad ridícula, sobre el fantasma ideal, sutil que se desvanecía en la densa humareda que llenaba el despacho.





IV



or la noche en la biblioteca, un salón con puertas y ventanas á la azotea, desde donde se descubre abajo el barrio nuevo, enfrente el mar y por la izquierda la masa sombría de la Isleta iluminada en su base por las lucecillas del Puerto, permanecieron los dos, largo rato silenciosos, sin decidirse á la separación.

Sentada ella junto á la mesa cubierta de libros y periódicos, frente al círculo luminoso de la lámpara, tenía los ojos fijos en el plano, en cuyo atril dormía el tomo abierto de

las sonatas de Beethoven. Él, á su espalda, apoyado contra los cristales de la puerta, contemplábala á distancia, inmóvil, los brazos cruzados sobre el pecho, las cejas fruncidas por el esfuerzo tenaz de la mirada.

Había esperado hasta última hora, retardando el momento de hablarle y al fin era necesario decirlo, narrar los hechos con palabra serena, hacer la proposición de Pérez Porriño y hasta defenderla si preciso fuera, cumpliendo como amigo y representante del padre muerto, sacrificando todo lo que hasta entonces había flotado vago é indeciso ante sus ojos y que desde la mañana se precisaba personificándose en el contorno dolorido de su propio ser de rodillas, los brazos extendidos desesperadamente hacia la sombra fugitiva que escapaba sutil por los espacios, coronada por la aureola espléndida, cegadora, de la pesada cabellera rubia.

Su voz sonó de pronto enronquecida, extremadamente desfigurada:

—Tengo que decirte una cosa, Hartleit.

Ella volvió la cabeza, quedando por lo

mismo de espaldas a la luz, el rostro en sombras. Los cabellos, heridos por la fulguración de la lámpara, rodearon su cráneo como un nimbo luminoso y en los ojos, como en la superficie del agua más oscura, chispearon reflejos inquietos y fugaces.

Andrés tosió como si quisiese arrastrar una pluma atravesada en su garganta y repitió la frase.

Era una cosa importante de la cual dependía la felicidad de todos, sobre todo de dos personas, sobre todo de ella... y ella había de decidir.

Los puntos luminosos que navegaban en las pupilas vacilaron bruscamente apagándose y encendiéndose. Hubo un ligero estremecimiento de todo el cuerpo y después una inmovilidad absoluta reveladora de una atención profunda. En el fondo de su alma una voz había clamado:

—¡Ya!

Ella también esperaba, esperaba algo que había de venir de lo desconocido y abrió de par en par las puertas de su alma para darle

entrada. Después, y sintiendo la necesidad femenina, especie de pudor, de ocultar el pensamiento como una desnudez vergonzosa, respondióle sonriendo, sin que el timbre de su voz se cambiase:

—El destino está detrás del telón de foro... Vd. lo anuncia. Que pase el destino.

—Mira, hija mia, no es cosa de reír. Esto es muy serio.

—No me río, no, Andrés. He conocido al punto que *eso* que Vd. va á decirme es decisivo y grave... y... mire Vd., toque Vd. mis manos: frías... frías... como hielo. Vd. perdone que bromease antes.

Era que se arrepentía y se avergonzaba de su ocultación, aun teniéndola por inofensiva. ¿Para qué ocultar su zozobra ante los ojos de Andrés?

Y los dos junto á la ventana, las manos en las manos, permanecieron mirándose de frente, ansiosos y sinceros.

—Pues mira, chiquilla, —díjole al cabo, —la cosa bien mirada no es para tanto, y aunque no debe tomarse en broma, tampoco es para tem-

blar y sentir frío de muerte. Tienes heladas las manos.

Y entre las suyas temblorosas friccionaba lenta y cariñosamente los dedos delgados y un poco largos de la muchacha. Al fin continuó, mientras ella se obstinaba en mirarle silenciosa:

—Se trata de que el destino se acerca como tú decías. Se acerca en la persona de un amigo nuestro que trae entre ambas manos y sobre su cabeza el puchero con que los hombres de orden tientan hoy la fantasía de las niñas casamenteras, jóvenes y bonitas. La lira clásica ha degenerado en cacerola.

Bruscamente entendió ella con su fina perspicacia de hembra, al propio tiempo que dentro sintió la impresión de un golpetazo brutal, como el de una puerta que se cierra para impedir la entrada al caminante. Sus manos se deshicieron de las de Andrés y, apoyando la frente sobre los cristales, fijáronse sus ojos en el hueco sombrío de la noche. De nuevo aquella sensación de pudor, la necesidad de ocultar el pensamiento como una desnudez la hizo ex-

clamar fingiendo una alegría que ni ella misma supo después de donde pudo sacarla.

—No se ría de las pobres, ni de las feas, Andrés... y hable clarito para entendernos, porque la cosa me parece grave. Ese puchero huele desde lejos á matrimonio.

Y mientras él, engañado por el tono festivo, veía deshacerse su última esperanza y con palabra torpe y seca que se resentía de falta de saliva en la boca contaba la aventura, ella, con el alma como los ojos hundidos en la sombra, lejos de su amigo y de la biblioteca, transportada á la botica de Santa Cruz y á una época ya remota que la envejecía inmensamente, evocaba la visión de su edad infantil. De vez en cuando las palabras de Andrés llegaban á su oído distrayéndole y dándole el sentimiento de la realidad, como el golpe monótono de un reló que turbara el ensueño, trayendo fatalmente á la conciencia la noción cruel del tiempo.

Era el eterno cuento de hadas, la novela no escrita, pero imaginada y guardada en la biblioteca romántica de las vírgenes soñadoras:

era la eterna imagen, propiedad de todas y por cada una tenida como creación propia y originalísima, del Príncipe deseado, que en este caso surgía vistiendo la americana populachera y mostrando las finas facciones hebráicas del joven Isaac, representadas en una fotografía que llevaba al dorso una dedicatoria al padre. Aquel retrato, que databa de la época estudiantil y que el boticario había colgado en su alcoba junto á los de la familia, fué para ella la primera prenda de amor. El propio Hartleit, con su adoración ciega por el muchacho á quien tenía por hechura de su espíritu, con su charla incessante y con sus frases de admiración hacia aquella naturaleza privilegiada, había dado principio á la novela, cuyos capítulos fabricaba ella con lances imprevistos inspirados en el canon común de las novelas amatorias. Un día llegó á desprender la cartulina del marco y á guardarla sobre su pecho por espacio de dos horas, temblando de emoción y de miedo al pensar en el gravísimo apuro, casi peligro, de que su padre, subiendo impensadamente, descubriese la falta y su secreto.

Pero Hartleit en aquellas horas no podía separarse del mostrador y cada día repitióse la maniobra con los mismos extremos de prudencia al cerrar las puertas y de emoción profunda al sentir sobre su corazón de heroína incipiente, la frialdad del papel que poco á poco tomaba el calor de su seno infantil.

Ella lo esperaba, lo esperaba convencida del advenimiento, y ahora, con los ojos pegados al cristal, metidos en el hueco sombrío de la noche donde se adivinaba el mar y de donde brotaba su clamor ronco, creía hallarse como otras veces en su habitación de la calle de la Marina, registrando la sombra nocturna y fingiendo la novela de la llegada al vislumbrar las lucécillas de los vapores que arribaban al puerto anunciando su presencia con el lamento prolongado de las sirenas.

Tal vez la esperada carta anunciando la venida llegaba en aquel buque, tal vez él en persona, cediendo á un impulso desconocido, arribaba á la playa. dirigíase á la casa y se metía por la puerta de la Botica. Y la ilusión á prueba de desengaños renacía apenas destruida con

el último buque que entraba en puerto ó con el cartero que dejaba la correspondencia sobre el mármol del mostrador. Ya ni al mismo Hartleit le causaba extrañeza el verla entrar en el despacho para revolver las cartas, entre las cuales dominaban periódicos profesionales y una multitud de anuncios y reclamos pregonando las excelencias de la kola, de los glicero-fosfatos y de las emulsiones de aceite de bacalao, con otros nombres bárbaros que curaban toda la miseria de la humanidad doliente.

Precisamente en tal punto, Andrés detallaba con voz monótona, sin nombrarlo, las cualidades de Pérez Porriño, su inocencia, su honradez, su laboriosidad, el desconocimiento que tenía de las mujeres, aquella timidez que tocaba á los límites del miedo, la regular hacienda de sus padres, sus esperanzas de lograr el destino de secretario en la Delegación gubernativa... y á ella le parecía, en la extrema confusión de sus ideas, que otra vez, desengañada por no encontrar la anhelada carta entre la correspondencia de su padre, leía distraidamente las excelencias de un extraño medicamento, de

alguna *ina* delicada ó de algún *ol* bárbaro que curaba todos los males, cantadas en lengua prosáica por un fabricante catalán ó francés. Cuando Valerón tercero pronunció al fin el nombre del infeliz mongólico, parecióle que de nuevo surgía la voz de su padre para decirle después de la cena en el comedor silencioso:

—¿Sabes quien se casa? El pobre Andresito Valerón.

Así ahora había dicho Andrés, con el mismo tono y casi con las mismas palabras:

—¿Sabes quien es tu pretendiente? El pobre Pérez Porriño.

De nuevo el discurso de Andrés perdióse en la solitaria biblioteca. Hablaba, sin duda, de la conveniencia de aquel matrimonio, de las necesidades de la pícara vida, del porvenir asegurado, del asesinato, — así dijo y ella recordó después la palabra, — del asesinato de la ilusión para alcanzar la paz de la existencia. Perdía lastimosamente el tiempo, porque la muchacha, de frente á la sombra, tan cerca de ella que sus labios pegados al vidrio parecían

llamarla y besarla á un tiempo, obstinábase en la visión del pasado, en aquel cambio brusco de su amor para adquirir una extraña modalidad dolorosa, desesperada, que á ella entonces le pareció nunca sentida y que sin embargo no era sino una copia fiel de la actitud de todas las tristes abandonadas que en el mundo han sido.

Un día el retrato del estudiantillo cuyos ojos enamorados debieron deleitarse al fijarse en la cartulina con la visión de la cubana, apareció en el suelo, desprendido del clavo y roto cristal y marco. Nunca sospechó el boticario que su hija había provocado con toda intención el pequeño accidente; y ella, desde entonces guardólo en su alcoba, bajo su almohada, colocándolo de día frente á su silla de costura y de noche sobre sus labios condenados á la tentación del beso que se obstinaba en no darle, mientras el llanto corría por las mejillas ardientes.

Una noche lo besó. Fué lo mismo que ahora al besar la sombra al través del cristal. Nunca supo si los labios se frunciéron para besar ó se

crisparon repentinamente por el impulso del llanto; pero entonces, como ahora, un frío intenso la invadió y al separarse instintivamente del cristal, éste, convertido en espejo, reflejó con la luz de la lámpara la imagen del ser adorado que la contemplaba con aquellos ojos carinosos, mientras su palabra grave y persuasiva, donde vibraba la nota melancólica de un dolor resignado, llegó inesperadamente hasta el fondo de su alma.

Hablaba del otro, del Hartleit verdadero. del Gran Hartleit, del padre común, de su vida entera sacrificada por la pasión altruista persistente y tenaz, de abrir á su hija el camino de la vida, llevándose las espinas pegadas á los harapos de sus vestiduras. La miseria pasada, el hambre misma, eran ofrecidas en holocausto á la sanguinaria deidad del destino para saciar sus ánsias y hacerla propicia á la pequeñuela que esperaba allá en Santa Cruz inocente é ignorante la hora de la peregrinación. Él había ido á pié, descalzo, por la terrible vía; ella iría en sus brazos, sin conocer la dureza del suelo, ni la porquería del fango,

ni las punzadas de las zarzas. Sobre todo quería eximirla, librarla del tremendo oprobio de vender su cuerpo y su alma al primer solicitante que se acercase á ella ofreciéndole el misero puchero, tal vez recalentado para aquella solemne ocasión.

Lo que él, su padre, no había podido hacer, él, Andrés, lo haría. Su Hartleit pequeño, la hija legada por el viejo amigo, podía escoger marido sin ceder á la tentación apremiante del hambre. No había apuro y si aquel no le gustaba era justo esperar por otro, apoyada en su brazo, reclinada en su seno, durmiendo tranquila y feliz en aquel nido familiar reconstruido con los restos dispersos del otro. ¡Oh! Él la quería, la adoraba, reconcentraba en ella todo el afecto que tuvo al padre y como un día él le salvó, ahora él la salvaría.

¡Él la quería! ¡Él la adoraba!

¡Animábase el retrato por fin! La imagen que le devolvía el cristal agitábase persuasiva y amorosa, su gesto amplio parecía abrazarla y aunque la frase era puramente paternal, amor era y amor la hinchaba comuni-

nicándole una vibración extraña que nunca observó en las de su padre, y que la estremecía profundamente como una música embriagadora donde palpitase la nota grave y solemne de un juramento.

Y sin poder remediarlo, con súbito arranque, como en aquella otra noche ya lejana, su rostro se apretó contra el cristal y, sobre la imagen querida, fueron á posarse sus labios fruncidos por el ansia de besar y por la crispación repentina que produjo el llanto brotando de sus ojos. Pero ya éstos no divisaron la imagen; estaban muy cerca del vidrio, pegados á él, y en lugar de ella, la sombra exterior había brotado tragándolo todo bruscamente.

En ella parecía sumergida, fuera del mundo, sin conciencia propia, cuando sintió la ligera caricia de una mano que llegaba á su cuello y la otra profunda y suave de una voz que le decía.

—¿Qué tienes, Hartleit? ¿Por qué lloras? ¿Te he hecho daño, hija mía? ¡Bruto de mí! ¡Te he estado hablando de lo irremediable, de tu pobre padre, y he pretendido sustituirlo con palabras!

Ella movía la cabeza convulsivamente, diciendo que nó.

—Pues entonces, ¿qué tienes? ¿Es alegría ese dolor... es que le amas? Habla, por Dios, Ana, háblame. Me haces sufrir al verte sufrir, por mi culpa.

Entonces fué cuando ella entre sollozos que la estremecían, levantó la cabeza, mostrando los grandes ojos azules llenos de lágrimas, las mejillas echando fuego, el cabello descompuesto y erizado como una aureola gigantesca, y dijo con intenso hipo:

—Es que no quiero... no quiero... no quiero.

—¿Que no quieres casarte con Porriñito? ¿Que no quieres casarte con nadie?... ¿Es eso, chiquilla? ¿Es eso?

—Eso, eso... balbuceó la otra. ¡Con nadie!

Él, con la mano sobre su cuello, casi la tenía abrazada, atrayéndola sobre el pecho, y fué entonces cuando, mientras reía nerviosamente, sintió, como por la mañana en su despacho, pasar rozándole la verdad, un aleteo extraño que se acercaba invisible, pero imponiendo su presencia, y con feroz energía de macho domi-

nador, decidido á cogerla al paso, á encerrarla entre sus puños, poniendo en sus ojos toda la pasión de su alma, elevando el rostro de la muchacha hasta ponerlo frente al suyo, calculando friamente el golpe para tener completa seguridad, como el que da un navajazo en el corazón, díjole en voz baja y acentuada:

—;No quieres casarte con ese, porque me quieres á mí!

El rostro de la chica se transfiguró. Fué un cambio lastimoso que la hizo resplandecer á los ojos ávidos del amante, como si en ella amaneciese, y cuando dijo «eso, eso es», sintióse aprisionada entre los brazos del otro, contra su pecho, viendo con claridad pasmosa que aquel era su dueño, el señor. el único que podía defenderla ó ahogarla, según el capricho de su voluntad, con su zarpa poderosa.

La pobre Hartleit levantó el rostro. sus labios sumisos encontraron los de Andrés y sintió la impresión inefable, como un desvanecimiento, del primer beso. Él continuaba mirándola, bueno y cariñoso, como una fiera bonachona, y experimentando un súbito impulso de

misericordia, tomó entre **ambas** manos su cabeza, **besóla** repetidas veces **aplastando** sus labios sobre la masa de los cabellos, aspirando su perfume glotonamente y al cabo empujóla hacia la puerta, murmurando con frase empalagosa pero llena de sinceridad:

—Vete, alma mia, vete. Te hacía daño sin quererlo.

Después, satisfecho, orgulloso, triunfante, paseó largo tiempo por la biblioteca, fumando cigarrillos, encendiendo uno en otro, recordando las peripecias del lance, discutiendo su conducta, haciendo promesas para el porvenir, hasta que apagó la lámpara y se dirigió á su alcoba.


Al bajar la escalera murmuró como si resumiera todos sus pensamientos:

—Es un amor puramente **espiritual**. sin mezcla de bajas pasiones. Y si no, ¿quién me impidió hacerla mía **esta** misma noche?





V

os concurrentes á la tertulia, cada noche menos numerosos, despidiéronse como de costumbre, á las diez y con ellos bajó de la biblioteca la Perla negra, en la cual los achaques del embarazo se agravaban con la preocupación que desde aquella tarde la consumía, por haber descubierto un síntoma, según ella, de mucho peligro. A pesar del susto, disimuló en presencia del marido, queriendo evitarle con su bondad sumisa la inquietud que por saberlo había de torturarle.

El daño era grave. Ya al levantarse, muy

entrada la mañana, había observado bajo la piel distendida de las piernas unas líneas azules de notable relieve, cuyo diseño le recordó el trazado de los ríos sobre los mapas. Fué más tarde, después de la comida, cuando por sentir mayores molestias que de ordinario al pasear en la galería, recordó el ya olvidado incidente y, sintiendo la congoja que desde niña era su tormento ante la amenaza de una enfermedad, retiróse á la alcoba y procedió á un nuevo exámen.

No había medio de hacerse ilusiones: allí estaban las mazisas columnas dilatadas por la creciente hinchazón, morenas y brillantes, surcadas por las venas repletas de sangre perezosa, interrumpidas en su curso por nudosidades de color amoratado, amenazando con la rotura y la brutal salida á chorro de su contenido precioso.

Ella había oído hablar de muertes producidas por bruscos desgarros de las venas, por cuyas paredes abiertas la sangre corría irrefrenable en borbotón silencioso, inundando las sábanas del lecho hasta que con las últimas

gotas extinguíase la llama de la vida en un sopor dulce que engañaba y seducía á la víctima con sus apariencias falsas de sueño.

De los muchos mecanismos por ella imaginados y previstos, aquel de la hemorragia era el más horrible, puesta ya en el caso de sufrir y resignarse al contacto de la enfermedad y á la posesión de la muerte. Cualquier otro procedimiento era preferible á la brutal sangría cuyos efectos se agravaban con la tibia caricia del líquido y el color rojo de la mancha ensanchándose ante los ojos dilatados por el espanto.

Todas las horas las había pasado sudando su congoja, buscando inútilmente distracción en la charla de su madre y de sus hermanas, ya que aquella noche las melodías de Beethoven sonábanle más que nunca melancólicas y fúnebres, seguro presentimiento de una catástrofe inminente.

—¡Hemorragia! ¡Hemorragia!

Esta era palabra que constantemente sonaba dentro de su cráneo. Por eso, bajó con su madre y, en la galería, apartóla con gran sigilo

confiándole sus temores y solicitando una palabra de consuelo.

Doña Pepita sufrió un desengaño. Al cabo de las murmuraciones de la gente y metida en ellas hasta la coronilla, deseaba hallar una ocasión propicia para romper el juramento que había hecho, pensando desde tal punto en el modo de no cumplirlo, de ocultar á su pobre hija aquella infamia hasta el día del parto. Así es que la preocupación de Maria durante la velada y sus misteriosos ademanes abajo, hiciéronle temer y esperar en la indiscreción de alguna buena alma y en el término de su compromiso.

Desde las primeras palabras entendió su error y, por lo mismo, el lazo estrechísimo con que aprisionó en cuanto pudo el talle de su hija, fué lentamente aflojándose y desprendiéndose al par que su ilusión, y al fin, con voces donde á la amargura del desengaño juntábase la amenaza de su cólera, no por aplazada menos segura, procuró consolarla, riendo forzosamente de su congoja, hablándole de medias de goma y encargándole que consultase

con Pimentero para salir de dudas. Lo primero era saber á punto fijo el nombre y la importancia del daño... Despues ya se vería... Y en todo caso, aquello era nada, nada absolutamente, comparado con otros dolores y otras aficciones de la existencia.

Y hasta el patio le repitió la misma frase que sonaba como un pregón de futuras desgracias, en comparación á las cuales las varices podian considerarse como una bendición de Dios.

Apenas en la calle, colocada en medio de sus hijas y colgada de sus brazos, reventó:

—No he visto otra más boba que María... Pues no está sufriendo callada por temor á disgustar á ese sinvergüenza? Por supuesto, bien hace; porque Andrés sería capaz de alegrarse pensando en las probabilidades de enviudar. Y esa maldita chicharrera, alemana de todos los demonios, espiritista condenada...

—¡Jesús, mamá!

—¿Quién sabe si no será cierto?

—¿Tú también? Cierto, ciertísimo... como estarlo viendo...

Y así continuó hasta llegar á su casa, y siguió mientras tomaban el té, y persiguió al tétrico procurador hasta que su inmovilidad absoluta le convenció de que dormía.

Mientras tanto, ellos, desde que quedaron solos en la biblioteca, levantáronse prestando oído á las voces que se alejaban, después el murmullo lejano que subía por el hueco de la escalera. Sonaron los besos de la despedida, una voz se alzó á última hora desde el patio y, por último, sonó el timbre y golpeó fragorosamente la cancela. Estaban solos y entonces acercáronse de puntillas, ella abandonando la banqueta del piano, él los periódicos que ojeaba para disimular su impaciencia, y se abrazaron de pié en medio de la estancia. Un abrazo silencioso, prolongado, profundo, por el cual Anita parecía refugiar su cuerpecillo de adolescente contra el cuerpo de Andrés, mientras éste, desde arriba, inclinando su rostro, besábala lentamente, hundiendo su boca en la masa dorada de la rubia cabellera.

Así estuvieron por mucho tiempo, aislados de la realidad; él, orgulloso de sí mismo al

sentirla pequeña y débil contra su seno, tan dócil á su deseo y tan sumisa á su voluntad que bastaría una palabra para que se entregase y, sin embargo, protegida contra el peligro por lo que él enfáticamente llamaba su deber. El elástico concepto de la palabra se alargaba y deformaba á su gusto, dando albergue á las más extrañas teorías, ideadas con la mejor buena fé, para tranquilidad de su conciencia y, según las cuales, y este era el término de todos sus razonamientos, la sombra venerada de Hartleit padre, debía estar en tal hora bailando de regocijo en su tumba al enterarse de la situación de su hija y la masa fecunda de la mujer oficial no tenía derecho para afligirse ni indignarse aun sorprendiéndoles en aquella actitud.

Era necesario distinguir entre el amor brutal de los sentidos y aquel dulce consorcio de los espíritus. Cierto que había de por medio al abrazo y el beso que á pesar de todas sus argucias filosóficas no podía hacer entrar en la categoría de manifestaciones espirituales; pero bien pudieran permitirse como medios de

expresión y hasta de comunicación de las almas, como la pluma y la lengua lo son del pensamiento. En fin, que en la dinastía conquistadora de los Valerones, él, Valerón III, pasaría á la historia con el sobrenombre de el platónico.

Todas estas razones, y muchas más, destinadas á afianzar la paz de su conciencia, forjábanse durante los largos ocios del día, cuando encerrado en su despacho, estéril para la producción literaria, permanecía ante las cuartillas blancas de papel fumando cigarrillos. Eran ideas para su libro: la forma vendría fácilmente una vez fijo el pensamiento, y aquella vagancia intelectual, grata á su espíritu, disculpábase así con los caracteres de necesaria preparación para el trabajo. Pero, pasados pocos días, cuando quedaban solos por la noche en la biblioteca, la espiritualidad sufría rudas crisis al contacto tentador de la carne juvenil, sumisa, que esperaba una sola palabra para ofrecerse abrasada en el afán de sacrificios imposibles, de vencer obstáculos formidables y derribar muros de conveniencias y de honras para probar la inmensidad de su amor, aque-

lla inmensidad que era la única justificación de la falta entrevista confusamente.

Aquella noche, la tentación era más intensa que nunca; la sangre de los Valerones al correr amenazaba arrastrar como un pecio lamentable el sobrenombre de Platónico, y mientras paseaban del brazo en la azotea, ante la biblioteca, como otras veces, su espíritu se distraía rebelde, sin escuchar el murmullo de la vocecita de Hartleit, ni deleitarse como otras veces empalagosamente con la fulguración de las estrellas, ideando el lance soberano de que ella le adivinase al fin y de ella partiera el ofrecimiento del cuerpo con desenvoltura que él imaginaba sublime, obligándole, por así decirlo, á faltar á su deber, vencién-dole y forzándole la voluntad, echándole á los ojos la arena de la tentación, causa de todas las cegueras amorosas. Así no había responsabilidad moral.

Una irritación sorda é injusta le hacía enmudecer, mientras ella contábale risueña su novela de niña, la historia de aquel retrato guardado sobre su seno, lo único que con ella no había perecido entre las llamas que con-

sumieron la fortuna de Hartleit. El retrato, desde entonces, era un símbolo: un pedazo de papel que había resistido á la ruina total, salvado por ella, ¡por ella sola! Aquel retrato, envuelto con hojas de rosas en un saquito de franela, colgaba todavía de su cuello como un escapulario. Habíalo así resguardado durante su permanencia en la casa del Cabo, en aquellos días horriblemente tristes y abominables, bordando la cubierta por la noche á la luz del quinquet mientras la sorda divagaba monotonamente consumida por la manía curialesca.

Y con ademán rápido, en el cual no entraban para nada la coquetería ni la malicia, entreabrió la blusa negra y apartando la tela blanca de la camisa que asomaba en el fondo, tiró de un cordón y puso en manos de Andrés la reliquia caliente con su propio calor, conservando el perfume de su cuerpo y el de las hojas de rosas.

Estaban junto al pretil de la azotea, apoyados sobre el muro y hablaban en voz muy baja. Él la miraba fijamente, pretendiendo, en su entusiasmo por las nuevas ideas, imponerle su voluntad y transmitirle su deseo, aquel deseo

voluntarioso que ahora le atormentaba de poseerla, de registrar el misterio de su cuerpecillo gentil sin solicitarla ni violentarla, cediendo al deseo de ella que se ofrecía en un raptó sublime de abnegación y de amor.

Pero sus almas, aun dentro del nido común en que se juntaban, estaban muy distantes. Ella, con los ojos fijos en la lontananza de los horizontes, escapábase á otros sitios y á otros tiempos sin sospechar la angustia del alma gemela que vanamente suspiraba por penetrarla é invadirla con la comunidad excelsa del apetito amoroso. Asi por lo menos pensábalo Valerón, que mas atendía á su pensamiento que á las palabras de la chica, lamentando con sarcasmo empalagoso su miseria: ella decía que le adoraba, que adivinaria sus menores deseos y sin embargo, su alma tenía sed y hambre, pedía li mosna desde el abismo, y la otra, el alma gemela, á su lado no escuchaba su grito ni entendía su angustia. Estaba visto: las almas estaban condenadas á vivir eternamente unas frente á otras sin llegar á entenderse.

Hartleit seguía echando afuera todo lo que

había callado; ella esperaba siempre, siempre, aun en la miseria lóbrega de la casa del Cabo. Cuando él conociera su desgracia, escribiría, tal vez vendría... en cualquier hora fugaz del tiempo tendría lugar el arribo, la entrada triunfal por la puerta. Y comenzó de nuevo la paciente espera, el atisbar la entrada de los buques, el despertar por la noche á la ronca voz de los silbatos de los vapores. Pensó escribirle y contarle su situación, hasta tuvo escrita una carta; pero aquello le pareció indigno de su fe, era como violentar el destino marcándole de antemano el sendero y no era ese el caso, nó. Él vendría al fin, y al fin llegó.

Poco á poco, el silencio obstinado de Andrés la invadía. Sus manos sobre el antepecho de la azotea agitábanse inconscientemente, como sobre un teclado mudo, con aquel movimiento característico y familiar de sus ensueños. Sus ojos, acostumbrados ya á la sombra de la noche, ahondaban los horizontes evocando la visión de algo muy lejano y querido que su espíritu asociaba á su felicidad presente. A lo lejos, sobre la Isleta, la lucecilla del faro bri-

llaba por intervalos regulares, ya roja, ya blanca; al pie de las montañas las luces del Puerto fulguraban en un amontonamiento luminoso y de vez en cuando, como una estrella errante, cortaba la línea sombría del mar la farola de un remolcador atravesando la bahía. En frente el mar negro se confundía con el cielo nublado como un misterio que ocultase algo grande y tentador: la lejanía deseada, la tierra extraña, la vida nueva comenzada en otra región de la lejana América. De todo aquello surgía la visión del padre, grande y majestuosa, que iba delante allanando el camino, abriendo el sendero, marcando la dirección de aquella comarca donde había de alcanzar la dicha completa.

Su voz sonó extrañamente de pronto:

—¿Le querías mucho?

—¿A quién?

Y los dos, al mirarse, entendieron que estaban muy distantes: ella vió entonces por primera vez sus ojos que, queriendo imponer su voluntad, suplicaban atormentados por el deseo, y él los ojos azules que al volverse á su rostro apar-

tándose del horizonte parecían aún más grandes y más profundos como si conservaran algo de la inmensidad que habían soñado.

--¿Querías mucho á mi padre?

—Sí, mucho.

Ambos sufrieron una decepción y callaron; ella preocupada por adivinar la causa del silencio de Andrés, ya sobresaltada por la idea de disgustos de familia que cuidadosamente le ocultaba para evitarle sonrojos, él irritado por que ella no le entendía, acusándola de torpe y no alcanzando á comprender la serena espiritualidad, sin ansias ni necesidades, de la chica, creyendo como todos en la leyenda de deseos febriles como única manifestación del amor en el cerebro de las vírgenes. No era posible que como á él, no la consumiese el ansia de la posesión; aquello era frialdad, por lo menos disimulo.

La voz lamentable de una sirena brotando de las sombras y saltando sobre las olas, resonó en el espacio. Era un vapor enorme, una mole oscura que, saliendo del Puerto, se dirigía al sur, pasando frente á la bahía de Atlán-

tica. Apenas se distinguían el casco y los palos entre la tiniebla, sus dos chimeneas lanzaban negras bocanadas de humo. Cuando pasó frente á la población iba muy cerca de tierra y las lucecillas de la cubierta y de los camarotes parecían alumbrar el espectáculo de una fiesta, la esperanza de los que iban á buscar fortuna, la alegría de los que regresaban á su tierra, la ilusión de otro mundo, de otra vida y de otras gentes. Sin duda bailaban en los salones, porque la claridad interior era interceptada por siluetas fugitivas de contornos grotescos, mientras atrás en la popa, un amontonamiento confuso que desde tierra se sentía hormigüear, silencioso y doliente, parecía formado por hombres, mujeres y niños que emigraban, devorando con sus ojos la ciudad adivinada entre las sombras por las manchas blancas de las azoteas y las luminarias de los riscos.

Andrés hablaba al fin distraído de su pensamiento por el incidente: era sin duda *El Nuevo mundo*, uno de los mejores de la flota, que hacía la carrera entre Cádiz y Buenos

Aires, un vapor inmenso, recién construido que había llegado por la tarde. Era una maravilla. El viaje duraba apenas doce días. Iba de apuesta con el *Genova*, de una compañía italiana, y andaba atravesado mucho dinero.

Llevaba prisa, mucha prisa: apenas se había detenido el tiempo necesario para tomar carbón, los víveres del monstruo.

El vapor torcía el rumbo, alejándose del peligro de la playa, metiendo la proa al horizonte como para embestirle y romper la tiniebla, abismándose en su seno, dejando atrás la tierra pequeña y miserable.

—¡Oh! ¡Ir en él! ¡Ir en él!

Era ella, la Hartleit, la que suspiraba su supremo anhelo de aislamiento absoluto con el ser adorado, empezando de nuevo la vida, olvidando el pasado inútil, sintiéndose con fuerzas para la lucha nueva, creyendo en la juventud y en la persistencia eternas de la carne y de la ilusión. La muchacha se exaltaba, desligada de todo vínculo, suspirando por el vuelo a lo desconocido, mientras él subitamente cambiado, sentía la necesidad de oponer á aquel desborda-

miento de entusiasmo, el frío parche de su experiencia; aquello sería una renuncia absoluta de sus costumbres, abandonar su hacienda y su casa, hacer la vida difícil de aventureros, trabajar, sufrir miserias, tal vez hambre. Y pensándolo, todo su egoísmo de hombre feliz é inerte, protestaba contra la idea de aquella posesión lejana alcanzada en un país extraño. ¿A qué iría á buscar tan lejos si estaba tan próxima que su brazo abarcaba su cintura, si le bastaba bajar la cabeza para que sus labios la bebiesen en la boca que se ofrecía?

—¡Cabeza loca! ¡pobre chiquilla loca! decía acariciándole el cuello, mientras ella sin sentir la vibración sensual del alma gemela, devolvía los besos como si besara los piés del crucifijo á quien se pide ayuda y protección, y sus ojos seguían la sombra indistinta del buque que embestia el horizonte, de prisa, á toda máquina, en busca de la tierra prometida.

Era muy tarde cuando se separaron. Él penetró de puntillas en la alcoba, un poco cohibido por el lecho matrimonial y por la presen-

cia de su mujer que imaginaba dormida como otras veces. Despojóse de la ropa y metióse entre las sábanas, encogiéndose para no despertarla, y entre las sombras pensó en su situación, reproduciendo aquellos lances novelescos que le conmovían profundamente por ella más que por él. En aquel momento, la amaba, porque la compadecía y la deseaba; la hubiera defendido á puñaladas contra la sociedad y el recuerdo del buque que huía en las sombras tentábale como un desenlace lógico, como una empresa digna de la excelsitud de su amor.

Así permanecía de espaldas en la cama, ni dormido ni despierto, vagando en la grata penumbra del sueño, cuando le pareció oír á su lado la queja dolorosa, á duras penas dominada, de un ser humano al propio tiempo que un cuerpo se acercaba al suyo, cercándole con sus brazos como si buscase protección. Era ella, era Maria que creyéndole dormido, daba al fin rienda suelta á la angustia que la atormentaba y que la tuvo despierta, silenciosa y humilde, esperando al marido.

Andrés sintió una súbita congoja por pensar que todo estaba descubierto, que su mujer tenía sospechas, tal vez seguridad de su falta, y que por conocerla lloraba en tal punto. Volvióse hacia ella, en medio de la sombra, sin verla y preguntóle afanosamente, decidido á negar á todo trance.

—¿Qué tienes, María? ¿Qué te pasa?

Al fin ella confesó. En voz muy baja que los sollozos interrumpían con hipidos histéricos contó sus temores de padecer una grave enfermedad, su propósito de ocultárselo para no darle aquella nueva inquietud y el imbécil terror que, creyéndole dormido, le había hecho estallar en sollozos.

Él, tranquilizado de golpe, reconquistada su superioridad y sacudido por un estremecimiento de alegría al sentirse en salvo, encontraba palabras de piedad, frases burlonas para devolverle el sosiego, y hasta llegó á alargar su mano y palpar las piernas monstruosas, donde con la posición de la cama habían desaparecido las hinchadas varices. Aquello no era nada, nada se observaba, y lentamente

la mano resbalaba sobre la superficie con suavidades de caricia, que ella, agradecida, devolvíale en besos sonoros, besos de esposa humilde para quien el marido continuaba siendo el amante soñado, lleno de perfecciones, instrumento de todos sus deleites y objeto de una adoración no entibiada por la miseria del diario contacto.

Y él cedió, cedió conquistado por la realidad, sintiendo por un momento odio infinito al culto espiritual que desgastaba y pervertía como estéril ayuno su organismo inutilmente, para más tarde experimentar de nuevo, ya saciado, el horrible tedio, el asco invencible á la carne sobre la cual se había revolcado, intentado de nuevo la realización de su sueño perseguido y jamás alcanzado de ideal.

.... En la otra alcoba, ella, la mísera Hartleit, despierta y con los ojos muy abiertos, seguía en tanto la marcha fantástica del buque que embestia con su proa el misterio del horizonte, y á cuyo impulso las sombras se abrían para de nuevo cerrarse tras él... El buque se alejaba, era una mole inmensa y

negra, por cuyos costados brotaba la iluminación interior de fiesta.... Se alejaba, tenía prisa, solo la popa era visible con el amontonamiento de emigrantes silenciosos que la coronaban, y abajo un letrero en oro, resplandeciente á pesar de la sombra y de la distancia.

Era el nombre del buque... toda una esperanza tentadora: *El Nuevo Mundo*.





VI



L día siguiente ocurrió la catástrofe. La suspicacia del público, de todos aquellos ciudadanos que se habían impuesto la tarea de velar por la moralidad del prójimo, se había adelantado celosamente á los sucesos con maravilloso instinto. Desde que la *chicharrera* penetró en la casa de Valerón, como una persona de la familia, los más íntimos enderezaron á ella sus miradas, y viéndola tan poca cosa, un *reburujón negro* sin sexo definido, flaca de carnes y tímida de espíritu, casi muda en presencia de las gentes, cayeron en crisis

extremosas de lástima y compasión, y entabláronse luchas empeñadísimas, por las cuales disputábasele á porfía para distraerla de su negro pesar y procurarle el olvido de su historia lamentable, ya contándole la crónica diaria de los pequeños sucesos atlánticos, ya invitándola á novenarios y triduos, únicas distracciones que eran lícitas y compatibles con su luto reciente.

Pero cuando la muchacha comenzó su serie de triunfos artísticos, literarios y musicales, cuando su superioridad intelectual se impuso, más que por notable, por contrastar con la ignorancia lastimosa de las otras mujeres, y sobre todo, cuando el entusiasmo de Andrés la cantó en todos los tonos como modelo digno de imitarse y joya valiosísima cuyo descubrimiento y posesión causábale inmenso orgullo, una vaga irritación empezó á fermentar en el elemento femenino, y á la benevolencia misericordiosa y un tanto despreciativa con que antes disculparon sus fealdades y lamentaron su desdicha, sucedió el encono al detallar los defectos de la intrusa, la carne flaca como con-

secuencia del hambre pasada y aún no satisfecha, los huesos salientes, el contraste ridículo, casi monstruoso, de aquel montón de cabellos dorados sobre la mezquindad del cuerpecillo infantil.

Fueron ellas, las más jóvenes y felices, las que nada tenían que desear, Cármen, Conchita y Pino, las que comenzaron el ataque, uniéndose para el caso y olvidando viejos rencores. Disputábanse las preferencias de Andresito, que hasta entonces fueron para ellas motivo de celos, y como no podían explicarse que se las robara por más hermosa ó inteligente, acusáronla de adúltera é hipócrita. Aquel reburujón negro que sutilmente se deslizaba en el seno de la familia, anticipándose a los deseos de sus protectores, humilde y servicial, y que lo mismo manejaba las llaves procurando á María el placer material del descanso, que brindaba al otro en el piano el goce inefable de la música, habíales sorbido el seso con sus gazmoñerías románticas de niña huérfana y su hipocresía refinada. Los Valerones tenían mucha culpa, sobre todo la Perla que, hostigada por la pereza

de su obesidad creciente, dejábase poco á poco suplantado por la intrusa en el interior de la casa y en el de su marido. Era una conquista lenta de que ella parecía alegrarse sin ver el peligro, seducida por el blando reposo, libre al fin de la enojosa vigilancia de los sirvientes que la explotaban y robaban sin que ella se atreviese á despedirlos, por timidez y por pereza, sin la preocupación de la lectura y de la conversación para contentar los gustos refinados del marido, descansada de uno como de otro deber y pudiendo dedicarse al culto de sí misma, á cuidar su salud y á encargarse á la costurera gran número de batas de raso destinadas á realzar su hermosura y en cuyas telas todos los colores del iris se armonizaban ó trocaban con el moreno espléndido de su carne. Aquellas dos preocupaciones, el temor á las enfermedades y el adorno de su cuerpo, la absorbían por entero.

La pobre María, según las muchachas, siempre había sido una simplona destinada á no tener voluntad y á dejarse gobernar por todos, y en la hora presente habíase convertido en un

ídolo egipcio, orgulloso con la ostentación de su masa formidable y condensando toda su vida en el aleteo de las ventanas de la nariz que absorbían magestuosamente el incienso de sus adoradores. La alemana,—los motes menudeaban,—había entendido bien su debilidad y la explotaba. Seguras estaban ellas de que al encontrarse á solas rebajábase á las más innobles tareas: á lavarla, á peinarla, calzarle las zapatillas y abrocharle las ligas, sometiéndose sin asco á las exigencias de aquella pereza abominable y de aquella degeneración intelectual que invadía á la Perla negra.

Doña Pepa y sus dos hermanas, sobre todo Remeditos, fueron más allá que las jóvenes: la primera versión fué que la chica robaba y hacía muy bien, ingeniándose una buena dote para el día de mañana. Doña Pepa no pudo perdonarle que despidiese á Margarita, una muchacha que hacía la compra en el mercado y que, de vuelta, pasaba por su casa dejándole una *lasca de bichillo* para el procurador. Además, sus consejos sobre administración y régimen interior, habíanse mermado considera-

blemente en número é importancia, y aunque partió de ella el retirar su intervención celosa, fué tambien cierto, aunque esto no lo decía, que lo hizo segura de que muy pronto habían de llamarla de nuevo suplicándole se hiciese cargo de la dirección de la casa. Ella pensaba resistirse un poco y luego ceder; pero ninguno notó su ausencia, y al cabo de mucho tiempo solo quedó, como huella, la cólera de la procuradora y la lamentación de su esposo, que á la hora del almuerzo dirigia téticas miradas á los dientes del esqueleto envidiándolos por sanos y completos para desgarrar la carne tendinosa que había sustituido al antiguo bichillo. Ya no más huevos frescos y leche para diariamente acarreados por el mayordomo de Nuestra Señora; de vez en cuando un queso y todos los domingos fruta, cuando la había, eran los únicos obsequios que le recordaban la opulencia de sus hijos, la medianía de su casa y el acuerdo, más que el olvido insufrible, de la chicharrera.

Pero cuando Reditos, puesta al habla con la Margarita, supo los atracones nocturnos de

música y poesía que Andrés y Anita se daban en la soledad de la Biblioteca y los paseos por la azotea en altas horas de la noche mientras María roncaba sonoramente en el lecho conyugal, doña Pepa atronó los aires haciendo estremecer á su esposo, á sus hijos y hasta á los empajados cocodrilos que guardaban la galería.

Hasta entonces, mientras no se trató sino de ella, de desacreditarla ante su hija adorada y robarle migajas de su cariño, había callado; también calló al pensar, y no sin razón, que la otra guardaba un capitalito para comprar marido el día de mañana á expensas del socorro legítimo que la hija rica y poderosa dispensara antes á sus padres; pero ahora se trataba de otra cosa más seria, de una indecencia y de un robo de cariño, de un sacrilegio que sólo era capaz de concebir la hija de un hereje masón y espiritista que en la farmacia de Santa Cruz había envenenado á un sacerdote enfermo.

Nunca se supo por que conducto tuvo la buena señora esta terrible confidencia.

Remeditos y Margarita, que entró á servir en la casa, ya puestas en la buena senda, inventaron de su cosecha todo lo demás: los amantes se perseguían dentro de la propia casa, aprovechando todas las ocasiones y descuidos. A espaldas de la propia señora se besaban y apretaban las manos. En el comedor mientras comían, los piés se buscaban y permanecían furiosamente apretados como si quisieran aplastarse.

Un día Margarita contó, ya tan metida en la ficción que ella misma llegó á persuadirse de la certeza de su dicho, que la causa de haberla despedido el señorito fué el haberlos sorprendido abrazados en el retrete.

Entonces fué cuando doña Pepita, extendiendo trágicamente su diestra en dirección á una gabiota disecada, juró no turbar con sus revelaciones la dicha de su hija hasta pasado el tremendo trance del parto. Entonces cumpliría con su deber, pesara á quien pesara, cayera quien cayera.

Estas fueron sus palabras.

De aquella casa, á pesar de las promesas de

secreto eterno é inviolable con qué se abrían y cerraban las sesiones de información, partió el germen que, como el de las epidemias, hubiera podido seguirse paso á paso, invadiendo los individuos y las casas que más relaciones guardaban con la infectada, convirtiéndose éstas en nuevos focos, centros de nuevas invasiones cada día y cada noche más numerosas, hasta la invasión total del pueblo y aun de otros de la provincia, contaminados por las cartas, que comentando los sucesos ó pidiendo antecedentes, se dirigieron, sobre todo á Santa Cruz.

Fué una invasión lenta al principio, perfectamente lógica en su marcha, cuya marcha podía seguirse de casa en casa, de calle en calle. La invasión del Casino y del Seminario se caracterizaron por una expansión formidable en el número de casos. De vez en cuando brotaban focos aislados en los barrios más lejanos, que parecían escapar á la lógica del contagio: eran chispazos llevados por Margarita y sus amigas y que prendían en las *taifas* domingueras, entre el sudor del baile y el tufo del aguardiente.

Las clases altas, en cuya atmósfera respiraba la Brigadiera, escaparon por algun tiempo al contagio. Sobre todo en los salones de la señora, donde solo tenían acceso los magistrados tresillistas y algunos sacerdotes que esperaban pacientemente la hora del té con tostadas, habiánse impuesto silencio y lo guardaban por consideración á la dueña de la casa en la cual adoraban y creían como en una institución inviolable. El seráfico Gordillo hablaba toda la noche, consumiendo innúmeros turnos que ya nadie le disputaba, y como su afición á abrir la boca era tan decidida como su obstinacion al cerrar las orejas á las hablillas y espantar con palabras no muy parlamentarias á los murmuradores, no se había enterado del rumor formidable del monstruo. Él, con Pérez Porriño, que vivía en el cielo, y los interesados, eran los únicos seres que hasta entonces habían escapado á la epidemia.

Ya doña Águeda, desde que llegó la huérfana, había protestado con altivo silencio del acto realizado por su hijo. El pobre don Pan-

cho sufrió la terrible andanada de la Brigadiera que le sentía cómplice del muchacho, tal vez consejero, de seguro consentidor del grave paso, cuando por su edad debía haberle advertido de todos los peligros é inconvenientes que habían de resultar por recibir en el seno de la familia á una extraña. Ella admitía, y lo hubiera aprobado, el socorro en especies, el pago de una pensión en una casa respetable, por ejemplo, en el Colegio de las Hermanitas del Sagrado Corazón de Maria, hasta de una dote si manifestaba vocación por el Claustro ú otras santas congregaciones. Todo esto estaba en su lugar y era debido á la buena memoria que de su padre guardaba Andrés, por más que con su exaltación extremosa, abultaba los méritos del amigo y la tasa de su deuda; pero nunca debió llegar, ni él, don Paco, consentirlo, á meter por las puertas de su casa una señorita. La familia era la familia y los vínculos de la sangre nunca cederían ni podían ser sustituidos por los de la amistad.

Inútilmente protestó don Pancho de su

inocencia llegando hasta mentir al enumerar los consejos que dió á su sobrino y las advertencias de fieros males para el porvenir. La noble señora conocía muy bien á su cuñado para creer en sus alardes de energía y cordura, y con una perspicacia que, expresada con palabra grave y gesto severo, hizo pensar á don Pancho en el poder de adivinación y en la voz temida de Dios mismo, llegó hasta repetirle sus propias palabras y á revelarles lo íntimo de su pensamiento en aquel caso:

—Muchacho, eres digno hijo de tu padre. Lo mismo hubiera hecho él.

—Bueno, sí sería eso; pero también hablé de complicaciones posibles, seguras, inevitables...

—¿Complicaciones?—interrumpió desdeñosamente la señora.—Complicaciones que podían evitarse mediante la cataplasma infalible de la adaptación.

El bueno de don Pancho bajó la cabeza. Aquella mujer tenía el don divino de la ubicuidad.

Pero como la noble dama se había propues-

to no dar un consejo ni entrometerse en los asuntos de su hijo desde el memorable día en que consintió en su casamiento, y el hijo era ya un hombre independiente, encerróse en su mutismo de esfinge, que helaba las confidencias de las chicas y hasta del mismo don Paco, al cabo de todas las murmuraciones y ya temeroso del escándalo.

Sin embargo, aun encastillada como estaba en su torre, presentía algo vago y amenazante que la mantenía en continua alarma. Primero fué el cambio de vida de su hijo, repentino é impensado, que lógicamente se enlazaba con la presencia de la chica en el hogar doméstico; luego la invasión de la manía musical que le volvía impropia a la edad juvenil, disculpadora de extravíos incompatibles con la madurez actual; más tarde fueron las quejas y lloriqueos de Carmita, que al lamentar el desamor de su hermano, atribuía a la influencia de la intrusa, echando sobre ella todo lo que su cariño le impedía arrojar á la cabeza de Andrés; más tarde fué el silencio de todos, un silencio pavoroso y azora-

do, detrás del cual la Brigadiera sentía sin entenderlo el rumor de un monstruo cercano, el galope de un escuadrón de Valerones que se acercaba triunfante y glorioso, arrollando conveniencias y desplegando al aire como bandera una camisa de mujer.

Aquel rumor sonoro, cada vez más próximo y amenazador, fué por muchas noches la pesadilla de sus breves ensueños, hasta el día memorable en que la negativa de la Hartleit á las proposiciones de Perez Porriño, estalló como una bomba en las plazas públicas y llegó con sus cascos hasta las alcobas y cocinas de todas las viviendas. Era la confirmación de todas las sospechas, y el rumor de la muchedumbre, aunque condenatorio, guardaba una vibración de triunfo y de ansia satisfecha al sentir que los hechos dábanle por fin razón para justificar su perspicacia y pasto abundantísimo para muchos días.

Doña Pepita supo la noticia de labios de su propia hija que manifestaba serenamente su satisfacción por conservar á la muchacha al frente del gobierno de su casa, y considerán-

dose al fin desligada de su juramento por la misma gravedad del caso, vistióse de negro, echóse la mantilla sobre los ojos para ocultar vergüenza y duelo á los ojos curiosos, y después de almuerzo se presentó en casa de la Brigadiera.

Un sentimiento indefinible de orgullo y de triunfo aleteaba en el fondo de su alma con la impaciencia de romper las ligaduras con que voluntariamente había amarrado su lengua. Sabíase, en aquel punto, dueña y señora de la situación, á la altura de aquella nobilísima dama cuya amistad, al llegar á ella, parecióle hasta entonces maná que cayese de la altura.

Sus manos es verdad que habían llegado á juntarse, pero la de la procuradora al tenderse parecía recibir y la de la Brigadiera otorgar una limosna.

Ahora, el dolor y lo legítimo del sentimiento elevábanla al tomar la defensa del honor doméstico y de la felicidad de su hija, al paso que la madre de Andrés parecía achicarse doblando la espalda bajo la tremenda pesa-

dumbre del crimen de su hijo. Ellos eran pobres, aunque nunca conocieron estrecheces ni apuros; su apellido, sin ser ilustre, siempre fué respetado; aunque su posición social era más modesta que la de los Valerones, Andrés no tuvo que bajar para llegar á Maria, sobre todo ni esta ni su familia solicitaron tal honra, ni excitaron el apetito del muchacho con indignas artes de coquetería ni amañados obstáculos propios á exacerbar su deseo. El casamiento había sido obra exclusiva del amor, y si él aportó (repetía mucho esta palabra que había oído á su esposo) si él aportó mayor fortuna y más viejos pergaminos, ella había aportado,—si señora, aportado,—el tesoro de su belleza, de su bondad y de su honradez acrisolada. Nada se debían: estaban en paz.

La dama, sin embargo, no parecía conmovirse ni doblarse; conservábase altiva y rígida, intensamente pálida y fruncido el entrecejo, sentada en el sillón, mientras la procuradora, hundida en el sofá, y envuelta en la mantilla que había dejado caer sobre los hombros, era un reburujón negro frente á la

estátua blanca de la Brigadiera, envuelta en muselina y encajes y aprisionada desde la mañana por el corsé. Con la realidad habían desaparecido sus terrores y se aprestaba á la eterna lucha que consumía su existencia toda contra la vieja raza de los Valerones, contra la maldita herencia transmitida íntegra de padres á hijos. La historia de Maria era la suya propia, fué la de su suegra, como andando el tiempo habia de repetirse en la mujer del pequeño Valerón, que, esperándola, apuraba á mordidas el pecho de la nodriza.

En vano la procuradora repetía el ataque insistiendo más que en el relato del crimen,— ¡crimen de adulterio penado y previsto por el código!—en sus impresiones personales. Era ella la que más había sufrido, ella, la víctima silenciosa y resignada que supo acallar su cólera legítima, su dignidad ultrajada, su corazón lacerado, esperando con prudencia el arrepentimiento del criminal y el retorno del marido pródigo, extraviado en una aventura que era el escándalo de los buenos y la

risa de los malos. ¡Su hija estaba en un ridículo espantoso!

La Brigadiera, reconcentrada en su pensamiento, apenas la atendía; por un momento la palabra adulterio y la cita del Código, saliendo de los labios de la procuradora, le dieron el escalofrío de repugnancia que en las personas honradas produce el contacto de la curia. Vió el escándalo inevitable, al procurador persiguiendo á su hijo y llevándolo al banquillo; tuvo la sensación de las angustias venideras, del buscar influencias para pesar sobre jueces y magistrados, la compra y la trata de testigos, toda una campaña indigna en que sus enemigos nada perdían, y ella y los suyos se jugaban la inviolabilidad de que siempre gozaron. Más tarde, cuando la procuradora habló de la situación ridícula de Maria, un sentimiento de lástima, que arrancaba de su vieja historia de humillaciones y dolores, mitigó su encono. Ella también había soportado resignadamente el ridículo y el ultraje en su propia casa, partiendo hasta de sus mismas criadas. Y la figura de la *Pinocha*, con su rostro mo-

reno, el cabello rizado y corto y el labio superior orlado por la sombra de unos bigotes casi masculinos, alzóse ante sus ojos en aquel mismo aposento, desvergonzada y ultrajante, protegida por el capricho del Brigadier, desafiando y despertando la cólera de la dama, con su tufo acre de mulata sudorosa, sus blanquísimos dientes y los puntos negros de los provocativos lunares que florecían en sus mejillas y en su cuello. Había tenido que ceder temerosa de que se divulgase la vergonzosa aventura, la había soportado por algunos meses, hasta que, pasado el capricho del señor y muy adelantado el embarazo, la despidieron para Tirajana.

Desde aquel momento su antipatía invencible á la familia del procurador fundióse repentinamente en profundísima lástima hacia la Perla, y sin atender al discurso de Doña Pepita, que á la postre degeneraba en quejas lastimosas y humildes, entre las cuales se destacaba la lamentación hipócrita del mísero destino de los pobres y de los plebeyos frente á los ricos y nobles y la invocación de la honra y

la dignidad de su hija ofendida y vilipendiada, formó el propósito de acudir á la defensa de aquella muchacha, nueva víctima de la herencia de los Valerones, y así lo expresó, serena y grave, á la procuradora.

Aquel mismo día la Brigadiera celebró sesión secreta con Gordillo y su cuñado y después de largas discusiones representadas por los locuaces aspavientos del clérigo que no acertaba á convencerse de la verdad del caso ni á callarse los comentarios iracundos y bonachones que acudían á su boca, convinieron en aceptar el plan propuesto por la señora. Ella se encargaba de la parte más difícil: haría venir á su casa á la intrusa con un pretexto indiferente, y una vez allí le afearían, entre ella y Gordillo, su conducta, le harían entender la necesidad de ingresar en un asilo donde esperaría la salida del primer vapor que la conduciría á Santa Cruz. El sacerdote se encargaba de dar los pasos convenientes para conseguir de la superiora la orden de reclusión y contaba obtenerla sin grandes esfuerzos. En cuanto á don Paco, su papel consistía en llevarse á

Andresito de paseo á Telde para quitarle de enmedio y distraerle en tal forma que á su regreso todo hubiera terminado. Hasta sería conveniente, y la proposición partió de don Paco en un raptó de entusiasmo por la obra común, el que éste le advirtiese y enterase de todo por el camino con objeto de evitar la sorpresa de su afectividad ante su mujer al persuadirse de la desaparición de la muchacha.

Todos coincidían y aprobaban los detalles del proyecto. Todos rivalizaron en atenuar la falta de Andrés y los efectos del golpe que le preparaban: era un niño mimoso, voluntarioso, un impulsivo casi irresponsable. Todos sentían honda piedad por la pobre María y se esforzaban en la ocultación de la aventura y, hasta los más incrédulos en la eficacia del silencio, deleitábanse de antemano saboreando una escena conmovedora de arrepentimiento del marido y de perdón noblemente otorgado por la esposa, digna escena final para bajar el telón sobre aquel lamentable drama doméstico.

A la Hartleit se convino señalarle una pensión de quince duros mensuales.



VII

S la vuelta, en el momento preciso en que el coche entró en el túnel y el chirrido de las ruedas y el trote de las yeguas adquirieron sonoridades estruendosas al despertar los ecos de la bóveda, don Pancho interrumpió el silencio con estas palabras gritadas al oído de Andrés:

—Prepárate, muchacho. Tengo que darte una mala noticia.

Todo el día había andado á vueltas con la frase sin decidirse á pronunciarla.

Después de la comida, mientras lavaba los

melocotones para comerlos con corteza según su costumbre, estuvo á punto de darle la noticia. Era cumplido el plazo que se había fijado y hasta en previsión de los efectos que pudiera producir á su sobrino, habíale ordenado á la mayordoma que pusiese para la comida una suculenta cazuela de gallina. Aquello era conveniente para preparar el cuerpo á tan honda emoción ó reparar sus estragos; pero, no atreviéndose, ni hallando coyuntura en el silencio obstinado de su sobrino para empezar la explicación, concedióse nueva tregua, disculpando su flaqueza con el temor á producir en el mancebo una mala digestión. Continuó callado en el coche ó hablando de asuntos indiferentes que el otro apenas atendía y así pasaron el puente de Telde, la asomada, la ermita de Ginámar y la cuesta empedrada, jalones que fueron otros tantos plazos por él á él mismo concedidos y no aprovechados.

Hubo un momento en que decidió callar y que Dios obrase como padre; y de pronto al entrar en el túnel, ensordecido y animado por el eco fragoroso de las bóvedas, lo dijo de pronto.

Habíale tomado por el brazo izquierdo, atrayéndolo fuertemente, y aplicaba sus labios al oído alzando la voz para hacerse oír: ¡todo se había descubierto! ¡Vaya un baladrón! ¡Ninguna mujer podía resistir al empuje de la nobleza de los Valerones! ¡Era lo mismo, lo mismo que su padre!

Andrés, sobrecogido por la brusquedad de la acometida en el momento mismo en que pensaba en su amada, quiso fingir ignorancia; pero don Paco, con sonoras risas que retumbaban en los basaltos, continuaba sin hacerle caso, abriendo desmesuradamente la boca, ahuecando la voz para hacerse entender.

Todo el pueblo lo sabía. era la comidilla de las fieras y á la verdad que tenían razón y ellos muchísima culpa por su falta de precaución al pasear sus amores ante los ojos de las criadas en la casa y ante los del vecindario por las noches en la azotea. Inútilmente se empeñaba en negarlo: eran ya muchas las personas que los habían visto, que les acechaban con gemelos desde las casas próximas y hasta desde la carretera de los Castillos aguantando sueño y viento.

Andrés se hundió en el asiento, desesperado, sintiendo en aquel instante por vez primera toda la gravedad de su situación. El retumbar del coche bajo las bóvedas parecióle la voz formidable del pueblo, amenazante y burlesca á la par, acosándole con anatemas y carcajadas hasta arrojarle, acorralado por el miedo al escándalo, á los piés del ídolo egipcio en demanda de la paz conyugal.

El coche salió del tunel, y bruscamente una racha furiosa de brisa azotóles con violencia el rostro, envolviéndoles en el perfume acre del océano. La voz de don Pancho, esforzada hasta el grito mientras atravesaron el túnel para dominar el estruendo, destacóse amenazante en el silencio que repentinamente se hizo al dejar atrás la bóveda de piedra. Era el término de una frase insignificante, pero que por la intensidad sonora clavóse como subrayada en su cerebro:

--¿Pero en qué demonios estabas pensando?

Si. Hasta su tío, el eterno mantenedor de la teoría de la paz y del equilibrio universales

por la eficacia de la adaptación mútua, protestaba del absurdo. Andrés había soñado, y al despertar de pronto, había sentido la realidad como un calabozo que le aprisionara imposibilitándole con sus muros y sus bóvedas, con su mezquina limitación, la vista de los horizontes y de la altura. Tocaba las paredes frías é inquebrantables, sentía afuera el paso monótono de los vigilantes, deletreaba de memoria las cláusulas del reglamento que preveía y castigaba todos los casos de rebelión posibles, desde los más comunes hasta los más complicados, y, con pasmosa lucidez, sentíase prisionero por toda la vida, condenado sin remisión á cadena perpetua sin esperanza de indulto ni otra salvación que la fuga para la cual se necesitaban astucia, constancia y un impulso pasional que en vano buscaba escudriñando con desaliento los rincones de aquel recinto misterioso, hoy frío y abandonado, donde vivió su amor.

La realidad le sorprendió como una vieja amiga que le retuviese echándole los flacos brazos al cuello en el momento supremo de decidirse á dar un salto peligroso sobre una corta-

dura de la tierra firme. La tentativa le aparecía como el proyecto desatinado de un loco. ¿Qué necesidad tenía de tentar la aventura? Valía más sentarse al borde del abismo, tenderse á lo largo sobre la tierra fría y dura, pero firme al fin, esperando la hora del reposo. ¿Para qué saltar? ¿Para qué volar?

Don Pancho, bajando la voz para que no se enterase el cochero, continuaba su discurso.

Aquello había sido una locura de que él se confesaba cómplice por no haberle advertido á tiempo de las murmuraciones del público. Era un vocerío formidable de protesta en que todos tomaban parte, unos por amor al escándalo, otros por envidia, otros por ruindad, otros por no tener mejor ocupación. Todos sabían la aventura, que ellos pensaban secreto inviolable, y de ahí nacía lo ridículo de la situación. ¡Un ridículo espantoso! Por fortuna, todo se arreglaría... sí, chico, todo se arreglará, no hay que apurarse. Mira: lo conveniente, digo mal, lo necesario es que ella salga de tu casa... eso es... una separación absoluta, sin eso no hay remedio. Bueno; pues convenidos en esto, ella

marchará para Santa Cruz, si señor, para Santa Cruz, que en esto no es posible transigir. Por supuesto, que nadie va á mirar tus cuentas para saber qué mensualidad le pasas; eso puede hacerse por intermedio de otra persona que no tema comprometerse. Y ahora se me ocurre que tu madre podría servir para este caso y hasta partiendo el socorro de dama tan cristiana tomaría carácter de obra piadosa... ¿No te parece bien?

Bueno, hombre, ya inventaremos otra cosa... yo mismo, sí, á falta de otro, serviré para el caso. Afortunadamente á nadie tengo que rendir cuenta de mis actos. ¿Estamos conformes?

Pero Andrés no se conformaba. Aun bajo el imperio del temor al ridículo y á la familia, que de un golpe había aniquilado sus bríos de luchador romántico, el deseo de la mujer no poseída revolvíase en su alma. No lo confesaba, ni tal vez lo comprendía, y así sus pensamientos y sus palabras eran un cántico al ideal y á la virgen, cuando ante el buen don Francisco, que sonreía incrédulo, narraba su

aventura con la hija de Hartleit, quitándole todo el aparato material, descarnándola hasta dejarla reducida á un contacto espiritual, á la penetración misteriosa de las dos almas hasta entonces errantes en busca de su compañera.

Hablaba con entusiasmo y de buena fé. Ni por un momento atormentó el recuerdo de sus crisis sensuales, cuando en la azotea esperaba impacientemente el despertar del deseo en aquella mujer que sentía suya abandonándose á su voluntad en sus brazos, ni de la cólera injusta y sorda que le producía la tardanza de la oferta, la falta de penetración de la chica para entender su deseo y casi forzarle al acto, dejando así su conciencia de protector, si no á salvo de responsabilidad moral, con cierto número de circunstancias que la atenuaban á su juicio. Ni siquiera despertaba el recuerdo de aquella innoble posesión de su pobre mujer á falta de la otra deseada, que por algunos días había sido para él una vergonzosa pesadilla.

Hablaba sinceramente, ponderando la pureza de aquellas relaciones espirituales en que se

habían respetado todas las leyes justas ó injustas en cuanto se refieren á la criminalidad de los hechos, únicos castigados por todos los legisladores desde Justiniano á Alonso Martínez. En cuanto á la pública opinión, la vieja murmuradora de Aparisi, no merecía sino el más soberano desprecio... apartarla, arrojarla al arroyo como él hacía en aquel punto con la mascullada colilla del cigarro, cuyo amargor había de asociarse por muchos años al recuerdo de aquel viaje. Después, febrilmente, dejóse caer en el asiento, murmurando:

—¡Honni soit qui mal y pense!

Don Pancho, intimidado y seducido por la verbosidad del muchacho y más que nada por las pruebas inequívocas que había dado de erudición al citar á Justiniano y Aparisi, recogióse por un momento sudando su angustia, pues aun le faltaba lo más grave por decir, y al cabo, en voz baja, continuó su discurso.

Indudablemente, todo aquello era verdad y él así lo entendía, y como él algunos otros... muy pocos. El era el primero en confesar que se había equivocado, yendo con su fantasía más

allá de adonde llegaron en la realidad los héroes de la aventura. ¿Pero quién les metía en el entendimiento á las gentes aquella honrada convicción que él ahora afortunadamente había adquirido? Ni por buenas, ni por malas. Algunos fingirían credulidad para reir al volver las espaldas, los más lo harían de frente solazándose con aquel accidente cómico que de un modo impensado interrumpía la interesante sucesión de los lances del drama. Pedir á todos tal grado de credulidad era un absurdo, un empeño irrealizable que consumiría sus alientos y los de sus mantenedores al luchar contra la inercia formidable de la opinión. Había que transigir, había que adaptarse...

Desde el principio de su discurso la palabra adaptación bailábale tentadora y de ella huía evitándola temeroso de la burla con que sus íntimos la acogían; y de pronto sintiéndola inevitable, vióla venir desde lejos, disparada como una saeta reclamando su sitio en el discurso, y resignándose, con ese alzamiento de hombros involuntario que nos contrae al presenciar la catástrofe de una caída,

tragó saliva y pronuncióla valerosamente.

—Sí, era necesario adaptarse al medio social... Esa era la cuestión.

Pero Andrés no estaba de humor para burlarse de la teoría favorita de su pariente. Tumbado en el fondo del carruaje, sus ojos, como su espíritu, vagaban en la sombra que ocultaba, confundiéndolos, el cielo con el mar. Allí, á la derecha del camino, la playa negra y brillante de la Hoya de la Plata tendíase bordeando las caletas basálticas hasta el límite en que confusamente, al choque de las olas, brotaban destellos fugaces de blanca espuma. Más allá el mar sombrío agitábase con sordo rumor amenazante y, entre él abajo y las nubes arriba, la tiniebla se amontonaba borrando límites y contornos y haciendo del espacio un hueco negro, medroso, que, como á los fugitivos la sombra de los bosques y de las cavernas, atraía á Andrés brindándole refugio. Allí estaba la solución del problema, detrás de aquella tiniebla extendíase el horizonte, el camino de otros mundos, de otras tierras donde empezar de nuevo la existencia en compañía del alma gemela, aban-

donando en la playa los harapos del pasado que ya no bastaban á tapar las desnudeces ridículas de su carne ni á matar el frío horripilante de la vida.

Y de nuevo, como aquella noche, pero sin desfallecimientos ni cobardías, creyó ver la mole gigantesca del *Nuevo Mundo*, con sus luminarias y rumores de fiesta, cruzar entre la sombra embistiendo con la proa la barrera sombría, el misterio de los horizontes.

De pronto una frase de don Pancho le hizo entender toda la verdad.

—¿Qué dice? ¿Pero qué es lo que dice?— gritóle con grandísima angustia.

Don Pancho hizo uso entonces del gesto que tenía preparado desde Telde y lamentando para sí con la mejor buena fe no tener á mano una taza de caldo de gallina que ofrecerle, acaricióle con la diestra el cuello, mientras con la izquierda apretóle las de Andrés temblorosas y frías.

—¿Acaso no me has oído? Ya me figuraba yo que tu silencio no guardaba en su seno la ensiada resignación. Vamos, hijo mío, hay

que ser fuerte, hay que ser hombre, el sendero de la vida tiene más espinas que flores.

Y tosió, conmovido por sus propias palabras.

Andrés con ambas manos le estrujaba la izquierda, y mirándole desde muy cerca le gritaba:

—¡Pero dígame cómo ha sido eso! ¡Dígame pronto!

—Pues hijo, te diré... pero sosiégate...

—¡Diga pronto!

—No, si no te sosiegas no me sacas una sola palabra.

—Bueno, pues ya estoy tranquilo. ¿Quiere que me ria de la gracia?

—No tanto, hombre, no tanto...

—Pues, vamos, diga pronto.

—Nada. Que á estas horas Anita comprendiendo mejor que tú lo difícil, lo espinoso de su situación, debe haber ingresado en el Hospicio, donde espera la salida del primer vapor para marchar á Santa Cruz. Ya allí, las cosas marcharán á gusto de todos...

—Pero, ¿quién ha ejecutado esa infamia sin mi consentimiento? ¿Acaso ha sido Vd.?

Don Pancho sintió vacilar todo el edificio de sus convicciones, y acobardado, más que por la ira, por la angustia de su sobrino, negó toda participación en el asunto.

No, él no había sido más que consultado por el consejo de familia: hasta le había repugnado la escena presenciada por persona extraña á la familia, aunque tan excelente, como el clérigo Gordillo. Por lo mismo se limitó á acompañar á Andrés, apartándole piadosamente de aquel espectáculo y evitándole el consiguiente disgusto.

—¿Con que ha sido mi madre? ¿No es eso?

Don Francisco vaciló, y al fin, poniendo en sus palabras un dejo sentencioso que le pareció muy del caso, respondióle:

—Tú lo dijiste.

Andrés se incorporó violentamente y apoyándose, para no caer, en el asiento del cochero, tiróle de la manga, gritándole:

—¡Guillermo, aprieta! Revienta las yeguas, pero á llegar pronto. ¡Nada, que ya hemos

llegado! Paras en el Hospicio. ¿Sabes? ;Aprieta!

Después, tumbado en el asiento, don Francisco le oyó sollozar y rugir. Algunas palabras se entendían.

—¡Ah! ¿con que cree que siempre soy un niño? ;Todava cree que me gobierna! ;Ya veremos! ;Ya veremos! ;Ay, mi pobre Anita! ;Cuánto la habrán hecho sufrir! ;Qué horrible vergüenza! ;Infames! ;Canallas!

Don Paco intervino tímidamente:

—No hables así, hijo mio. Es tu madre y debes perdonarla.

—¡Nunca la perdonaré, nunca!

—Sí, hombre, si... piensa que lo ha hecho por tu bien.

—¿Mi bien?... ¿Mi bien?—Y reía con tal ironía que al pobre viejo se le pusieron los pelos de punta.

—Mi bien es ella. ;La mujer que me han robado! ;La mia!

—Calla, hombre, que se entera Guillermo...

—¿Qué me importa? ¿No dice Vd. que todo el mundo lo sabe? ;Aprieta, Guillermo, aprieta más!

El cochero volvió á medias la cabeza, respondiendo á medias palabras.

No se podía ir más de prisa porque entraban en el barrio de San José y podrían atropellar alguna persona.

Andrés volvió sus ojos al mar. Estaba lejos: la vega de San José, cubierta por las hojas anchas y sombrías de las plataneras, extendíase desde el camino en suave declive hasta la playa lejana donde á pesar de la distancia fulguraba á intervalos la blancura fosforescente de la espuma.

—Ahí está mi camino,—dijo á su tío extendiendo el brazo derecho en la dirección del horizonte. Vds. lo han querido.

El pobre viejo se conmovió pensando que había señalado al cementerio, cuyas tapias blancas resaltaban en la verdura sombría de la vega y, casi llorando, díjole:

—No pienses esas cosas, hijo mío, no las pienses.

Y luego, acercándose á su oído, deslizóle un consuelo que tenía pensado desde la mañana y que él juzgaba de éxito seguro:

—Mira, chiquillo: cuando ella viva en Santa Cruz, iremos á todas las sesiones de la Diputación provincial y entonces... idilio seguro. Ya ves como de algo nos había de servir el honroso cargo de diputados por Arrecife de Lanzarote. De ese modo encontrará perfecta realidad mi teoría de la adaptación.

Esta vez usó la palabreja de intento, pensando disipar las tristezas de su sobrino, aunque no lo consiguió. Cuando las casas del barrio se lo permitían, sus ojos buscaban en el mar la masa sombría del *Nuevo Mundo* con la proa enfilada al horizonte, al porvenir misterioso.

... El coche paró ante el atrio del Hospicio. La puerta estaba cerrada. Eran las nueve de la noche y las campanas de la Catedral tocaban á ánimas.

A los golpes repetidos de Andrés, abrióse un ventanillo y un rayo de luz echóse afuera por la cuadrada brecha.

—¿Quién es? —murmuró una voz firme de puro acento castellano.

—Paz.

—¿Y qué desea?

—Que abra Vd. esta puerta y llame Vd. á la superiora.

—No es posible á estas horas, caballero, vuelva Vd. mañana.

Andrés calló un momento, vacilante, y al fin se decidió:

—Hermana, no me es posible esperar tanto. Soy don Andrés Valerón.

—Muy señor mio.

Y la voz de la hermana tomó un timbre ligeramente burlón. Andrés creyó oír reprimidas risas y pensando que, sabedoras de la aventura, se burlaban de él, perdió la paciencia:

—¡Sino abre Vd. echo la puerta abajo!— gritó.

El ventanillo se cerró instantáneamente.

Ya iba el mozo, ciego de ira, á golpear furiosamente, cuando intervino su tío.

Era inútil dar un escándalo; ya algunos curiosos se detenían alrededor del coche. Él se encargaba de todo.

Golpeó de nuevo suavemente y sospechando que la hermana, como mujer curiosa no se

habría alejado mucho, díjole al través de las maderas con meloso tono:

—¡Hermanita!... ¡Hermanita!... ¿Es V. Sor Adelina? Me pareció conocer antes su voz. Soy don Francisco Valerón, diputado provincial, que desearía hacerle simplemente una pregunta.

A las palabras diputado provincial, el ventanillo volvióse á abrir.

Don Francisco miró con orgullo á su sobrino.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, Sor Adelina.

—No es Sor Adelina, es Sor Clara, servidora de Vd.

—Muchas gracias, hermanos.

—¿Está todavía por ahí ese caballerete que quería entrar á fuego y sangre?

Don Paco contuvo á su sobrino con un gesto y siguió:

—Aquí está, aunque nunca tuvo tan fea intención. Es que está enfermo.

—¿Y qué se ofrece para su servicio?

—Esto. Una sola pregunta. ¿Se podría hablar con la señorita Ana Hartleit?

—¿Ana... qué?

—Hartleit.

—No la conozco. ¿Hace mucho tiempo que ha ingresado en la casa?

—Esta tarde.

Hubo un ligero cuchicheo detrás de la puerta, y al fin contestó la hermana.

—Están Vds. equivocados. Esa será una joven por quien se interesaba el padre Gordillo....

—Exactamente.

—Pues... no ha llegado á entrar.

—¿Que no... ha entrado?

—Que no, señor.

—Perdone Vd. hermana,—interrumpió Andrés,—pero es cosa para nosotros muy importante... ¿Está Vd. segura?

—Segurísima.

—¿Lo juraría Vd.?

—No, señor... en esta casa no se jura. Se dice sí ó nó.

—¿Y dice Vd.?

—Lo que dije. Que no.

Hubo un momento de silencio y al cabo don

Francisco dijole en voz baja á su sobrino:

—¿Nada más se te ofrece?

—Nada más. Vamos á casa de mi madre.

—Gracias por todo, Sor Clara, y buena noche.

—Dios vaya con Vds. y que se alivie ese pobre señor.

—Gracias.

..... El coche paró detrás de la Catedral, sin entrar en la calle donde vivía la Brigadiera, y desde allí lo despidió Andrés. Su tío, para evitar el choque, se había ofrecido á ir de explorador y él, en tanto, le esperaba en aquel sitio. Aquello era lo mejor.

Allí pasaron para Andrés los momentos más amargos de su vida. Por vez primera, después que su tío le participó la noticia, se le ocurrió el pensamiento de la pobre María y de Valerón IV desamparados de su protector natural, víctimas de la burla ó de la connivencia hipócrita de sus paisanos, el tremendo escándalo que desataría las lenguas, la maldición de su madre, el desvío de todos los suyos y hasta la mirada humilde y húmeda

del procurador, su suegro, que buscaba consuelo en los fúnebres adornos de su museo.

Pero al mismo tiempo, de todo aquello que era horrible, surgía la figurilla de Hartleit, con su espléndida cabellera dorada, los grandes ojos cuajados de lágrimas, tendiéndole las manos desesperadamente en su inmenso abandono, perseguida por la turba feroz de los apedreadores.

Algunos transeuntes cruzábanse con aquel caballero que á tales horas paseaba con inequívocas señales de esperar á alguien por barrio tan sospechoso. Mirábanle curiosamente y hasta algunos le conocieron é imaginaron que la otra le esperaba en alguna casa de mala fama.

A las diez y media comenzaron á salir los asíduos tertulios de la Brigadiera y Andrés determinó esconderse en uno de los ángulos del templo. Desde allí distinguió á la Baja de Gando que salía acompañada de dos magistrados; el cojo Martínez de León apartóse del grupo para seguir el camino de Triana; los más fueron hacia Vegueta y uno de los últimos,

Gordillo, que bajó la calle en dirección á su parroquia.

Cuando creyó que todos habían salido, y por creerlo había abandonado su escondite, casi tropieza con sus suegros que hablando en voz baja se dirigían al callejón de San Antonio.

--¿A qué habrán venido?—dijose á tiempo que se empotraba en el hueco de una puerta.

A las once apareció don Francisco. Ya Andrés estaba desesperado.

El digno caballero llegaba con los pelos erizados, vibrante de emoción, dispuesto á concebir y ejecutar con su sobrino todas las locuras imaginables.

Aquello había sido indigno. Habían sorprendido á la muchacha, la encerraron en el salón de recepciones con la señora, Gordillo, los procuradores y la Baja de Gando, y allí la sometieron á un juicio sumarísimo de cuya sentencia ella no protestó, ni habló una sola palabra, á pesar de insultos y sermones y reprimendas. ¡Una infamia! Después, como la superiora del Hospicio no quiso admitirla, oliéndose el escándalo, la metieron en

un coche y la enviaron á Nuestra Señora.

Allí esperaría la salida del primer correo.

.... Antes de las doce, no pudo salir Andrés por la carretera del Centro. Hubo que llamar á la cochera, despertar empleados, escoger y enganchar caballos...





VIII



L trasponer el sol el filo de la cordillera que, por el poniente, cierra el valle de Nuestra Señora, la Hartleit seguía en la sala, sentada en la silla donde se desplomó al llegar, inmóvil, frente al balcón abierto, los ojos clavados en el espacio exterior, en una mano el sombrero del cual pendía arrastrando hasta el piso un velo de crespón, la otra con el brazo apoyado en la mesa sobre cuya superficie los dedos tecleaban con aquel inconsciente gesto en ella habitual.

Pasaron las horas sin que se percibiese de

la marcha del tiempo, que, á falta de reló, marcaban los regulares accidentes de la vida del campo y la inclinación de los rayos solares. Primero fué, ya pasado el medio día, rebullicio de gentes que llegaban, recio taconeo de zapatos claveteados, voces roncadas de hombres, choque de vasijas y cucharas, mientras subía por los aires el humo denso de la leña que se quemaba en la cocina y el aroma del cilantro que servía de aderezo al caldo. Después sucedió un silencio profundo, la siesta de los hombres, mientras afuera, bajo el balcón, en la modorra infinita del campo, zumbaban las moscas, gruñían los cerdos y chocaban sonoramente los platos que la mayordoma lavaba sobre el muro del corral. Los eucaliptus esqueléticos, de hojas lanceoladas y tronco nudoso, erguíanse inmóviles sin un susurro, dibujando en el suelo ardiente su mezquina silueta que despreciaban las aves de corral, enamoradas de la sombra espléndida proyectada por las ramas del laurel frente al balcón, en la cual dormitaban con la cabeza escondida melancólicamente bajo el ala.

En el cielo, el sol, inclinándose á occidente, lanzaba sus rayos, que aquel día mordían feroces las maderas, haciéndolas estallar, y la tierra arcillosa que se quebraba en grietas profundas. Oblicuamente entraban por el balcón abierto como esos raudales luminosos que en las estampas conducen las visiones celestiales hasta las sombrías celdas de los anacoretas y, en el piso de la estancia, trazaban un cuadro de fuego que lentamente se estiraba y corría en dirección á los pies de la muchacha.

Mas tarde,—ya las tres—hubo un lento despertar de los hombres, como un desperezamiento de miembros entumecidos. Sonaron las voces roncadas, golpearon los zapatos, crugieron algunas puertas y los trabajadores se esparcieron por el campo. Algunas vacas mugían en el fondo del valle, aleteaban las gallinas bajo el laurel, emprendiendo de nuevo el registro de las estercoleras en busca de gusanos, y á la copa del árbol comenzaron á llegar con gritos discordantes los pájaros que hasta ahora habian permanecido junto á las márgenes frescas del arroyuelo.

Ya el sol en el ocaso trepaba por los pies de la Hartleit envolviéndola en el dorado polvillo que flotaba en sus rayos. Subía lentamente, por líneas sucesivas, como sube la marea, inundándola, poseyéndola, sin conseguir distraerla de su estupor.

Su cerebro herido, como las carnes magulladas en las grandes catástrofes, negábase á la percepción del dolor y de la realidad. Era una aberración absoluta en su funcionalismo, por virtud de la cual, la injuria horrible recibida por la mañana, aun resonando las palabras en sus oídos y flotando ante sus ojos el gesto cruel de los jueces, no conseguía despertar en su alma ni una protesta, ni una angustia, ni un dolor. La carne permanecía indiferente, sin una crispación, secos los ojos, beatíficamente entreabiertos los labios como si dibujasen una sonrisa. Pensaba en la víctima, como si fuese otra persona que no lograra interesar su piedad. El espíritu, como un gran pájaro herido en las alas, resignábase al reposo, renunciando á las delicias del vuelo, y se divertía infantilmente con la apreciación de

detalles nimios y ridículos, empeñándose en conocerlos, desmenuzarlos y mirarlos de cerca como objetos dignos de la más honda y seria atención.

Primero la atrajo el rítmico movimiento de las hojas del laurel: veíalas redondeadas, tersas y brillantes, con su tono verde sombrío, moverse del uno al otro lado á impulsos de un soplo suave de brisa para luego retornar por breve espacio al reposo primitivo. Aquella oscilación, casi inapreciable, parecióle un asunto de grandísima importancia, el descubrimiento de un hecho que hasta entonces había escapado al estudio de los sabios. Aquello era muy curioso: las hojas se acercaban unas á otras, algo se decían con su leve rumor, tal vez se besaban.

Después la preocupó hondamente la agitación rápida del polvillo dorado que, como chispas de un incendio, flotaba en los rayos del sol. Era un nuevo firmamento el reducido espacio poblado por mundos microscópicos que rodaban, como los otros, los de arriba, guardando simétricas distancias, enviándose la luz,

bañándose en ella, conduciendo en su lomo miles de seres en los que la vida ponía junto á los labios que besan los dientes que desgarran. Aquello era curiosísimo. En los libros no se hablaba de aquellas cosas que tal vez estaban destinadas á ser descubiertas y entendidas por los espíritus sencillos, primitivos é indoctos, nunca maleados por los artificios enojosos del estudio.

Cuando la banda luminosa tocó sus piés, toda la energía funcional de su espíritu concentróse en los progresos que hacía invadiendo su cuerpo, sumergiéndolo en su ardiente fulguración. Olvidóse de todo y aunque sus ojos continuaron como antes fijos en el espacio, atendía, profundamente interesada, á la ascensión lenta de la luz. Así la sintió trepar hasta sus rodillas, jugar con su falda, abrazar su talle sutil hiriendo en el pecho, caldeándolo con su tibio calor, envolviéndola en su aureola. Era un goce inocente y grave el que despertaba el contacto de aquella luz y de aquel calor que, desde la altura, escogían la brecha del balcón para llegar á ella, como

si para ella sola hubiesen sido creados.

Se encontraba muy bien. De vez en cuando, allá en el interior de su cráneo, resonaban nombres conocidos pronunciados por voces extrañas, el de su padre, el de Andrés, provocando una agitación insólita como la que produciría una piedra lanzada á la onda de una charca; pero inmediatamente todo desaparecía y una voz que era la suya, aunque no salía de sus labios, sonaba dentro implorando y restableciendo la calma.

—;Callarse! ;Callarse! Déjenme vivir tranquila. ;Silencio, por Dios!

Más le molestaba otro rumor, al principio confuso, sin ritmo ni expresión y que más tarde pudo precisar y distinguir. Era un antiguo conocido, un rumor musical, una melodía que se agarraba tenazmente á su oído y que sus dedos, tecleando inconscientemente sobre la mesa, detallaban apenas su espíritu huía de la realidad.

Era una antigua enfermedad de su espíritu. Háiale atacado en todas las grandes ocasiones de su vida, sorprendiéndola en medio de

sus mayores angustias con el diseño de una frase que, apenas extinguido, surgía de nuevo monótono y tenaz, á veces con el ritmo callejero de una canción que martilleaba ferozmente su cráneo. Ahora era,—y sentía que desde que entró en el coche viajaba con ella,— una frase grave y dolorosa, impregnada en una melancolía infinita, la misma que por tantas noches la había conmovido en compañía de Andrés. Entre todas era la predilecta, la que su amo y señor le pedía con más empeño y ella le servía, interpretándola maravillosamente, penetrada por aquel grito persistente que palpitaba en la frase de dolor resignado, de cruz gigantesca soportada y llevada por el eterno nazareno á lo largo de una senda interminable.

Era de Beethoven. Era el andante de la sonata XV, la que ellos habían bautizado con el nombre de *La Cruz á cuestas*. Toda la melodía brotaba en sus menores accidentes, sin que su cerebro perdiese un detalle de las agrupadas notas. El acompañamiento destacábase como un rumor, como el fondo de un

cuadro de desolación, estéril y melancólico, casi sombra, llanura inmensa, monótona, sin accidentes, en la cual surgía la frase melódica como una figura divinamente humana que cargase y llevase la pesada cruz.

Hasta entonces la frase musical se destacaba á intervalos, aumentando y disminuyendo en sonoridad, adelgazándose como una cuerda que se estira hasta un punto inverosímil y cuya tensión se comunicase dolorosamente á su cerebro. A veces sentíala llegar desde muy lejos, como un hilo de voz delgadísimo que al acercarse zumbaba en sus oídos con fragor colosal. Entonces su voz, aquella voz suya que sonaba dentro, defendía la anulación feliz de todo su ser clamando:

—¡Silencio! ¡Silencio! Déjenme descansar.

El sol continuaba su descenso. Ya los rayos que penetraban por el balcón abierto llegaban al semblante, metiéndose por los ojos, enrojeciendo las mejillas, filtrándose por entre las revueltas hebras de la cabellera que fulguraba como una tiara magnífica, envolviendo su cabeza en una aureola de divinidad.

Un temor la atormentó entonces: el sol continuaba su carrera, con él, los rayos, cada vez más oblicuos, la abandonarían, y la sombra ruin, que, amontonada en los abismos y en los rincones, comenzaba á asomarse por debajo de las copas de los árboles y de los muebles rústicos, desde el hueco de los rincones de la habitación, llegaría por fin á inundarla.

¿Qué pasaría entonces? Sin saberlo le angustiaba aquella idea: el inevitable contacto de la tiniebla, la sumersión en su onda medrosa.

A medida que el sol la abandonaba, el frío la invadía apoderándose de sus miembros rígidos, oprimiendo el pecho, estrangulando la garganta. Sobre todo en la nariz y en los labios la sensación de frialdad era extremada. Todavía algunos rayos luminosos, lanzados desde el borde mismo de la cordillera por el disco enrojecido, agarrábanse tenaces al cabello y, de pronto, abandonándola, saltaron jugueteando á la pared del fondo. Después el sol se ocultó, y ella quedó en la sombra.

Fuera mugían las vacas, ya de regreso, sonaban las voces guturales de los campesinos,

chillaban con alegre algarabía los innúmeros pájaros en el laurel y desde el fondo del valle, del cauce florido del arroyo elevábase en girones rotos la niebla apoderándose del paisaje.

Sopló la brisa, viniendo impensadamente del norte por la entrada estrecha del valle, arremolináronse á su impulso nubes bajas que corrían ocultando á medias las cresterías de las montañas, oscilaron los árboles perezosamente con escalofrío sonoro, apagáronse en el cielo los puntos luminosos que aun se agarraban á los bordes de las nubes y con la nota argentina de la campana que sonaba *las oraciones* en la iglesia de Santa Brigida, hízose la sombra. Callaron los hombres, las vacas y los pájaros, y en el silencio profundo de los campos se elevó, viniendo del barranquillo, el canto melancólico de las ranas.

Señá Dolores entreabrió la puerta, preguntando si la señora apetecía comer.

La Hartleit salió entonces de su estupor y vió de un golpe toda la realidad. No vaciló ni en el gesto, ni en la palabra: era preciso fingir para que aquellas pobres gentes no sospecha-

sen su ignominia. No quería que le preparasen comida, ella había traído algunos fiambres... Tampoco necesitaba luz, ya encendería ella la lámpara... ni tampoco necesitaba compañía... iba á acostarse muy pronto, enseguida. Al día siguiente necesitaba madrugar.

Después, cuando quedó sola, acercó una silla al hueco del balcón, sentóse de frente á la sombra y apoyando los brazos en el antepecho, y en ambas manos la barba, lloró sollozando, conteniendo el hipo histérico que retorció su cuerpecillo, atormentada por el temor de que la oyesen, ó de que perdiendo la razón, prorrumpiese en aullidos de protesta contra todo aquello que la enloquecía, persiguiéndola y acosándola.

Eran las palabras, el gesto, las miradas de aquellos terribles jueces que, con un pretexto imbécil, la habían hecho salir de su casa y acudir, temerosa de un accidente, á la de la Brigadiera. Apenas si había cambiado de enaguas, ocultándose de María para no preocuparla, y, cuando llegó á la casa señorial, sin aliento, con la cabeza llena de ficciones novelescas en

que se reproducía la imagen del cuerpo de Andrés magullado y sangriento por un accidente brutal, el silencio del patio y de la escalera, la frialdad húmeda de las galerías, la sombra magestuosa del salón y la presencia de aquellas personas gravemente sentadas en el estrado, no pudieron arrancarle la convicción de que Andrés agonizante la llamaba y, mientras sus ojos extraviados buscaban el cuerpo, en la sombra de los cortinajes, sus labios trémulos imploraban gritando:

—¿Dónde está? ;Quiero verle!

No era eso, no. Todavía costó gran trabajo convencerla de la falsedad y de la ridiculez de su invención. Lo cierto era lo otro, lo que el seráfico Gordillo le echaba al rostro, poseído de tan noble indignación que muchas veces, al correr caudalosa, obstruía el cauce ancho de su elocuencia haciéndole tartamudear.

Ann le veía, en pie ante el sillón del estrado, lanzando al espacio con voz que el temor al escándalo apagaba, todo aquel secreto que ella imaginó suyo y que, parco y delicadísimo al revolverlo en el nido de su pensamiento, ad-

quiría ahora, al resonar en el salón, profanado por los labios de un extraño, los contornos asquerosos del vicio, los caracteres de una aventura de mujerzuela que roba el esposo á su amiga, á su bienhechora, sin respetar el techo, ni tal vez la cámara conyugal. Aquello, así contado, parecía otra cosa, otra historia que no era ni podía ser la novela de sus amores. ¡Ah! Si la hubiesen atendido, si la hubiesen escuchado y ella hubiese podido expresarse cuando estaba de rodillas sobre la alfombra donde en medio de ráfagas de color el artista había dibujado un ciervo perseguido por perros y cazadores! Ella lo hubiera contado de otro modo muy distinto, les hubiera dicho que aquel hombre era suyo, que lo esperaba antes de que la otra lo conociera, que le pertenecía por el derecho indiscutible de la gemelidad de las almas... y que ella nada pedía, nada...

Sus ideas se obscurecieron de pronto al bajar de las alturas psicológicas para expresar su deseo con palabras. ¡No! Ella no se contentaba con menos,—había que confesarlo—no se contentaba con menos que con su cariño, con la

seguridad de su preferencia, con el roce íntimo de su espíritu.

Era verdad. Los otros tenían razón y no valía hacerse ilusiones. Había puesto sus ojos y su afección en un hombre que era de otra; no cabían disculpas ni atenuaciones y la voz indignada de Gordillo era la expresión cruel pero sincera de la verdad. Había que tener valor para entenderlo así y defender en terreno tan difícil su derecho á la posesión del amante. Desde entonces calló, sintiendo que los otros no llegarían á entenderlo aunque ella acertase á expresarlo. Los otros hablaban, discutían y afeaban su conducta. La palabra ingratitude surgía del fondo de todos los discursos. De vez en cuando la voz de la Brigadiera exponía una idea que modificaba el plan resuelto de antemano; otra vez oyó á la Baja de Gaudó que abominaba de las doctrinas espiritistas haciéndolas responsables de aquella innoble aventura. Ella lo había profetizado en su periódico. Después Gordillo, en su elemento, continuaba el discurso sin fatiga ni quebranto. El pobre viejo, agotada su cólera, que se iba coloreando

el chorro de su elocuencia, parecía al fin algo compadecido de la muchacha que, como un harapo negro de luto y miseria, extendíase á sus ojos sobre la abigarrada alfombra del salón de los Valerones.

Ella, con los ojos fijos en el suelo, divisábale paseando por el salón impacientemente porque no llegaban las hermanas del Hospicio, mientras las otras en el estrado ocupaban el forzado ocio escuchando la feroz acometida de la procuradora que echaba á volar en el noble salón las más ruines é inverosímiles versiones inventadas por la fantasía de la servidumbre. Una sola vez la huérfana levantó la cabeza. La procuradora había lanzado crudamente una horrible palabra; después la bajó de nuevo al pavimento: en medio de todo tenía razón.

Don Jerónimo, escandalizado, intervino:

—Más caridad, señora; al fin se trata de una criatura humana.

Ella, sin conmoverse por la defensa, como tampoco por las calumnias, seguía con los ojos fijos en la alfombra. Aun ahora contemplaba en todos sus detalles la feroz cacería, el ciervo

rendido con las manos dobladas bajo el peso de los perros, el escape de los caballos sobre los cuales los cazadores se inclinaban y el retorcido metal de las trompas sonando la muerte. Todos, perros y cazadores, parecían empujados por una ráfaga de odio formidable. Los ojos del ciervo acosado y moribundo parecían brillar en la sombra.

Ella no supo más. Recordaba vagamente la entrada de las dos hermanas de la Caridad vestidas de negro, con grandes tocas blancas como alas gigantescas; oyó que se disculpaban por no poder acceder á la pretensión del noble concurso y, por último, con claridad pasmosa la voz de doña Águeda que, invocando el nombre de su hijo Andrés y determinando lo más provechoso, decidía enviarla á Nuestra Señora hasta que se presentara ocasión de ejecutar la sentencia de destierro á Santa Cruz.

Después la tomaron del brazo y la condujeron hasta la puerta, y, al pasar junto á las dos mujeres enlutadas, escuchó á una de ellas que exclamaba con acento de conmiseración y des-

precio, con el mismo tono con que los ángeles deben hablar de los condenados:

—¡Desdichada!

Así pasó mucho tiempo sin que ella pudiese calcular las horas. La bruma había invadido el valle, rastreando por entre las ramas de los laureles que amontonaban su masa sombría en el fondo. Era la noche fría y húmeda, sin una estrella en el firmamento, ni otra nota de vida que la ronca canción de las ranas, monótona é inacabable, surgiendo del barranquillo.

Sintió frío, un frío intenso que la hacía temblar apretando las manos y el rostro sobre el antepecho húmedo del balcón. Ya no lloraba; pero los suspiros, entrecortados como un hipo pertinaz y doliente, levantaban rítmicos el pecho.

La esperanza la sostenía. Era imposible que él no acudiese en auxilio de la pobre huérfana rechazada y perseguida por todos. Le esperaba, calculando las horas, siguiendo al través de la sombra sus pasos desde el momento probable de su llegada á la ciudad hasta aquel otro, que debió ser cruelísimo, en que le ente-

raron de los sucesos. Ella le veía, rebelándose iracundo contra la autoridad de su madre, pisoteando los respetos debidos al viejo sacerdote, desafiar á la Sociedad entera y correr en su ayuda acongojado por el pensamiento de la horrible vergüenza á que la sometieron.

Al pensarlo, todas aquellas gentes que la maldecían y la condenaban parecían tomar los contornos de la feroz jauría desencadenada en persecución del ciervo, arrebatadas en una ráfaga que las doblaba hacia adelante ansiosas de alcanzarla, como las ramas del bosque azotadas por la racha violenta de una tempestad. En aquel momento les odiaba por lo que hacían sufrir á Andrés, les hubiera hecho frente aco-sada y rabiosa. La lúcida llamarada que iluminó su cerebro para juzgar su conducta cuando escuchó su propia historia de labios de Gordillo, extinguióse de nuevo y volvió á imaginarse inocente y pura, con derecho divino al hombre amado, que los otros, la familia y la Sociedad, todos aquellos intrusos, querían arrebatarle. Lo que habían hecho con ella había sido una infamia y una crueldad.

Lo que no le ocurrió pensar, ni siquiera adivinó, fué el único pecado de aquellas gentes: el frío egoísmo con que por distintas razones echáronle sobre los débiles hombros la carga tremenda que debió compartir con su amante. Ninguno lo acusó; casi lo compadecieron como víctima de algún sortilegio infernal.

Ya había transcurrido tiempo bastante para que Andrés estuviese en camino. No podía tardar mucho. Y alargaba el cuerpo fuera del balcón, prestando oído á los rumores del campo, frecuentemente engañada por los estremecimientos del bosque que fingían el ruido de un carruaje rodando por la lejana carretera. Después seguía atenta á la vereda que conducía á la portada, contando los minutos, calculándolos, alargándolos para que más tiempo durase la ilusión, hasta que se convencía de que no era él, de que ninguna sombra, apresurada y anhelante, bajaba por la pendiente en dirección á la casa.

Entonces fué cuando sintió por vez primera un dolor agudo y finísimo como de aguja enclavada en las carnes que se revolvía en el cos-

tado derecho al compás de su respiración.

Había hecho muy mal despreciando la comida con que le brindó la mayordoma. Desde las nueve de la mañana no había tomado alimento, y ella siempre tuvo excelente apetito. Por lo menos, debió haber pedido un vaso de leche caliente. Sin duda se había enfriado.

Pero ya no era tiempo de remediarlo. Un silencio profundo reinaba en las habitaciones bajas que servían de vivienda á la familia de los mayordomos. Todos dormían, hasta los perros y las aves de corral, aprovechando la noche para gozar con nuevos bríos del día de mañana.

La bruma, al envolverla, recubríala de menudas gotecillas que, como el hálito húmedo de un monstruo oculto en la sombra, bañaba sus cabellos caídos pesadamente del cráneo á los hombros.

Levantóse y temblando de frío envolvióse en una manta. Después volvió al balcón. Lentamente se adormecía recostada en el barandal, los ojos perdidos en la sombra, arrullada por el ritmo rebelde de la melodía de Beethoven que

de nuevo, grave y dolorosa, cantaba en sus oídos mientras sus dedos inconscientemente tecleaban sobre la madera del antepecho.

La frase musical, al adormecerse su espíritu, adquiría contornos materiales en el espacio infinitamente triste de la noche. Recordaba las palabras de Andrés: no era tarea solamente reservada á las pintores la de reproducir con el color la naturaleza; también el músico combinando notas podía evocarla por la virtud creadora del genio. La llanura, inmensa y desolada, surgía en el acompañamiento, tendíase hasta el horizonte sin un accidente, igual, monótona y profundamente melancólica; después, con la melodía, brotaba de aquel fondo la silueta del Nazareno, doblándose al suelo bajo el peso de la Cruz, en marcha lenta hacia el horizonte con divina resignación.

Andrés se había asimilado aquella idea extraña de su fantasía femenina, habíala adoptado con tanto cariño que los dos, junto al piano, seguían á un tiempo mismo la marcha fatigosa del hombre al través de la eterna llanura. Cada signo musical tenía su interpretación y

ante sus ojos, aún ausente, el pentágrama aparecía confundiendo sus líneas inflexiblemente paralelas con la visión de la superficie monótona y del cielo gris, otras dos extensiones que, como aquellas líneas, se prolongaban hasta el infinito sin esperanza de encontrarse.

Había un punto en que dos notas se juntaban para producir un sollozo. El hombre, sin duda, cedía al dolor de la vida... y sus dedos apoyando con fuerza sobre el teclado invisible, acentuaban aquel sonido doble donde vibraba el vencimiento de la carne. Después, de pronto, un diseño juguetero en la mano derecha parecía esclarecer la tristeza del paisaje... era una bandada de golondrinas que cruzaba el espacio en dirección á lo desconocido: ellas volaban ligeras, invitando á seguir las, seduciendo al mísero Nazareno con la esperanza fugaz de la llegada. La ilusión del vuelo nacía en el cerebro del hombre, ya resignado á la marcha; pero se alejaban sin detenerse y después de su paso, la melodía primitiva caía más triste, más espesa que nunca evocando de nuevo la perspectiva de la monótona llanura, del cielo

gris, del horizonte inaccesible, de los arbustos raquíticos y la figura del Nazareno andando, andando eternamente con la cruz á cuestas, otra vez invadido por la lúgubre resignación.

—¡Andar!... ¡Andar!...

La manta habíase deslizado de sus hombros y, al inclinarse para recogerla el dolor, despertó nuevamente en el costado: era la misma sensación de antes, pero más profunda y más extensa, como si en las entrañas se hubiese enclavado un vidrio que las desgarrase al menor movimiento. No fué, sin embargo, el dolor la causa que le arrancó un grito de angustia: fué la impresión de que había dormido, tal vez por mucho tiempo, de que era imposible calcular el ya transcurrido de la noche y de que, á pesar de todo, Andrés no acudía en su socorro.

Su angustia creció sin atender á razones, escurriéndose á todo raciocinio, mordiendo feroz y enloqueciéndola, como el miedo que se apodera de un niño abandonado y perdido. Todas las ficciones de su delirio desaparecieron arrastradas y barridas por el impulso de su

terror al abandono. Llegaba á compadecerse de sí misma, como si se tratase de otra persona, á lamentarse quejumbrosamente de su orfandad, á llamar en voz baja á su padre y á su amante y á saborear el dolor que mordía en su pecho, á cada sollozo, pensando en la muerte y en el descanso eterno.

Cuando Andrés no había llegado es que ya no vendría, que los otros se lo habían impedido con súplicas ó por la fuerza, que lo habían secuestrado, que se lo habían robado. Aquella idea del robo complacía en medio de su negro abandono: *los otros*, que lo tenían todo, le habían robado lo único que era suyo en el mundo. Era, en aquel momento, para su espíritu una idea tan cierta, y con tal claridad y tal evidencia se imponía que, arrebatada por un impulso irresistible, sin pensar ni meditar en las consecuencias de su acción, ni en las dificultades que habían de cerrarle el paso, levantóse de pronto y cruzando el salón, abrió la puerta, salió á la galería, bajó la escalera y atravesando la plazoleta que se extendía ante la casa, emprendió la subida del paseo bor-

deado por arrayanes sombríos que conducía hasta la carretera, decidida á buscarle.

La senda era larga, estrecha y pendiente. Subía retorciéndose desde el fondo del valle entre las dos cercas altísimas de arrayanes, recortados y simétricos, por encima de los cuales asomábanse los laureles frondosos y los chopos esbeltos, hasta la portada de piedras musgosas, donde las zarzas enredándose sobre las almenas, dábanle apariencia de castillo feudal.

Había abandonado la manta y con la cabelleira en desorden cayendo sobre sus espaldas y encrespándose sobre sus sienes, los ojos desmesuradamente abiertos por el ansia y por el terror, el cuerpecillo apenas envuelto en una blusa y unas enaguas negras, subía la senda, hundiéndose en la arena volcánica, sombría y movediza, que resbalaba bajo sus pies, dificultando su marcha y precipitando el ansioso anhelo de su corazón. Al principio corría, mirando adelante, sin querer pensar en otra cosa que en el cumplimiento de su deseo; muy pronto la rapidez de su marcha disminu-

yó, como si estuviese en una pesadilla y sus piernas se negasen á llevarla. Entonces fué cuando comenzó á llamar á Andrés, gritando su nombre con voz que degeneraba en débil quejido. Las dos filas de arrayanes se prolongaban simétricas y sombrías, como dos líneas paralelas que angustiaban haciendo pensar en el infinito, y entre las dos, como el Nazareno, ella avanzaba, comprimiendo con ambas manos el costado donde el dolor mordía, temblando de frío, con la inmensa cabellera erizada, murmurando en voz baja el nombre de Andrés, que era ya un quejido de dolor.

De pronto, al volver un recodo, al extremo de la calle, muy lejos y muy alto, cególe un fulgor espléndido, como de faro en las tinieblas. Era una luz é instantáneamente comprendió que era de un coche detenido en la portada. En aquel coche ninguno otro que él podía venir.

Y entonces, enloquecida, llorando y gritando el nombre del amante, aun encontró nuevas fuerzas para correr á su encuentro.

Él también la oyó, corrió hacia abajo por el

camino estrecho sin divisarla aún entre las sombras, cegado por la luz, y cuando la vió ella estaba en sus brazos, colgada de su cuello, envolviéndole con las hebras de su cabellera, besándole en pleno rostro con un hipo histérico donde era imposible distinguir ni separar la caricia del dolor.


Allí, al pie de los arrayanes, sobre la arena movediza, volcánica, negra, y bajo la sombra espesa de los laureles, sobre cuyas copas se asomaban los chopos gigantes como campanarios, allí cayeron y allí con la posesión del cuerpo, en el espasmo divino del amor, hicieron la ilusión suprema de que sus almas se penetraban y unían para siempre.

Nuestra Señora agitaba blandamente su formidable masa de verdura. Un escalofrío la recorría desde las raíces á las altas ramas, largo, intenso, profundo, en el silencio absoluto de la noche.





IX

 No primero que vió Andrés al despertar y á la luz de los rayos solares que se metían por las viejas maderas del balcón, fué el rostro infantil de la Hartleit cuyos ojazos azules le miraban desde arriba como dos estrellas.

Ella no había dormido. Así estaba desde el amanecer dándose un atracón silencioso y contemplativo del ser adorado que, rendido por las emociones del día anterior, dormía con los labios entreabiertos, tranquilo y satisfecho de su obra.

Contemplóla por breve rato, al abrir los ojos, inmóvil y mudo, todavía enamorado del suave reposo, gozando con la visión delicadísima de aquel rostro de niña, medio oculto por la indómita cabellera dorada donde el sol atizaba llamaradas rojizas, inquietas y fugaces que corrian al cuello y penetraban en el seno al través de un desgarró de la camisa producido por su propia mano impaciente y enamorada en la noche anterior.

Aquel recuerdo le produjo un hondo regocijo y perezosamente se estiraron las comisuras de sus labios sonriendo al tiempo mismo que sus brazos se elevaban y, alcanzándose una á la otra mano por detrás del cuello, atraían la gentil figurilla de la muchacha, apretándola sobre el pecho con ademán lento y fuerte de señor y amo, seguro de su presa.

Ella lanzó un gemido que tardíamente quiso reprimir, y como él se inquietase pidiendo perdón por su alarde de bárbaro poco diestro al jugar con filigranas tan delicadas, ella, disculpándole, contóle cómo había empezado aquel dolor durante la noche. Ya se preocupaba An-

drés con su miedo instintivo á la enfermedad, buscando el pulso y palpando la piel, cuando ella, con gesto forzado, sufriendo y sonriendo, envolvióle en sus caricias para hacerle olvidar el incidente.

Por el día pudo dominarse, aunque con frecuencia sus cejas se arrugaron y apretáronse sus dientes al asalto del dolor; pero á la tarde, en ocasión en que, junto á la márgen sombría del arroyo, dejábase dócilmente adornar la cabellera con amapolas de las propias manos de Andrés, sintióse de pronto invadida por aquella impresión de frío que por la noche le había atacado: un frío intenso que parecía penetrar hasta los huesos, haciéndola castañetear convulsivamente, tanto más cuanto más pretendía disimularlo.

Fué una alarma grande para el mozo, que temblaba sin saber qué hacerse mientras sostenía en sus brazos á la muchacha animándola con los consuelos vulgares propios de tales casos.

Aquello no sería nada, eran fenómenos nerviosos, algo así como un histérico provocado

por los sufrimientos y las vergüenzas pasadas.

Ella procuraba sonreír, atormentada por la idea de tranquilizarle, sabiéndole cobarde ante la enfermedad, y era aún más extraña la desfiguración de su rostro, que contraía y alargaba á la vez la sonrisa fugitiva y la persistencia de la crispación dolorosa.

Por fin, Andrés decidió tomarla en brazos y, aunque de mala gana, ella cedió á dejarse llevar, encontrando todavía ánimo para decirle:

—Pareces el Señor de la cruz á cuestras.

Entonces fué cuando él se convenció de que mienten cuantos libros de imaginación cuentan las aventuras de doncellas salvadas y llevadas á larga distancia por brazos de galanes enamorados. A los veinte pasos, la ligerísima carga, hízosele pesada cruz y, jadeante, sin fuerza ni respiración, detúvose á una vuelta de la vereda. Ella aprovechó aquel momento para aliviarle de su peso y deslizándose á tierra y proclamando su mejoría, emprendieron ambos, sin que él insistiese en su hombrada, el camino de la casa paso á paso, deteniéndose á cada instante, mirando con

angustioso anhelo la casita cuyo tejado asomábase por entre los eucaliptus, sin que la distancia pareciese disminuir.

Al fin, al pié de la escalera, cayó sobre el primer peldaño, casi desvanecida, sin fuerzas para sonreír á Andrés que, ya verdaderamente alarmado, hablaba de aparejar la yegua para avisar al médico, sintiendo, por encima del dolor físico y de la angustia respiratoria, el temor de perder el conocimiento y de que Andrés trajese un extraño á profanar el misterio de sus amores. Con la diestra, cerrados los ojos, hacía señas de que aguardasen, de que aquello pasaría.

Señá Dolores y Tiodocia, su nuera, tomaronla en brazos, lleváronla hasta la alcoba y quitándole el traje y los zapatos pusieronla en la cama, echándole encima tres mantas. Después, con gran diligencia y cariño, hicieronle beber una gran taza de infusión de ortigas y vinagrera, hierbas de valor probado para combatir las *puntáas* de pecho.

—Yo que su merced,—dijo á Valerón la arrendataria,—le daría una güena sangría.

Una hora más tarde, Anita descansaba muy aliviada, sintiéndose invadida por una impresión de bienestar incomparable, saboreando gravemente la dicha de vivir en reposo bajo el caliente abrigo de las mantas y la mirada húmeda, cariñosa y acariciante de su amado. Sin duda tenía fiebre; pero era tan grato el contraste entre la crisis invasora y el presente que ella juraba estar buena. Hasta el dolor parecía haberse dormido. Andrés la creyó y, sentado junto á la cabecera, besábala en las mejillas enrojecidas y jugaba lentamente con los hilos de oro de la tiara espléndida, de donde todavía colgaban las ya mustias amapolas.

Así pasaron la noche. Él haciéndose la ilusión de que la velaba como una hermana de la Caridad, mientras dormía roncando en el borde de la cama; ella con los ojos abiertos, clavados en el techo, perseguida por la visión musical del Nazareno que atravesaba la llanura infinita con la Cruz á cuestas, camino del horizonte inaccesible.

A la madrugada apareció de nuevo el dolor

y ya se sobrecogía, pensando en la repetición de la crisis, cuando entró seña Dolores con una jarra de leche recién ordeñada y habiéndola apurado, durmióse profundamente.

Al despertar parecía buena. Andrés aseguraba, recobrado su aplomo con la desaparición de sus temores, que no tenía calentura, que aquello había sido un incidente pasajero, una fiebre nerviosa que se curaba con reposo y con mucho mimo.

—Te receto,—le decía,—cuatro besos cada cuarto de hora y una untura de caricias practicada por mi propia mano, *loco dolente*. Ya verás el efecto de mis medicinas. Pero eso si... quietecita en cama, abrigadita, reposando, durmiendo si es posible, que aquí estoy yo, tu amante enfermero, para cuidarte, velar tu sueño y despertarte á las horas de la medicina. ¿Quién te cura á tí, mi niña querida?

—Tú, bobo,—respondiale ella, sonriendo gravemente bajo la sombra de las mantas.

Aquel fué el mejor día de su existencia. Todas las viejas tonterías que salen de labios de amantes en largos años, ellos las dijeron

imaginándolas nuevas y sublimes; hasta él parecía decirlas por vez primera. No se apartaba de su lado, arropábala al menor descuido, cambiábale las almohadas, dábale el alimento probándolo antes y hasta se hizo servir el almuerzo en la alcoba para no perderla de vista.

Ella pensaba y decía con frecuencia:

—Esto es demasiado, después de esto la muerte....

Él la miraba sonriendo, sin que le asustase el presagio, seguro de la vida, confiando en su buena estrella de niño mimado que siempre consiguió la realización de sus caprichos, desde los juguetes de la niñez hasta las mujeres de la adolescencia. Nunca se le había aparecido el espectro de la muerte.

Por la noche, poco después de las oraciones, sintió la Hartleit que se le enfriaban las manos y los piés, y antes de que pudiese comprender ella misma de lo que se trataba, invadióle de nuevo el frío feroz, estremeciéndola y retorciéndola bajo las mantas que inútilmente la cubrían.

Fué un desencanto para ambos. Andrés se resistía á creerlo, procurando mitigar su desilusión con nuevas interpretaciones: aquello parecía una intermitente. El había oído hablar de aquella enfermedad que se adquiría respirando las emanaciones de las aguas estancadas durante la noche é indudablemente las del barranquillo eran la causa de la enfermedad. No había que apurarse: se avisaría á Pimentero para que les enviase quinina.

Duró el frío mucho tiempo y al fin, como en la noche anterior, empezó á sudar la enferma y, aunque el dolor persistía corriéndose á la espalda como si dentro tuviese un pedazo de vidrio enclavado que se moviese á cada respiración, durmió á ratos, mientras Andrés roncaba sonoramente, haciéndose la ilusión de que la velaba.

Por la mañana persistía el dolor, y señá Dolores, contra la opinión de Andrés, aseguró que la enferma tenía calentura *por dentro*, pues pedía mucha agua y respiraba muy aprisa, necesitando que le trajese de su propia cama dos almohadas para incorporarse.

Aquel día, que era jueves, tomó la quinina según las instrucciones de Pimentero, lo cual no impidió que, ya muy entrada la noche y cuando los dos se regocijaban pensando era pasada la hora del acceso, llegase éste en la misma forma y con mayor violencia que en los otros días. Andrés pateó de rabia, desesperado y maldiciendo á su mala suerte. Fué necesario que viese los ojos de Anita llenos de lágrimas para que de pronto, enterneciéndose, se abrazase á ella, llorando y besándola, mientras la chica acariciábale lentamente la cabeza, consolándole con la esperanza de mejorar pronto y pidiéndole perdón por hacerle sufrir.

La noche fué mala. Andrés se acordará siempre de aquellas horas que la enfermedad y el abandono estiraban desmesuradamente. La sofocación se acentuaba cada vez más, el dolor le arrancaba un quejido suspiroso, continuo y rítmico como el golpe de un reló y no eran necesarios grandes conocimientos para entender que era muy alta la fiebre. A la madrugada, Anita empezó á delirar: era la imagen del Nazareno la que surgía ante sus ojos,

llevando su cruz con divina resignación al través de la tétrica llanura en dirección al horizonte ignoto. Creía verlo y se empeñaba en hacerlo ver á su amante que, con los ojos llenos de lágrimas, horripilado de temor y rendido de fatiga, no acertaba sino á decirle:

—Cálmate, mi niña querida, cálmate... duerme... eso es efecto de la quinina.

Por fin se tranquilizó con los primeros albores de la luz y, despues de un largo silencio, dijole con voz muy serena.

—Andrés, ¿no has tenido noticias de allá?...

Él la miró, creyendo en la persistencia del delirio; pero ella se explicó claramente. Se refería á su familia... Los dias pasados le había preocupado mucho aquella idea y, ahora, sin saber por qué, se decidía á preguntarlo.

No; él nada sabía; ni le importaba. No debía preocuparse por tales cosas. Era necesario dormir, curarse pronto, obedecerle. ¿No se curaría ella si él le ordenaba que se curase?

Anita sonrió y sostenida por las almohadas durmióse con la mano de su amante entre las suyas.

Él la miraba. Había mentido por no preocuparla. Por la mañana, con las píldoras de quinina, había recibido una carta de D. Francisco en que le contaba el enorme escándalo, sus esfuerzos inauditos para que los periódicos de oposición no publicasen la noticia, la cólera muda y trágica de la Brigadiera que se había puesto luto por su hijo, el llanto desconsolado de las hermanas, las vociferaciones de los procuradores y en medio de todo, lo que más le impresionaba, el dolor sereno y digno de *la riuda* que había cerrado las puertas de su casa á todo el mundo y se pasaba los días meciendo la cuna del pequeño Valerón. En la ganga carnosa de aquella mujer había algo oculto que brillaba como el diamante al choque del dolor.

Al medio día, llegó Pimentero, que, algo cortado al principio, decidióse por aceptar los hechos sin hacer alusión á ellos ni por sus palabras ni por su extrañeza. En medio de todo, estaba roído por el gusano de la curiosidad.

Anita había pasado la mañana tranquila, mejor que en los días anteriores y hasta hu-

biera comido si Andrés lo permitiera. El médico hizo las preguntas de reglamento, ya influido por el amante que persistía en creer que se trataba de una fiebre intermitente, auscultó con rapidez y percutió el costado sospechoso, quedando al parecer satisfecho de su integridad y, tomando el pulso, que contó repetidas veces reló en mano, echóse hacia atrás en el sillón y jovialmente dijo:

—Mimo, señora mía, mimo y nada más necesita V. para curarse. La botica está en manos de este picaro afortunado.

Andrés estuvo á punto de abrazarle. En aquel momento, Pimentero, engrandecido, le pareció reposar sobre una pcana. Aquello era como ver á Dios.

Después en la plazoleta, mientras le acompañaba fué más explícito.

Indudablemente allí había algo. No había que asustarse, eso no. Tratábase de una intermitente franca, adquirida al respirar los miasmas de aquel terreno cubierto de *humus*, y el dolor que les había preocupado era efecto simplemente del infarto del bazo. Lo único que le

preocupaba era el pulso, por muy acelerado, sin relación alguna con la fiebre, que era nula. El no traía termómetro; pero la impresión de su mano no le engañaba. Estaba apirética.

Aquellos nombres y aquellas explicaciones que no entendía, sonaban mal en los oídos de Andrés. Mas le contentaba la teoría del nimo como único remedio. Otra vez quedaba preocupado y solo sonrió cuando, ya en la portada, dijole su amigo, golpeándole cariñosamente sobre el hombro:

—Adiós, hombre feliz. Lo dicho, dicho: eso no es nada. Quinina y quina. Te mandaré un termómetro para que diariamente me envíes nota de las temperaturas.

Ya se marchaba, cuando Andrés, sin mirarle, le preguntó.

—¿Y por allá, como está la gente?

—Pues ya tu puedes suponer,—respondióle el otro poniéndose repentinamente serio.

Después de un rato de silencio embarazoso prosiguió sonriendo:

—¿Sabes quién te defiende?

—¿Quién?

parecía fresca, y para consolarse, creyendo en una desaparición de la fiebre, púsole el termómetro robando de la mejor buena fé algunos minutos al tiempo necesario. Cuando lo observó marcaba cuarenta y un grados. Estuvo á punto de romperlo.

Fué el sábado dia muy triste y, aunque el delirio desapareció y la pobre muchacha al recobrar su intelectualidad esforzóse en infundir á su amante la idea de que estaba mejor, él, invadido por un temor extraño á lo desconocido y á aquel maldito tubo de cristal que inflexiblemente marcaba siempre temperaturas extremas, fingió creerla sin que, como en los otros días, la esperanza penetrase hasta el fondo de su alma. Consultado Pimentero sobre las hazañas del termómetro, onvió otro comprobado por él mismo que le merecía entera fé. En la primera observación renació la calma, pues marcó el nuevo instrumento treinta y nueve grados y algunas décimas; pero desde las cuatro de la tarde pareció contagiarse con el otro y ya siguió marcando temperaturas superiores á los cuarenta.

Pimentero, avisado por una carta de Andrés, que revelaba con su angustia la extrema confusión de sus ideas, apareció, ya próxima la noche.

Precisamente la enferma disfrutaba de una calma relativa; el dolor había desaparecido, respondía sin ideas delirantes y tan solo la temperatura, que rayaba en los cuarenta y un grados, y la sofocación, que la mantenía incorporada, convulsivamente agarrada á las mantas, eran los indicios del daño.

Repitiéronse las ociosas preguntas de reglamento, escuchó, palpó y golpeó pecho y espalda con gran cuidado y, al fin, con gesto desabrido salióse el médico de la alcoba para lavarse las manos en la próxima habitación.

Allí, con palabras obscuras, en las que instintivamente sintió Andrés palpitar el peligro, habló de dificultades en el diagnóstico, de complicaciones en el pulmón, zonas macizas, estertores finos, roces de cuero nuevo y otros términos bárbaros que eran como el jarabe destinado á enmascarar el amargor de la verdad.

Sin embargo, al salir al campo, el airecillo sutil de la noche refrescó algún tanto la cabeza de Pimentero, y como Andrés le suplicase que no le abandonase en aquel trance, él, que por encima de todo tenía un miedo invencible á los enfermos graves, aseguróle que no había gravedad por el momento y que esperaba para el dia siguiente una crisis favorable.

Al despedirse, ya con el pie en el estribo, volvió atrás y dijole en voz baja.

—¿Crees tú que... ella esté embarazada?

Miróle Andresito con asombro, y el otro, decidido á aclarar el misterio, prosiguió:

—Perdona estos detalles, pero son necesarios. Como la gente dice que estas relaciones ya son antiguas....

—Mienten, Pimentero, mienten!... ¡Ah! Canallas!...

—Vaya, hombre, no te incomodes.... Mejor es así. De modo que.... ¿cuando fué eso?

Vaciló Andrés con grandes deseos de no contestar, pero al cabo, temiendo que pudiera contribuir el dato para curar más prontamente á la Hartleit, hizo un esfuerzo y contestó:

—Aquí...

Y luego arrepentido y furioso, creyendo haber profanado el secreto de su amor, gritóle:

—Ellos tuvieron la culpa... ellos nos empujaron. ¡Ah! cuando ella se ponga buena!....

Y un gesto amplio de amenaza terminó la frase.

Pimentero retrocedió nuevamente.

—Se me olvidaba decirte que Pérez Porriño viene dos veces al día por mi casa á preguntar por.... ella. Dice que si lo necesitas y no te molesta tendría verdadero placer en acompañarte.

—Pimentero, te digo lo que ayer: ese muchacho es el mejor de nosotros... Dile que le espero.

Y emprendió solo la vuelta por el camino de los arrayanes, disipada la cólera, conmovido hasta llorar por el ofrecimiento del humilde mongólico.

Pimentero recostado en el fondo del landó ibase en tanto en dirección á Atlántica, luchando como otras veces con la aprensión

que le causaba el enfermo. Había sido una verdadera estupidez lanzar á última hora aquella mota de esperanza cuando en realidad debía confesarse que se había equivocado lamentablemente en su primera visita. Allí había algo pulmonar, tal vez pleurítico, todavía indefinible, pero seguramente muy grave á juzgar por la expresión general del cuadro. Él lo entendía así, sin poder aún darle nombre y no había sabido resistir á la tentación egoísta de hacerse ilusiones y comunicárselas á la familia. Siempre le pasaba lo mismo y después venía el fracaso, la gravedad de la muerte, la muerte misma sin dejarle siquiera la suprema satisfacción de decir á los allegados:

—Ya lo había previsto y lo advertí á tiempo.

Sin embargo, aun podía esperarse en una curación y hasta en lo imprevisto que hace el papel muchas veces de milagro y asegura, cuando no levanta, reputaciones de médicos. Pero eso no le pasaría á él, tenía muy mala suerte.

Cuando le despertaron á la madrugada y le llevaron á la cama una carta de Andrés pi-

diendo por Dios su auxilio inmediato, sintióse invadido por la resignación fría de las grandes catástrofes. No había más remedio que afrontar la situación. Avisble á Pérez Porriño y juntos se dirigieron á Nuestra Señora.

La entrevista de los dos rivales, junto á la portada donde esperaba Andrés, fué silenciosa. Un abrazo estrecho y algunas palabras murmuradas al oído:

—Yo la amaba... perdóname. Te defendí cuanto pude. Créemelo.

—Te creo. No hablemos más de eso.

Por tercera vez, Andresito repitió la frase:

—Porriñito, eres el mejor de nosotros.

La noche había sido horrible. Ya Valerón no podía resistir la tensión espantosa de sus nervios en cuanto permanecía algun tiempo dentro de la alcoba. Sin señá Dolores y Tiodocia la hubiera abandonado huyendo á ocultar su horror bajo los laureles. El delirio no cesaba: era la constante obsesión del fantasma del Nazareno recorriendo la llanura bajo el peso de la Cruz, camino del horizonte. Ya no era la visión simple; ella la complicaba can-

turreando en voz baja con respiración fatigosa la melodía de Beethoven, que desde aquel punto había de grabarse en el oído de Andrés como una pesadilla de horror. Su único consuelo era la compañía de sus amigos. Que no le dejaran solo.

Cuando llegaron, Anita les conoció tendiéndoles la mano y reteniendo por algun tiempo la de Pérez Porriño que se bebía las lágrimas. Examinó de nuevo Pimentero á la enferma, hizo las preguntas inútiles de siempre, palpó, golpeó y escuchó el pecho haciendo contar á la enferma en voz alta y baja y al fin salió de la estancia seguido de Andrés.

En aquel breve rato en que quedaron solos, la enferma llamó por señas á Porriño, hizóle bajar la cabeza y le dijo en voz baja:

—Me estoy muriendo.... No deje Vd. sólo á Andrés.

Después y mientras Porriño se sonaba frágorosamente, añadió, aunque no la entendieron:

—En medio de todo es una solución.

Pimentero entre tanto se despedía. El caso era grave, muy grave, él lo había visto

desde el primer momento y se callaba por no alarmarles; pero ya no se podía ocultar.

—Pero... ¿puede morirse?

Pimentero tragó saliva y respondió:

—Sí. Puede morirse. Necesito un compañero para resolver algunas dudas y yo mismo avisaré y traeré á López Figueroa. ¿Te parece?

Cuando Andrés escuchó el nombre de aquel á quien se recurría en todos los casos de peligro, aun por los mismos que, como Pimentero, le envidiaban, dejó caer los brazos y sintió por vez primera el aleteo de la muerte. Nunca se le había ocurrido que Anita se muriera, ni aun que aquello pudiese ofrecer peligro. Además, la muerte por tales procedimientos era absurda, era dar razón á los pobres de espíritu que gritarían en todos los tonos:

—¡Castigo de Dios!

Era posible, aunque no era lógico, que aquella mujer, después de lo pasado, se suicidase, que él la ahogase entre sus brazos, que su mujer la matase con un puñal... todo lo trágico era posible como término de aquel

drama; pero la realidad, la muerte en el lecho por una pulmonía prosáica, era un absurdo formidable á que la razón y la lógica y el universo entero se oponían.

A la tarde regresó Pimentero con López Figueroa, un salvaje melenuado y sucio, de mirada fija y penetrante, vestido de americana y sombrero de copa gris. Andrés tuvo la alegría inmensa de abrazar á don Pancho que se había escapado á la vigilancia de la Brigádira.

De nuevo la enferma tuvo que soportar el examen. López Figueroa la despojó de la camisa, aquella camisa rasgada febrilmente por la mano del amante, y así con el pecho al descubierto, aplicó sus dedos negros y su rostro erizado de pelos hirsutos. Después se dirigieron á la sala y hablaron largamente de sus rencillas profesionales, quitándose la palabra de la boca para contar casos curiosos. No se escuchaban, pues mientras el uno hablaba, pensaba el otro los accidentes del nuevo caso para soltarlo apenas le llegase el turno. De Anita dijeron poco: era un caso clavado de infección gripal con localizaciones predominantes pleu-

ro-pulmonares. Pronóstico gravísimo, de toda gravedad. Era necesario dar salicilato, poner vejigatorios y tal vez administrar baños fríos si la fiebre no cedía con la antifebrina.

Andrés no entendió gran cosa y les miró de reojo como á enemigos mortales. Estuvo por arrojarles á la calle. Un resto de esperanza le contuvo: los necesitaba para salvar á su Hartleit. ¡Quién sabe, todavía!

Don Pancho había penetrado en la alcoba, después de hacerse rogar, consumido por el apetito curioso de ver á la chica. Ella le reconoció, saliendo por un instante del abismo donde parecía hundirse. Él, con el tono caballeresco de los viejos Valerones, hablóle largamente, sin aludir á la aventura, lamentando lo mezquino de la vivienda y prometiendo enviarle multitud de detalles necesarios para una dama y de que Andrés no entendía.

Pimentero se quedó y don Francisco metióse en el coche con López Figueroa. Por el camino éste le dijo:

—¿Sabe V. que esa chica está muy bien formada? Nadie lo sospecharía. Cuando la

desnudé me esperaba encontrar un esqueleto.

—¿Y qué tal, Doctor. hay esperanza?

—Ningunita, amigo don Pancho; esa espicha pá las plataneras.

Don Francisco lanzó un suspiro y al cabo murmuró:

—En medio de todo es una solución.

También él coincidía con la Hartleit.

...A la noche, entró Anita en un delirio monótono que ninguno entendía y que era reminiscencias de frases amorosas y de anatemas de Gordillo. De vez en cuando, el tema del Nazareno surgía revelado por una melodía tan impropia de sus labios cárdenos que Andrés escapaba lleno de horror tapándose los oídos. Señá Dolores insistía en sangrar á la enferma, pues que las cosas ya no tenían remedio, y Porriño, que en aquel momento creía hasta en la influencia de la luna y de las estrellas, fué á despertar á Pimentero, que dormía en el comedor, para consultarle el caso. Medio dormido díjole que podían hacerlo, y á aquella hora señor Pancho el mayordomo

fué á avisar á un barbero del pueblo cercano el cual la sangró á *su gusto*.

La enferma pareció sosegar, desapareció el delirio aunque no recobró la razón y un gorgoteo extraño que ni Andrés ni Porriño conocían comenzó á burbujear en su garganta al compás de la respiración. Creyeron en una mejoría milagrosa y le pusieron el termómetro el cual no alcanzaba á los treinta y siete grados.

Fué una alegría inmensa. Porriño bailaba y Andrés sollozaba más conmovido por aquella esperanza que por la angustia pasada. Juntos fueron á despertar á Pimentero, el cual al saber la noticia murmuró:

—¡La crisis! Ya la esperaba:

Y juntos los tres amigos, rejuvenecidos de pronto por el airecillo sutil de la mañana, el aroma del laurel que se metía por los balcones, y por la esperanza, otra vez abrazados como en los tiempos de la vida estudiantil, llegaron á la alcoba donde agonizaba la Hartleit.

Pimentero no pudo hacerse ilusiones á pesar de su optimismo. Fué necesario decir la tris-

te verdad, y los tres, unidos de nuevo, subitamente envejecidos por el dolor, abrazáronse frente á la chica que ya no necesitaba almohadas para respirar y que resbalando lentamente se hundía en la cama sobre los hilos de oro de su tiara desbecha.

Por intervalos Pimentero murmuraba verdaderamente conmovido:

—¡Qué lástima!

Pérez Porrino lloraba á moco y baba.

Andrés permanecía tétrico, mudo, fijos los ojos en aquel rostro que se iba hundiendo cada vez más en la masa de la cabellera espléndida.

De pronto tuvo una frase de profunda verdad:

—¡Yo la he matado!

Ella seguía alejándose por la llanura, con su cruz á cuestras, silenciosa, apagándose por grados como un crepúsculo.

Y así rebasó el horizonte y entró en la noche eterna.



X

Al anochecer, el cadáver enteramente vestido de negro, fué colocado sobre una mesa, en el centro de la alcoba, entre cuatro cirios.

Y empezó la velada fúnebre. Frente á la mesa, sentados en el sofá de rejilla, estaban los tres amigos. Andrés, lívido, flaco, secos los ojos y la boca entreabierta, entre Pérez Porriño y Santiago Pimentero. A ratos se levantaba y acercándose al féretro, alzaba lentamente el pañuelo blanco que tapaba el rostro.

La muerta se iba desfigurando poco á poco.

Los labios descoloridos, separados, mostraban los dientes blancos y secos, dando al rostro pavorosa expresión de asombro, aflábase la nariz y los párpados amoratados dibujaban la redondez saliente é inanimada de los ojos. Solo el cabello, dorado, resp!andeciente como una tiara, conservaba una intensidad de vida extraordinaria, sugería la ilusión de una cabeza juvenil y adorable, hundida en la almohada de un lecho de amor.

Los dos amigos se levantaban también y trataban de separarle, con gesto vacilante y torpe.

—Vamos, Andrés, muchacho, no **hagas** eso. ¿Qué sacas ahora de atormentarte así?

Y Andrés volvía á sentarse, lentamente. No había pronunciado una palabra después de la catástrofe. Pero no sufría. Su espíritu flotaba indeciso, como un montón de cenizas arrojadas desde lo alto y que poco á poco disemina el ligero vaivén del aire. ¿Había transcurrido un siglo desde ayer? ¿Perteneían á otra existencia muy lejana los días pasados en Nuestra Señora. aquella semana de gloria

y de pasión en que la flor misteriosa de la vida había desplegado para él hasta lo más íntimo de su espléndida corola? Bien decía la pobrecita: —Esto es demasiado, después de esto, la muerte. Y la muerte estaba allí, fría, pavorosa, irrevocable. La mujer aquella, la Ana Hartleit que vivía aún hacia pocas horas, se había marchado para siempre, nunca más volvería á moverse, á respirar, á sonreír. Nacerían otras, rubias, blancas, adorables como ella, pero ella no volvería jamás.

Invadióle una tristeza honda, fúnebre, monótona. ¿Qué sería de él? ¿Cómo viviría en adelante? ¿Volvería á la existencia maquinal, imbécil, de otros tiempos? ¿Pediría perdón á su mujer, se humillaría á los pies de la Brigadiera, implorando la gracia de indulto por haber desertado del gran regimiento de la moral y de la religión? ¿Sería en adelante un buen esposo, un honrado padre de familia? Parecíale esto tan imposible, tan absurdo como la vuelta del manantial á la fuente de donde brotó. La flor de la vida ya no tenía misterios para él. Había registrado su corola, deshojado

sus pétalos uno á uno, aspirando su aroma hasta la última sutil emanación. El amor se había despedido para no volver. Estaba allí, de cuerpo presente, entre cuatro cirios. Aquella misma tarde él estaría lo mismo, prensado en el féretro sobre la mesa, entre cuatro cirios, velado por los dos amigos, Pérez Porriño y Santiago Pimentero; y, llevando la mano al bolsillo interior de la americana, palpaba el bulto duro y áspero del revólver. Era el de Méndez Rosa, el cubano masón y revolucionario, un arma ridícula que llegaría á ser trágica.

Cerca ya del amanecer, Pimentero se quedó dormido, roncando ligeramente, con la boca entreabierta en la cara amarilla, sembrada de pelos blancos y negros. Y Andrés le miraba con malsana curiosidad, como si nunca le hubiese visto. Aquel era su amigo, su compañero de colegio, un *muchacho* de su edad. ¡Qué viejo estaba! El tiempo había pasado insensiblemente, con andar lento é insidioso, despoblando el cráneo, chupando los músculos, estrujando la piel, blanqueando la barba y los

cabellos. Lo mejor del banquete había pasado. El hambre y la sed se habían extinguido para siempre. Otros se sentarían á la mesa y se levantarían á su vez hastiados, abrumados por el inmenso cansancio de vivir.

...Las rendijas del balcón se trocaban en finas rayas luminosas. Cantaban lds gallos en la fresca penumbra del crepúsculo, respondiéndose unos á otros, hasta el fondo del valle. La tierra enorme y redonda se había movido un poco en el espacio y la luz nacía, aumentaba poco á poco, incendiando el cielo, el llano y las montañas.

Una mujer, seña Dolores, la hembra del arrendatario, entreabrió la puerta, mirando hacia adentro con medrosa curiosidad. Levantóse Pérez Porriño y ambos cuchichearon breve rato en el corredor.

—Ya están aquí, señor.

—Bueno, que se esperen abajo hasta que yo avise.

Cuando Pérez Porriño volvió á sentarse, Andrés le interrogó tristemente con la mirada.

—Nada, no es nada. Todavía no. *

Transcurrieron dos horas más. La espléndida mañana sonreía fuera, agitando las ramas, despertando á los pájaros, calentando suavemente la tierra, esmaltando de plata la corriente del arroyo. Dentro la sombra persistía, agujereada aquí y allí por la luz amarilla de los cirios. Y un olor fúnebre flotaba, olor á cera, á ácido fénico, el ambiente pesado y tibio que rodea y acompaña á la muerte.

Abrióse de nuevo la puerta y en el hueco se mostraron las patillas grises de señor Pancho el arrendatario. La velada fúnebre había terminado. Pérez Porriño abrió las hojas del balcón y el torrente de luz, blanca, cegadora, se precipitó dentro del cuarto.

Era llegado el momento de la despedida. Andrés levantó el pañuelo blanco y se detuvo, temblando de horror y compasión. Ya no era ella. Después del espíritu, la forma también se había despedido para siempre. Piel intensamente amarilla y floja, labios negros, cuencas consumidas y cárdenas. Por debajo de la orla del vestido aparecían las botas rígidas,

con las suelas manchadas aún por el polvo rojo de los senderos de Nuestra Señora. Solo el cabello parecía vivo aún, un montón de hebras doradas y olorosas, en el que se perdió con el último beso un sollozo convulsivo del amante.

Los dos amigos le llevaron á una habitación interior y le dejaron solo. Desde allí percibió Andrés los tristes ruidos del fúnebre trabajo. Fuertes pisadas de zapatos claveteados, arrastrar de sillas, voces profundas de hombres, exclamaciones agudas de mujer, martillazos sordos, tenaces, inacabables.

Al fin rechinaron las puertas, las voces sonaron más altas, pisadas fuertes y acompasadas se alejaron poco á poco, gimió largo rato la escalera... Andrés corrió hacia el otro extremo de la casa y al abrir una puerta de cristales, la luz del sol le envolvió de piés á cabeza quemando su cráneo, quemando sus pupilas. Estaba en el terradillo, en la blanca azotea llena de flores desde la cual se domina todo el valle de Nuestra Señora.

El entierro marchaba lentamente por el an-

cho paseo sombreado por las adelfas, los chopos y los eucaliptus. Delante iba el ataúd, cubierto por un paño negro con franja dorada, llevado á cuestas por cuatro hombres. Detrás iba la cabecera, Pimentero y Pérez Porriño, luego el arrendatario, su mujer y sus hijos y una docena de vecinos, todos vestidos de negro, *cachorra* en mano... Aun no era tiempo. Cuando el cortejo desapareciera detrás del filo de la loma, cuando el ataúd se ocultara detrás del follaje de los últimos laureles que palpitaba arriba, sobre el azul immaculado del cielo, entonces...

Andrés medía con la mirada el espacio que aun quedaba por recorrer. Un cuarto de hora, veinte minutos quizás. Miraba luego dentro de sí y veía su resolución de morir, intacta, dura, inquebrantable. Su valor sereno y frío le causaba admiración y orgullo. Sentíase dueño absoluto de sí mismo, sus manos no temblaban, sus ojos distinguían hasta los objetos más lejanos con extraordinaria lucidez. Tan solo experimentaba en la garganta una sensación extraña, la vibración de una fibra

nerviosa, que le obligaba á toser ligeramente.

El entierro continuaba su marcha, lenta y sinuosa, apareciendo y ocultándose entre las ramas de los árboles. Empezaba á subir la loma, acercábase el momento y Andrés se apoyó en el parapeto, con el cuerpo inclinado hacia afuera, siguiendo friamente con la mirada el avance lento y trabajoso del cortejo.

Ya está arriba, en lo alto de la loma. Destacábanse enérgicamente las figuras sobre el azul del cielo, en el límite mismo de Nuestra Señora. Al otro lado se ahondaba la Vega con sus campos de esmeralda, el hilo plateado de sus acequias, el montón luminoso de las casas, dominadas por la torre negra cuya campana empezaba á tocar á muerto, detrás la fosa y más allá el cielo azul, infinito, abierto al vuelo desesperado de las almas...

El entierro bajaba la vertiente opuesta. Inclínose el féretro, oscilaron las faldas del paño fúnebre, brillaron con rápido fulgor las franjas doradas y la mancha negra se fué hundiendo poco á poco y desapareció al fin para siempre, detrás de la línea temblorosa de la loma.

Andrés dió un grito y sus brazos cayeron, como si se rompiesen de súbito, á lo largo de su cuerpo. La muerte, la cosa horrible y negra había desaparecido del paisaje, marchaba hacia allá, al otro lado de la montaña, atraída por el toque de la campana y por el hueco de la fosa, abierta como la boca de una fiera. Y él respiraba, sus labios bebían anhelosamente el aire y la luz del sol, su sangre circulaba presurosa y cálida, sus piés se agarraban á la tierra con desesperada energía.

Y entonces, sentado en el borde del parapeto, con las espaldas encorvadas, y el rostro entre las manos, lloró con amarga tristeza, sintiendo la cobardía invencible del hombre miserable y débil, perdido como un insecto en la inmensidad enigmática del Univerro, el ansia desesperada de continuar la vida, el horror al no ser, á la desaparición absoluta é irrevocable.

... Nuestra Señora sonreía, palpitaba, tendíase alborozada y estática en el lecho colesal y espléndido de los grandes amores. Las hojas susurraban, los pájaros reían, el agua can-

taba, el viento corría despertando rumores en el llano, los valles y los montes, y el soberano pontífice, el sol inmenso y llameante, derramaba sus bendiciones desde la altura infinita.

FIN.

